

LYDIA C. RAMÍREZ
BLYTHEROSE

LADY SOPHIA



THE
WATTYS
2016

EC EDICIONES
CORAL
ROMÁNTICA

© 2017 Lydia C. Ramírez

© 2017 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Septiembre de 2017

Isbn Digital: 978-84-17228-12-5

Diseño portada: ED.K

Corrección: Verónica Fernández

Maquetación: Ediciones Coral

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro- incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



LYDIA C. RAMÍREZ

BLYTHEROSE

LADY
SOPHIA

The text 'LADY SOPHIA' is centered and framed by intricate, symmetrical calligraphic flourishes. The flourishes consist of multiple overlapping loops and elegant curves that extend outwards and downwards from the text, creating a decorative border. The overall style is reminiscent of traditional calligraphy or decorative typography.



Sinopsis

En el Londres del siglo XIX, y tras haber sido repudiada por su familia, lady Sophia Phillips vive su existencia alejada del mundo dentro de un convento, cuando de repente su presencia es solicitada por su madre.

Todo cambiará para ella, sobre todo ante la súbita proposición de Stephen Rutterford, un caballero sin título, pero con una gran fortuna.

¿Habrá una segunda oportunidad para Sophia de ser feliz? ¿O volverán sus fantasmas pasados a atormentarla de nuevo?

Para Ana

Prólogo

1845, Londres, Inglaterra...

Sabía que debía no haberse quedado hasta tan tarde en casa de lady Burton, pero no había calculado que su reunión semanal de lectura se alargara hasta horas tan altas horas de la noche.

Se arrepentía de no haber aceptado el carruaje coche que le había ofrecido su anfitriona, pero lo cierto era que le había parecido algo absurdo, ya que su casa estaba solo a unas cuantas manzanas a pie; también había sido ese el motivo por el que no la había acompañado una doncella, aunque su madre había insistido.

Una de sus mejores amigas, lady Amanda Herrick, había ido a recogerla en su coche, pero a media tarde llegó uno de los criados de su casa para avisar de que una de las cuñadas de lady Amanda había comenzado con las labores de parto y no le había quedado más remedio que aceptar marcharse.

Para Sophia, cuya única diversión aparte de bordar, eran esas pequeñas reuniones de los sábados, habría sido horrible tener que finalizarla antes de tiempo; por ello se había quedado hasta más tarde de su hora habitual.

Pensó en la posibilidad de atravesar el parque que no era lo más seguro, aunque sí el camino más corto, así que supuso que si lo hacía rápidamente llegaría antes a casa, mientras que si lo bordeaba perdería veinte minutos.

Se armó de valor, cogió aire y continuó caminando a paso ligero; cuando, de pronto, escuchó el sonido de unos pasos a sus espaldas.

Notó cómo su corazón se aceleraba, mientras miraba a su alrededor intentando controlar su respiración.

Solo había sido un ruido. Suspiró más calmada, aunque no le duró mucho tiempo, ya que sintió un agarrón del brazo que la hizo girarse.

Vio la silueta de un hombre alto, aunque no podía verle la cara, pero notó un fuerte olor a algún tipo de bebida alcohólica, que le hizo arrugar la nariz.

—¿Pue-puedo a-ayudar-le? —preguntó tartamudeando mientras comenzaba a temblar.

—Sí... —susurró el hombre con voz ronca y confusa, mientras se inclinaba hacia ella.

Agarró la parte delantera de su vestido y lo rasgó hasta la cintura, mientras un grito ahogado salió de la garganta de la muchacha.

El hombre le tapó la boca y cerca de su oído dijo:

—Shhh... —Mientras le besaba el cuello y la obligaba a tumbarse sobre la tierra subiéndole la falda y las enaguas, para posteriormente rasgarle su ropa interior, mientras la muchacha se movía frenéticamente intentando escapar.

Sentía algo duro contra ella, pero no podía hacer nada, el hombre la mantenía sujeta contra el suelo y él era demasiado fuerte para ella. Estaba todo tan oscuro que no podía ver nada, ni siquiera tenía el consuelo de ver la luz de la luna, ya que esta permanecía cubierta por las espesas copas de los árboles; sin poder ver nada, sus sentidos se agudizaron, lo que provocó que sintiera todo lo que ocurría con mayor intensidad.

Lloró y luchó contra ello, pero no pudo impedirlo, cuando finalmente terminó se acercó a su oído de nuevo y le susurró dos palabras que la muchacha no olvidaría jamás:

—Lo siento.

Entonces por fin se vio libre de él y como pudo logró arrastrarse fuera de su alcance para poder salir corriendo hacia su casa sin que él se lo impidiera.

Pero por mucho que lloró y se resistió no pudo evitar ser deshonrada.

Capítulo 1

1847, Abadía de San Patricio, Sussex, Inglaterra...

Lady Sophia Alexandra Phillips, tercera hija del desaparecido VII Conde de Mawsdley y hermana menor del actual Conde de Mawsdley, se levantó, como habitualmente, al alba, se colocó correctamente la toca sobre su cabeza, cubriendo su larga melena castaña; para posteriormente atarse fuertemente la cuerda a su cintura, cuerda que apretaba la túnica blanca y evitaba que le arrastrara por el suelo.

Vertió la jarra de agua sobre la palangana y se lavó la cara para asearse. Estaba terminando de hacer la cama cuando escuchó unos golpecitos en la puerta que le avisaban de que ya eran las seis y media.

Salió de su celda y se unió a la fila, junto con las monjas y las otras novicias, para asistir al coro de Laudes y Maitines, cantados con pausa, no rezados, y después hizo oración mental durante media hora.

A las siete y media de la mañana, después de haber cantado las horas litúrgicas menores, asistió a misa y recibió la comunión. Más tarde, coincidiendo con la tercia, fue a desayunar, y posteriormente, comenzó su trabajo convencional no religioso, que consistía en la limpieza de la casa.

Mientras estaba limpiando, de rodillas, con un cepillo de raíces el suelo del salón del convento pudo divagar sobre sus propios problemas, era uno de los pocos momentos del día en el que tenía tiempo para poder dejar volar un poco su mente libre de aquel lugar, de la ciudad...

Imaginar que podía ser una mujer normal, que podría vivir junto a un marido, feliz y rodeada de sus hijos.

Pero la triste realidad se imponía cuando escuchaba la campana que llamaba a rezar nuevamente hasta que llegara la hora de la comida.

Pero no iba a pensar en eso, no quería entristecerse de nuevo, no aquel día al menos, muchas veces deseaba poder ser otra persona, una mucho más afortunada de lo que era.

—Sophia. —Escuchó a la Hermana Marianne, lo que la hizo salir de su ensoñación y darse cuenta de que llevaba unos minutos sin limpiar.

Por lo que comenzó de nuevo a frotar con brío.

—El Reverendo Fitzgerald te espera en la sacristía —dijo mientras ella se arrodillaba junto a la muchacha para continuar su tarea.

Sophia se levantó, comenzó a andar por los distintos pasillos hasta que llegó a la sacristía donde la esperaba el cura.

—Buenos días, lady Sophia —la saludó con una sonrisa amistosa.

Vestía una túnica negra hasta los tobillos, se estaba quitando el sombrero de paja que llevaba en la cabeza.

Era un hombre bajito, con unas tallas de más debido, en gran parte, a su pasión por los dulces de chocolate que preparaban las propias hermanas en la abadía; tenía una mirada tranquila que transmitía mucha paz, incluso en los corazones más desdichados, como el de la propia Sophia.

Nada más entrar, la novicia se acercó al cura y le besó el anillo que llevaba en su mano derecha.

—Buenos días, padre —susurró la joven con una débil sonrisa que no llegó ni mucho menos a iluminar sus ojos.

—Quería saber si ha estado pensando en nuestra conversación anterior, *milady* —dijo el sacerdote sentándose en una silla, haciendo un gesto para que la joven hiciera lo mismo.

—Sí, padre —contestó juntando sus manos sobre su regazo.

—¿Y? —Continuó el cura esperando una respuesta más directa de la muchacha.

—De verdad deseo continuar mi aprendizaje religioso y consagrarme a la vida eclesiástica, padre —dijo Sophia sin llegar a contestar la pregunta del cura.

—Parecen palabras propias de su señora madre, *milady*, no tuyas... Lo que le pasó, fue muy triste, en parte culpa suya, ya que debía ser más cuidadosa, pero no es solo suyo el pecado, ¿comprende, Sophia? —insistió el párroco esperando una reacción en la joven—. Si continua aquí, debe ser porque está segura de su vocación, no por una necesidad de...

Sophia apartó la vista del cura, sabía que iba a enfrascarse en una de esas conversaciones sobre la vocación real para servir a Dios y, aunque ella estaba allí obligada, también había disposición a la vida religiosa en su corazón. Aquel sacerdote no era muy estricto, Sophia casi hubiera preferido alguien que la culpara por lo ocurrido.

—¿Me escucharía en confesión, padre? —le interrumpió lady Sophia arrodillándose ante el cura con las manos juntas.

—Claro, hija —suspiró el reverendo Fitzgerald colocándose la estola morada.

—*Ave Maria Prados*... —comenzó la chica agachando la cabeza

—*Sine labe originali conceptam*... —continuó el cura, apoyando la mano en su barbilla y el codo en el reposabrazos de la silla—. Dime, hija, ¿qué es lo que

te atormenta?

—Esta noche he vuelto a soñar con... él —susurró mientras se le escapaban las lágrimas.

—¿Es el mismo sueño de siempre? —preguntó el cura sabiendo perfectamente de lo que hablaba la joven.

—Sí. Pero esta vez, me perseguía por un gran pasillo que nunca terminaba. Creo que jamás terminará, padre. —Lady Sophia alzó la mirada y el cura pudo apreciar las lágrimas corriendo por las mejillas de la joven.

El cura no intentó consolar a la joven, pues sabía que Sophia rechazaría cualquier gesto de consuelo, aunque no tuviera ningún significado carnal y viniera por parte de un emisario de Dios en la Tierra, la joven rechazada el contacto físico con cualquier persona, fuera hombre o mujer, desde aquella noche.

Sus manos siempre permanecían cubiertas por unos consistentes guantes blancos, y sus ojos verdes siempre lucían tristes; ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor.

Él, mejor que nadie, conocía los pensamientos que la inquietaban y atormentaban, le apenaba que una muchacha tan joven sufriera un pesar tan grande en su alma.

Capítulo 2

Esa misma noche, Londres, Inglaterra...

Stephen Charles Rutterford, observaba a su alrededor a los caballeros allí reunidos mientras seducían a algunas de las muchachas, o al menos creían hacerlo. Porque conociendo la profesión de ellas, no resultaba difícil conseguir pasar unas horas de placer junto a ellas, solo que a los hombres les encantaba sentirse cazadores, cuando en realidad sus bolsillos eran la presa. Él conocía esos juegos, ya que él mismo había formado parte de ellos en el pasado.

Se encontraba apoyado en la barra del burdel esperando la llegada de su mejor amigo, el Duque de Pendleton que, como solía hacerlo siempre que debía abandonar a su amante, llegaba tarde.

A Stephen le resultaba gracioso que ninguna de las muchachas se acercasen ya a él, había rechazado a varias, porque sus atenciones no eran bien recibidas, ni lo serían, nunca más.

Stephen tomó un trago a su zumo de uva. Los que lo conocían ya no se sorprendían al no verle beber ni una gota de alcohol, tenía demasiado presente lo que ocurrió la última vez que lo hizo como para hacerlo de nuevo. Lo recordaba bien, aunque se encontraba muy bebido, podía verlo todo nítidamente ante él, pensó que era el castigo divino que merecía por haberse comportado como un canalla.

Escuchó un grito de protesta tras él y se giró a ver de dónde provenía, entonces vio al nuevo conde de Mawsdley tocarle el trasero a la joven que estaba sentada sobre él, supuso que ella habría soltado un gritito de falso pudor.

—Siento el retraso —comentó Pendleton quitándose el sombrero y dejándolo sobre la barra, se acercó el camarero—. Un *whisky* —pidió y este se retiró para preparárselo.

—¿Tu nueva amiga no te dejaba escapar? —preguntó Stephen con una sonrisa petulante.

—Puede ser muy persuasiva —sonrió el duque mientras dejaban delante de él su bebida.

Comenzaron a charlar sobre los últimos negocios en los que Stephen se había involucrado y de los que su amigo quería formar parte.

Aunque Rutterford no era de noble nacimiento, Stephen se había hecho de una gran fortuna que era la envidia de algunos aristócratas. A la muerte de sus padres, cuando él contaba con solo veintiún años, había invertido los ahorros que su progenitor había conseguido durante toda su vida, y que finalmente le habían sido legados a su muerte, en comprar unas minas de carbón que aparentemente habían sido ya totalmente explotadas, pero él tuvo suerte y encontró un yacimiento de plata en una de las galerías, cuyas ganancias le ayudaron a invertir de nuevo, y así consecutivamente hasta alcanzar la fortuna que hoy en día había amasado.

Si bien, no eran pocos los nobles a los que no le simpatizaba, había otros tantos, como William, que habían dejado a un lado las circunstancias de su nacimiento para conocer a la persona que había detrás.

Stephen no había necesitado ningún título para hacerse respetar y conseguir ser alguien, aunque debajo de sus finas ropas seguía sintiéndose el miserable más bajo que cualquier vagabundo.

—Deberías acompañarme a una de las reuniones de Dorothy, te aseguro que te divertirías bastante —dijo Pendleton dejando a un lado los negocios y retomando el tema anterior.

—Ya sabes que no, ese ya no es mi estilo —contestó Stephen tomando otro trago de su bebida.

—Deberías dejar a un lado ese tema, es agua pasada, Stephen... Nunca vas a saber quién es —sentenció William mirando a una muchacha que se había acercado a la barra para pedir una nueva ronda.

—Es posible, pero eso no evita que siga buscando —contestó molesto terminándose la bebida y pidiendo otra con el dedo.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón rozando con sus dedos aquel pañuelo de seda que envolvía un pequeño pendiente, y que siempre le acompañaba; prácticamente, esos dos objetos se habían convertido en una especie de amuleto para él, amuleto del que jamás se desprendería.

—¿Has visto al conde de Mawsdley? He oído que la familia se enfrenta a algunos baches financieros —comentó William enarcando una ceja; ambos sabían que «*un bache*» era la forma elegante de referirse a la más absoluta ruina—. Parece que, para algunos, está primero su satisfacción personal que el bienestar de su familia.

—Sí, porque lo cierto es que tiene varias bocas que mantener, ¿cuántas hermanas le quedan aún por casar? —preguntó cínicamente Stephen.

—Dos, eran cuatro, pero cuando una de ellas ingresó en el convento el pretendiente de esta se casó con la más mayor —le aclaró sonriendo y tomándose una copa.

Unos minutos después ambos hombres decidieron subir a la parte de arriba, donde algunos caballeros se entretenían jugando partidas de cartas, partidas en las que más de uno había terminado arruinado.

Cuando finalizó la partida, Stephen recogió las ganancias que le había otorgado el resultar vencedor.

—Buena mano, Rutterford, como siempre. —Le felicitó el marqués de Arlenton levantándose de su silla—. Pero debo retirarme —se despidió con un asentimiento, recogió su sombrero, su capa, y se marchó.

—Yo ocuparé su lugar —dijo el conde de Mawsdley ocupando la silla de Arlenton.

Stephen y William se miraron sonriendo ambos cínicamente. De todos era sabido que el nuevo conde de Mawsdley era un jugador desafortunado; por otro lado, también era cierto que hacía bastante tiempo que Mawsdley quería enfrentarse a Stephen, que para el juego era todo lo contrario.

Lo cierto era que Stephen Rutterford era lo contrario a ese muchacho en todos los sentidos.

—Será otro día, Mawsdley. Ya me retiro por esta noche —dijo Stephen levantándose de la silla.

—Una partida más no le llevará mucho tiempo, Rutterford... ¿o tiene miedo?

A William se le escapó una carcajada al escuchar el reto del muchacho.

—Supongo que una partida más no me hará daño —contestó Stephen sentándose de nuevo.

Esa fue la primera partida de muchas que el conde de Mawsdley perdió contra Stephen Rutterford.

En el siguiente mes, el joven conde retó, una y otra vez, a Stephen por la satisfacción personal de ganarle, pero siempre ocurría todo lo contrario; y la cuenta iba aumentando. Hasta que finalmente se convirtió en una cuantiosa suma, de la que el joven Mawsdley no disponía.

Cuando finalmente la deuda se hizo impagable, Stephen exigió el pago de esta, ya fuera en oro o con las escrituras de la casa de Paddington Street, propiedad de la familia Mawsdley desde tiempos del Rey Enrique VIII.

Capítulo 3

Richard Frederick Phillips, VIII Conde de Mawsdley, se paseaba nervioso por el salón principal de la citada casa observando el claro deterioro que esta sufría.

Ya corrían rumores sobre la mala situación económica en la que se encontraba la familia Mawsdley; pero, aunque se negaba a entregar su casa a ese burgués sin ningún tipo de linaje, solo le quedaba entregar las escrituras para poder saldar su deuda.

Pero eso sería como último recurso, antes debía probar otras formas. Ya había intentado pedir prestado a los banqueros y a algún que otro usurero; aunque debido a que el rumor de su ruina ya circulaba entre la alta sociedad londinense, ninguno de ellos se atrevía a darle una suma así de dinero, pues no tenían perspectivas de cobrarlo después. Además, en caso de que algún loco le prestara el dinero, también debería entregar las escrituras de la casa.

Escuchó el sonido de la puerta al abrirse para dejar paso a su madre, lady Mawsdley, cuyo nombre de pila era Caroline, condesa viuda de Mawsdley. Vestía de riguroso luto cerrado hasta el cuello, con una fila de botones en la parte delantera que le llegaban hasta la cintura, a ambos lados de dicha fila, llevaba unos pequeños adornos que se permitía en los últimos momentos; ya que, aunque habían pasado casi cinco años desde el deceso del conde de Mawsdley, y toda la familia hacía unos meses que habían abandonado el luto, la condesa viuda continuaba vistiéndolo; además el vestido tenía una cola de un metro y llevaba el cabello castaño claro recogido en un severo moño alto.

No era una mujer hermosa, lo más llamativo que en ella había eran sus claros ojos azules y su pequeña nariz; por el contrario, sus labios eran demasiado gruesos y poseía una tez demasiado pálida. Todo su atuendo iba de acuerdo con su personalidad, que no era nada cálida ni con sus más allegados; la única persona que podía llegar a su corazón se encontraba frente a ella.

Se acercó a él y le dio dos besos cariñosos en las mejillas.

—Bertha me ha dicho que querías hablar conmigo, Richard —dijo la condesa sentándose en el sofá de la sala.

El salón estaba decorado en tonos claros, las paredes estaban recubiertas de escayola blanca en la que había unos dibujos de relieve bastante llamativos.

El sofá y los dos sillones estaban tapizados en un color beige claro y tenían varios cojines de distintas formas y colores que daban un poco de vida a la sala,

en el centro de ella había una mesa de café del mismo color crema que todo lo demás, lo más llamativo era el pequeño armario que había al lado de la puerta, que estaba hecho de madera de roble oscuro. En la pared de enfrente se encontraba la prominente chimenea y a los lados dos grandes espejos, que más que intimidación daban la sensación de que observaban todos los movimientos de los ocupantes de la habitación.

—Sí, madre... Tengo un problema- —Y comenzó a relatarle los distintos hechos.

—¿Qué? —preguntó Caroline abandonando su postura rígida mirando a su hijo con los ojos abiertos—. ¿Cómo has podido ser tan tonto, Richard? Retar a un tramposo como Stephen Rutterford, y no contento con perder la primera vez repites el error una y otra vez —le regañó recuperando un poco la compostura.

—Ya lo sé, madre, pero de haber ganado yo... —intentó defenderse el conde.

—Pero no ha sido así. Ahora nos dejas a tus hermanas, a tu esposa y a mí en una situación muy delicada, ¿te das cuenta?

—¿Y qué puedo hacer, madre? —preguntó Richard apoyando la cabeza en las faldas de su madre como lo que era, un niño.

—Supongo que debemos suplicar a Rutterford para que no haga efectiva la deuda...

De pronto le vino a la cabeza la persona idónea para tan vergonzosa tarea.

—¡No pienso suplicar a ese hombre! —gritó el conde poniéndose en pie de un salto— ¡Y no pienso permitir que usted lo haga, madre! —Continuó el inepto muchacho, que bien le hubiera servido pensar en ello antes de meterse en semejante lío.

Cogió la licorera y se sirvió un generoso chorro en un vaso.

—No te preocupes, cielo, yo me encargo... Ahora tengo que escribir una carta. —Se levantó pensativa.

—No es momento de escribir ninguna carta, madre. —Pero su madre alzó una mano para interrumpirle.

—Yo me encargo de solucionar esto, tú procura no volver a enredarte con gente así... —Fue a salir del salón, pero antes de hacerlo se volvió y le dijo. —Y de visitar ese apestoso burdel...

Dicho esto, cerró suavemente la puerta, dejando a su hijo en el salón con una copa en la mano.

Sophia tocó levemente la puerta del despacho de la Madre Superiora, que la

hizo pasar inmediatamente.

—Buenas tardes, Sophia. —la saludó la monja señalando la silla para que tomara asiento.

—Buenas tardes, reverenda Madre —dijo Sophia sentándose en la silla frente a la monja.

—Te he hecho venir porque has recibido una carta urgente de tu madre —dijo abriendo el cajón superior de su escritorio.

Le entregó el sobre abierto, no le sorprendió que la madre superiora leyera la carta, ya que era una norma del convento.

«Sophia:

Es necesario que vengas a pasar unos días a Londres de visita, tus hermanas y yo te extrañamos muchísimo y nos gustaría tenerte aquí. Ya he pedido permiso a la Madre Superiora, y dado que ella ha consentido en que nos visites, te esperamos en los próximos días.

Lady Mawsdley.

Condesa viuda de Mawsdley.»

Lady Sophia alzó la mirada con gesto de confusión, no entendía esa repentina prisa de su madre por verla, después de todo, llevaba casi veinte meses sin ver a nadie de su familia ¿y ahora de pronto recibe una misiva solicitando su presencia?

—Puedes preparar algunas cosas, mañana podrás ir a visitar a tu familia. El reverendo Fitzgerald y yo hemos convenido en que sería muy... provechoso para ti regresar durante un tiempo, así tendrás la posibilidad de comparar ambas vidas y decidir finalmente qué es lo que deseas hacer —comentó la reverenda con una sonrisa.

—Pero yo no quiero regresar. Me siento cómoda aquí, reverenda —dijo mientras intentaba convencerla para que no la enviara a Londres—. Y muy tranquila.

La madre superiora la miró enarcando una ceja y Sophia sonrió un poco sabiéndose cogida en su pequeña mentira.

—Lo bueno será que cuando regreses no tendrás ninguna duda sobre cuál es de verdad tu lugar para llevar tu fe.

Unos minutos después, Sophia salió del despacho pensando en por qué su madre querría que regresara. Fue ella la que la había enviado a la abadía para esconder su vergüenza, ya que lady Mawsdley no podía aceptar que una de sus hijas hubiera sido ultrajada.

No había encontrado amor maternal, ni comprensión en ella cuando regresó

corriendo a casa aquella noche, solo había escuchado reproches y regaños.

Capítulo 4

«—Esto te lo has buscado tú sola, Sophia —le gritó andando de un lado a otro de la habitación, mientras Sophia estaba tumbada en su cama con la sábana por encima de la cabeza—. Pero no nos vas a salpicar con tu vergüenza... Ni vas a perjudicar nuestro buen nombre estropeando la boda de tu hermano con tus tonterías...»

Sophia se despertó sobresaltada por aquel sueño, no era extraño para ella revivir aquellas imágenes, siempre que recordaba aquella terrible noche echaba en falta que su madre hubiera sido comprensiva con ella; pero, muy al contrario, la mujer había abandonado la habitación dando un portazo, y una semana después la chica atravesaba las puertas de la Abadía de San Patricio.

Sophia había tenido un pretendiente, el duque de Downey, estaba tan enamorada en esa época, que solo esperaba el momento en el que David pidiera su mano en matrimonio. David también estaba enamorado de ella, él mismo se lo había dicho, pero todo se había desvanecido aquella terrible noche.

Entonces su madre la envió a la abadía, dijo que había recibido la llamada de Dios, y unos meses después David se casó con su hermana mayor Charlotte.

No le importó, sabía que su relación con David no era viable después de aquello, ella era una mujer «*deshonrada*», había sido de otro hombre. Ella tenía la culpa de todo lo que le había ocurrido, y ahora debía vivir con las consecuencias.

Al día siguiente por la tarde se encontraba frente a la que había sido su casa durante diecisiete años, en el 25 de Paddington Street.

Recorrió con su mirada la fachada de color verde oscuro, la parte baja de pared estaba recubierta en piedra clara. Toda la propiedad estaba rodeada por un jardín que debían cuidar entre dos jardineros.

Aquella vieja casa, fría y austera evocaba recuerdos amables de su infancia junto a sus hermanas, pero también otros recuerdos mucho más dolorosos. Movi6 la cabeza para despejar sus pensamientos, cogió aire y tocó la campana que hacía de timbre.

Le abrió la puerta una señora rubia y bajita, con un vestido largo gris

abotonado hasta el cuello y con un broche plateado al final de los botones, los puños del vestido eran de encaje, pero su vestido no tenía cola.

La reconoció en cuanto la vio y no pudo evitar sonreír; al igual que la señora, que la abrazó fuertemente contra su prominente pecho y lloró de alegría.

—Mi preciosa niña está en casa —susurró su nana llorando.

Entraron las dos juntas abrazadas; cuando al fin lograron entrar, sus dos hermanas menores bajaron corriendo las escaleras y la abrazaron.

Mientras tanto Sophia miró a su alrededor, al fondo estaban las grandes escaleras que luego se dividían en dos, según quisieras dirigirte a unas habitaciones u otras.

Las habitaciones de Richard y su esposa estaban en el ala izquierda, junto con la de su madre, mientras que las de las chicas estaban en el ala derecha de la casa.

La entrada estaba pintada en color claro y había tres grandes lámparas de araña en el techo. Al fondo se encontraba una puerta que daba a la cocina y que conectaba con las habitaciones del servicio, mientras que cerca de la puerta principal se encontraba el salón, y justo en frente de este estaba el comedor principal.

Todos los hermanos se parecían mucho, eran castaños y tenían los ojos azules, excepto Sophia que los tenía verdes. Había extrañado mucho a su familia, pero a Amelia y Anne mucho más que a los demás.

Richard siempre había contado con el apoyo de su madre, era el primogénito y su favorito; como era el único varón, su madre le defendía a capa y espada, aunque tuviera que pisar a cualquiera de sus hijas.

Charlotte, que era melliza de Richard, y por lo tanto también primogénita, nunca había sido muy habladora, ella era muy sumisa y aceptaba sin rechistar su destino, fuera el que fuera. Lo único que había hecho más descarado en su vida, había sido enamorarse del enamorado de su hermana menor, pero ni siquiera tuvo que luchar por conseguirlo, después de lo sucedido, se lo colocaron en bandeja de plata.

Amelia era la soñadora de la familia, junto con Sophia leían historias de amor e imaginaban que un príncipe azul llegaría a por ellas para rescatarlas. Sophia había descubierto que no existían, pero no quería que su hermana sufriera una decepción parecida.

Por último, estaba la pequeña Anne, ella solo tenía nueve años, y estaba ajena a lo que ocurría a su alrededor, vivía jugando con sus muñecas y riendo con Bertha porque siempre ensuciaba sus vestidos.

Sophia deseaba vivir en un mundo similar al de Anne.

—¿Por qué vas vestida así, Sophia? —preguntó la pequeña Anne tocando la

tela de la túnica con cara de terror—. Me gustan más tus vestidos, cámbiate.

—Sophia no puede cambiarse de ropa, Anne —la regañó su madre seriamente saliendo del salón.

—¿Por qué no, madre? —preguntó la niña sin comprender.

Era normal, toda su vida había visto a su hermana vestida con bonitos trajes de colores, con el pelo graciosamente arreglado y pintada como una gran dama. Por el contrario, ahora vestía la túnica obligatoria de color blanco, con un cordón azul oscuro en la cintura y una toca de color también blanco que le cubría el pelo en su totalidad.

Su rostro estaba desprovisto de maquillaje y estaba claramente más delgado, pero no por ello menos hermoso.

—Porque ahora Sophia es una religiosa, ella debe vestir como una novicia —le explicó de pasada sin darle más importancia.

—Además me siento mucho más cómoda, Anne —dijo Sophia para suavizar el ambiente—. Buenas tardes, madre —la saludó acercándose a lady Mawsdley, de la que solo recibió dos besos en el aire.

—Te dejaré que te acomodes, te apees y te cambies, Sophia —dijo comenzando a subir los escalones—. Pero antes de cenar me gustaría que charláramos unos minutos.

—Como desee, madre —contestó al aire porque lady Mawsdley ya se dirigía a sus habitaciones.

Se hizo un silencio incómodo hasta que Amelia dijo:

—Hay tantas cosas de las que tenemos que hablar, Sophia. —Se agarró de su brazo y comenzaron a subir.

Al menos la larga charla de su hermana llenó su cabeza de cosas, chimes, rumores... sonrió, ya que ni siquiera la dejaron bañarse sola, pero lo prefería.

Amelia estaba muy emocionada, debido a que en la próxima primavera sería su presentación en sociedad y Sophia estaba segura de que más de un muchacho se fijaría en ella. Al menos podría casarse y salir de aquel lugar. Lejos de su madre.

Terminó de vestirse de nuevo, y se preparó para bajar a cenar; sabía que, mientras los criados terminaban de arreglar la mesa, antes de cenar toda la familia se reunía en el salón.

Observó el deterioro de la casa, había humedades y grietas por todas partes, la cantidad de criados había menguado seriamente, solo quedaban la cocinera, dos criadas, el chofer, un jardinero y Berta, la nana de la familia, que ahora era también ama de llaves.

Entró en el salón, allí ya se encontraban su madre, su hermano y su esposa Katherine, una joven rubia de ojos castaños de muy buena familia. Llevaba un

vestido azul de tul, adornado con pequeños dibujos bordados y sujeto con un lazo bajo el pecho, debido a que su embarazo le privaba de vestir corsé.

—Encantada de volver a verte, Sophia —saludó la joven desde el sofá.

—Igualmente, Katherine. —Sonrió Sophia sentándose junto a ella.

—Sophia estás... encantadora, Sophia —dijo Richard sin saber muy bien cómo continuar el cumplido.

—Gracias, Richard —contestó la joven sin muchas ganas de continuar con la charla.

Por fin esta se vio interrumpida por la entrada de Amelia y Anne, para posteriormente hacerles pasar al salón.

Su madre la detuvo en la puerta.

—Adelantaros vosotros, Sophia y yo tenemos que hablar.

Mientras los demás continuaron hacia al comedor, Sophia y su madre se sentaron en el sofá.

—Sophia, estoy segura de que te has dado cuenta de que no estamos atravesando por un buen momento... —comentó Caroline mirando las paredes del salón.

—Sí, madre. —Asintió Sophia sin dejar de mirarla.

—Tu hermano tiene un problema y solo tú puedes ayudarle... Y dado que por tu culpa casi nos hundimos en la vergüenza, hacernos este favor no te será muy difícil.

—¿Qué puedo hacer, madre? —preguntó Sophia mirando sus manos.

—Debes ir a hablar con Stephen Rutterford y convencerle de que no nos eche de nuestra casa.

—¿Qué? ¿Quién es Stephen Rutterford? —preguntó Sophia.

—Es un ladrón, Sophia. En un absurdo juego de cartas, mientras hacía trampas, le ha ganado la casa a tu hermano y ahora se niega a anular la apuesta. Debes convencerlo, nadie se negará a escuchar a una religiosa.

Sophia asintió, deseaba que su madre la perdonara.

Capítulo 5

Al día siguiente fue a la casa de Stephen Rutterford, llamó al timbre de su casa y le abrió un mayordomo muy serio que la miró sin parpadear.

—¿Qué desea, hermana? —preguntó con una leve inclinación de cabeza.

—Hablar con el señor Rutterford —pidió educadamente con voz clara.

La dejó pasar hasta el recibidor. Era amplio, de color azul claro, estaba bastante cuidado, había una clara diferencia entre el estado de aquella casa y la suya, por algo decía su madre que el señor Rutterford era un ladrón. Por eso mismo Sophia no entendía porqué un hombre así querría una casa que se estaba cayendo a pedazos.

—Señor Rutterford. —Stephen alzó la cabeza de los libros de cuentas para mirar hacia la puerta donde se encontraba Roger, su mayordomo—. Una joven novicia quiere hablar con usted, señor.

—¿Novicia? —No era el tipo de visita que estaba acostumbrado a recibir—. Hazla pasar.

Roger asintió y fue a buscar a la joven. Stephen comenzó a sacar la llave del cofre donde guardaba el dinero, seguro que aquella monja quería algún tipo de donativo.

—Adelante, el señor Rutterford la recibirá ahora.

Sophia asintió y siguió al mayordomo por el pasillo hasta un despacho, donde se encontraba un hombre muy atractivo al que pudo ver desde detrás del mayordomo.

Sophia se flageló mentalmente por pensar carnalmente en un hombre, pero no pudo evitar fijarse en su cabello azabache y sus ojos azules profundos y claros, tenía una perilla muy bien arreglada, y vestía con camisa blanca y pantalón negro.

Roger se apartó para dejar entrar a la joven. Stephen se fijó que la joven novicia era de estatura media, estaba un poco pálida y bastante delgada, vestía una túnica blanca y una toca que le cubría el pelo, por lo que no pudo advertir como sería su cabellera.

Pudo sentir una atracción instintiva hacia ella, y también como comenzaba a crecer su excitación en sus pantalones, tanto que lo hizo sentir incómodo.

«Llevas sin excitarte con ninguna mujer desde... Y ahora una religiosa... Eres un auténtico bastardo» se pateó mentalmente.

—Siéntese, hermana —le pidió señalando la silla que había frente a su escritorio mientras Roger abandonaba la habitación.

—No me llame «hermana», aún no he sido ordenada monja —aclaró Sophia tomando asiento un poco nerviosa, ya que era la primera vez que se encontraba a solas con un hombre—. Soy lady Sophia Phillips, hermana del Conde de Mawsdley.

—Comprendo... —Aceptó tomando asiento también, cogiendo el pañuelo y el pendiente entre sus manos— ¿En qué puedo ayudarla, lady Sophia?

—A mí en nada, pero a mi familia, sí —musitó mirando sus manos—. Necesito que usted anule la deuda de juego que ganó de forma... fraudulenta.

—¿Fraudulenta? No entiendo lo que quiere decir, lady Sophia. Y no quiero suponer que me está acusando de algo. He ganado a su hermano legalmente y tengo testigos de ello. —Buscó en sus cajones y sacó unos pagarés que le mostró—. Su hermano firmó estos pagarés de acuerdo con el juego.

—Son muchísimos... —susurró mirando los pagarés—. Pero mi madre me ha dicho que...

—Su madre debe estar confundida, nunca hago trampas, no es mi estilo.

En ese instante, ella le miró a los ojos y se dio cuenta de que él no mentía, entonces supo que su madre no se había confundido, sino que había cambiado la versión de los hechos para defender a Richard. Como siempre.

—Comprendo. —se levantó de la silla porque no podía estar quieta—. Pero, de todas formas —dijo mirándole fijamente—, necesito que anule la deuda, señor Rutterford.

—¿Por qué? —preguntó Stephen cruzándose de brazos—. Su hermano me debe mucho dinero y debo cobrarlo, lady Sophia.

—Lo entiendo, pero si usted... Le diera tiempo a mi hermano. Por favor no le quite la casa, no se lo pido por mi hermano... —suplicó nuevamente—. Lo que mi hermano ha hecho ha sido una canallada. Él es el responsable de mi madre, mis hermanas, su esposa y su hijo. Por ellos le pido... No, le suplico que no nos quite la casa. Imagine lo que significaría para mi familia. Amelia está a punto de ser presentada en sociedad y quiero un buen matrimonio para ella, mi cuñada esta pronta a dar a luz y Anne todavía es muy joven, pero...

—Sí, sí, sí, ya comprendo, lady Sophia. —La interrumpió el señor Rutterford—. Pero debe entender que mi obligación es que se me entregue la cuantía que he obtenido, aunque a decir verdad admiro su valentía. Le prometo pensar en sus palabras. —Primero Sophia pensó que mentía, pero luego le miró a los ojos y algo le dijo que decía la verdad.

—Muchas gracias, señor Rutterford, buenas tardes. —Él estiró la mano para que ella se la tomará, suspiró y pensó que no la tocaría, llevaba los guantes.

Cogió aire, le dio la mano unos segundos y rápidamente se apartó, luego salió del despacho hacia la calle cogiendo aire y soltándolo lentamente después; sentía que había corrido como una maratón.

Stephen miró el camino por donde había desaparecido la joven y luego miró su mano mientras pensaba que ella había hablado por toda su familia, menos por ella misma.

Stephen no podía dejar de pensar en la joven novicia que, tan valientemente, había acudido sola a su casa para enfrentarse al que suponía un «*hombre malvado*», pero lo había creído cuando le dijo que él había ganado limpiamente; sin duda ella sabía cómo era su hermano.

—¿En qué piensas, Stephen? —preguntó William tomando una calada de su puro— Llevo un rato intentando proponerte una sociedad, pero no me prestas atención.

—Lo siento, William —se disculpó Stephen mientras tomaba un trago largo de su copa—. Ayer vino a verme una monja, bueno una novicia en realidad.

—¿Novicia? —preguntó el duque mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro— ¿Y qué quería de ti una monja?

—Era lady Sophia Phillips, el cobarde de Mawsdley ha mandado a su hermana monja para pedirme que no le quite la casa —explicó Stephen apretando las manos.

—¿Lady Sophia Phillips? Vaya, deben estar desesperados, hace dos años que no se le ve por aquí —musitó impresionado William.

—¿Se sabe por qué?

—No, un día estaba a punto de anunciar su compromiso con el duque de Downey y al otro, ella decidió ingresar en el convento; seis meses después el duque se casó con su hermana mayor —explicó William con aire de sospecha.

—Quiero saber el porqué. La historia de la llamada de Dios no me parece muy realista.

—Yo me encargo, una de las criadas de Dorothy se enterará, es amiga de todas las sirvientas de las casas más importantes, estoy seguro de que algo averiguará.

Stephen asintió complacido y olvidó el tema.

Capítulo 6

Lady Sophia se encontraba preparando su equipaje para regresar al convento al día siguiente, ya que consideraba que su misión había terminado. Su madre había mentido, ella solo quería que fuera para que diera la cara por Richard, suponiendo que Stephen Rutterford se acobardaría ante su hábito.

Entonces miró a la puerta para ver a su madre entrar en la habitación.

—No me has avisado de tu regreso, ¿has hablado con Stephen Rutterford, Sophia? —preguntó Caroline cerrando la puerta a sus espaldas.

—Sí, madre —respondió la joven mientras cerraba la maleta.

—¿Y?

—Me ha manipulado, madre. —La miró Sophia seriamente—. Usted sabe que Richard se ha metido con el hombre equivocado, que esas partidas son legales y que el señor Rutterford es mucho más honorable que mi hermano. Me quería utilizar, pero estoy harta madre, ya no más.

—¿Cómo puedes decir esas cosas tan horribles de tu hermano y de mí, Sophia? Escucho soberbia en tus palabras, que deberían ser ajenas en una muchacha que espera consagrar su vida y su alma a Dios.

—Como tal me niego a mentir, Dios está por encima de usted y de Richard, de títulos y mansiones. Richard merece todo lo que se le viene encima, pero Amelia, Anne y Katherine son las que me preocupan. Sin embargo, usted solo piensa en la vergüenza, en el buen nombre de su hijo, que solo es un niño que se esconde detrás de las faldas de su madre, y que no se vale por sí mismo.

—No pienso soportar más insolencias, Sophia —dijo mientras le pegaba una bofetada—. Me niego a escuchar insultos de una... mujerzuela —la insultó mientras le arrancaba la toca de la cabeza—. ¿Qué te han enseñado en el convento en vez de recato y obediencia? ¿Rebeldía y soberbia?

—Usted llama soberbia a lo que yo llamo decir la verdad. —Terminó Sophia sin inmutarse mientras le caía el pelo por la espalda.

Caroline se marchó furibunda de la habitación, mientras se le saltaban las lágrimas a la joven.

Sophia se limpió la cara en la palangana de su habitación, se sentó en la cama y miró a su alrededor.

En realidad, sabía que no había sido llamada para la vida religiosa, nunca le

había entusiasmado en exceso, siempre que pensaba en épocas futuras se imaginaba a si misma formando su propia familia, pero cuando todo cambió se dedicó a arrinconarse, dejando que su madre actuara como quisiera con su vida.

Culpándola de lo ocurrido, haciéndola sentir mal.

Se detuvo ante el pequeño espejo, mientras observaba por primera vez en casi dos años su rostro. Se veía bastante pálida y deslucida, estaba bastante delgada, y tenía unas enormes ojeras moradas bajo los ojos.

«*Parezco un cadáver. Solo me falta dejar de respirar.*» se dijo a si misma.

Fue muy sorprendente verse tan desmejorada, porque cuando aquello sucedió no había tenido ganas de volver a mirarse en un espejo, en el convento no había de estos objetos, por lo que no había tenido la ocasión de mirarse.

Tapó el espejo, se tumbó sobre la cama y miró por la ventana como oscurecía el cielo; al día siguiente a esas horas ella estaría de nuevo en el convento. Se le encogió el corazón al pensarlo, no quería regresar, pero estaba condenada a vivir encerrada.

Podría quedarse unos días más, pero eso solo sería retrasar lo evidente, era mejor hacerse a la idea.

Dos días después...

Stephen se encontraba en la biblioteca de su casa, era un día lluvioso y estaba frente a la chimenea leyendo un libro, cuando escuchó unos golpes en la puerta y el duque de Pendleton entró sacudiéndose los zapatos en la entrada de la biblioteca.

—Maldita lluvia —se quejó entrando y sentándose en el otro sillón—. Sírveme una copa de brandy, Roger. Mejor dos, tu señor la va a necesitar —le pidió al mayordomo frotándose las manos.

—Ya sabes que yo no bebo, William —le dijo Stephen sin levantar la vista del libro.

—Cuando te diga lo que he descubierto querrás beber lo que sea —conjeturó William seriamente.

—¿Qué pasa? —Esta vez Stephen dejó el libro sobre la mesa auxiliar.

Roger entró con las copas y las dejó sobre la mesa. En cuanto se fue, William se bebió una de ellas de trago.

—La criada de Dorothy ha descubierto algo sobre lady Sophia —comenzó a decir William—. Al parecer abusaron de lady Sophia hace casi dos años. En Liberty Park.

—¿Estás seguro? —preguntó en un susurro levantándose del sillón.

El duque asintió lentamente.

—Pero no podemos estar seguros de que sea ella, Stephen —le dijo a su amigo mientras veía como se paseaba por la habitación.

—¿A cuántas muchachas forzaron aquellos días en el mismo lugar, William? No puedes negar que son demasiadas coincidencias. Es ella, había algo en ella.

—¿Y qué vas a hacer? Deberías dejarlo pasar, Stephen.

—No puedo.

Lo había conseguido. Al fin la había encontrado.

Estaba seguro de que él había sido el canalla que había abusado de lady Sophia Phillips.

Esa misma noche, tumbado en su cama si poder dormir, estaba mirando al techo con el pañuelo de Sophia en la mano, el rostro de la joven lo atormentaba, estaba tan maltratada, pálida y desmejorada... ahora que le había puesto cara a esa muchacha se sentía aún más miserable que antes, porque ahora ya no podía pensar en ella como en abstracto, ahora tenía un rostro, una vida; vida que él había destruido.

No podía dejarla encerrada en ese lugar. Ella no tenía alma de religiosa, estaba seguro de que su familia la había escondido para que nadie supiera que había sido de otro, ningún «caballero» se querría casar con ella sin ser inocente, él le había negado el derecho de tener su propia familia. Para llevar una existencia gris.

Iba a darle todo lo que le había quitado. Costara lo que costara.

Capítulo 7

Al día siguiente, Stephen se presentó en la casa de Paddington Street, llamó al timbre y le abrió una mujer vestida de negro, cuando dijo que quería ver al conde y le dio su nombre, le hizo entrar inmediatamente.

Lo guió hacia una sala de estar, que estaba bastante deteriorada, era algo obvio que la familia del conde de Mawsdley estaba pasando por una situación económica precaria, y que muy fácilmente podía ser culpa del conde, al que solo le importaban sus vicios y no había hecho nada de provecho desde la muerte del viejo conde.

—Buenas tardes, señor Rutherford —lo saludó lady Mawsdley, la condesa viuda—. ¿A qué debemos el «*placer*» de su visita? —dijo la señora, sin permitirse el lujo de disimular el desagrado que le causaba el hombre.

—En realidad, venía a hablar a su hijo, lady Mawsdley —contestó Stephen sin inmutarse ante la falta de educación de la señora.

—Richard no se encuentra en casa en estos momentos —prosiguió la mujer tomando asiento en uno de los sofás, sin molestarse en invitar a su invitado a hacer lo mismo.

—¿Y cuándo regresará? —preguntó Stephen calmadamente, sin mostrar el desagrado que le estaba causando la señora mientras metía una mano en su bolsillo y acariciaba entre sus manos el pañuelo blanco.

—En unos días.

—En ese caso, cuando regrese, comuníqueme mi intención de hablar con él, además es un tema de su interés, ya que se trata del pago de la deuda —dijo Stephen mientras se colocaba el sombrero, saludó a Caroline con una inclinación burlona, mientras que, con una sonrisa, observaba palidecer el rostro de la mujer—. Buenas tardes, lady Mawsdley.

Salió de la casa sabiendo que la mujer haría volver a su hijo enseguida de donde quiera que estuviera, y no tardaría mucho en recibir una invitación de su parte para conocer sus intenciones.

Además, estaba seguro de que la mujer aceptaría cualquier cosa que él le pidiera, siempre que no supusiera el perder su casa o sus propiedades, símbolo de su «*estatus social*».

La predicción de Stephen no tardó mucho en cumplirse. Dos días después una de las criadas de la casa de los Mawsdley le entregó una nota en la que le invitaban a tomar el té al día siguiente.

Los aristócratas eran de lo más predecibles para Stephen, él se consideraba un buen observador del carácter de la gente, y si algo había visto en los ojos de la condesa era un egoísmo tan inmenso, que sería capaz de cualquier cosa con tal de que sus amistades no murmuraran a sus espaldas.

Cuando llegó el día de la invitación no se sorprendió cuando, al entrar en la sala que había estado ya unos días antes, se encontró con una amabilísima Caroline que ejercía su papel de anfitriona de una manera que resultaba verdaderamente ridícula, sobre todo teniendo en cuenta el comportamiento de la vez anterior.

Él ya sabía que no era de su agrado, pero debía darle algo de crédito, estaba esforzándose mucho para parecer simpática.

En la sala también se encontraba Richard, con cara de suficiencia, como si la presencia de Stephen no fuera de su agrado.

Lo peor para Stephen, era saber que él no era quien, para juzgar a nadie, su pecado era mayor que el de ellos, la soberbia, el egoísmo... Eran sentimientos que, al fin y al cabo, no perjudicaban a nadie.

Sin embargo, su lujuria había destrozado la vida de Sophia; y ese era un pecado mucho mayor. Por muy despreciables que fueran aquellas personas, él no era quién para juzgarlas.

—¿Qué quiere tomar, señor Rutherford? ¿*Whisky*, coñac o brandy? — preguntó Caroline, mientras intentaba que su sonrisa se mantuviera en su lugar, ya que no quería mostrar su desagrado de nuevo.

No había podido evitar ser tan desagradable con él cuando la había visitado unos días antes, la insolencia de Sophia junto a la cobardía de Richard la tenían tan molesta que había cobrado su mal humor en Stephen Rutherford, la única persona a la que debía alabar e intentar colmar de atenciones.

Sería capaz de cualquier cosa con tal de no perder la casa.

—No tomo alcohol, lady Mawsdley —contestó Stephen mientras notaba que la sonrisa de la señora se tambaleaba un poco.

«¿*Pretende emborracharme, lady Mawsdley? Esperaba algo mucho más elaborado*» pensó mientras esbozaba una gran sonrisa.

—¿Una taza de té, entonces? —le ofreció mientras Stephen asentía.

Una vez se retiraron los criados tras haberles servido sus respectivas bebidas, Richard se aclaró la garganta sonoramente llamando la atención de las otras dos personas.

—Mi madre me ha hablado de su visita del otro día, me disculpo por no

haberle podido recibir, me habría gustado hablar con usted —comenzó Richard dejando su copa sobre la mesa.

—No importa excelencia, supongo que ya sabrá el motivo de mi visita, no debo recordarle los motivos de nuestras... desavenencias, estoy seguro de ello. —Aceptó Stephen esperando el momento adecuado para lanzar su oferta.

—Lo cierto, señor Rutherford —comenzó a decir Caroline con más diplomacia que su hijo—, es que nos gustaría que esta... la situación que nos ocupa en estos instantes se solucionara de la forma más pacífica posible. Estoy segura de que usted es un caballero y no le hará especialmente feliz esta situación.

—La verdad es que no, su hija ya me puso al tanto de los perjuicios que esta situación tendría sobre su familia.

Ante la mención de Sophia, lady Mawsdley se removió inquieta.

—Lamento la visita de mi hija, señor Rutherford, pero ella insistió y...

—No se preocupe, lo entiendo, no quiere ver a su familia en una situación tan difícil como esta y es normal que intentara hacer cualquier cosa para evitarles toda vergüenza —la interrumpió Stephen antes de que continuara.

Estaba seguro de que no había sido idea de Sophia hablar con él, es más, estaba muy seguro de que la idea había sido de la señora que tenía frente a él.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo, Stephen... ¿le molesta si comenzamos a tutearnos? —dijo el conde de Mawsdley.

—Por supuesto, Richard, además he pensado en una solución que estoy seguro de que nos complacerá a todos —dijo Stephen mientras observaba a ambas personas.

—Somos todo oído, Stephen —dijo Richard expectante.

Y cuando Stephen lanzó su propuesta, madre e hijo se miraron entre ellos sin terminar de creer lo que oían, pero terminaron aceptando.

—«*Pater noster qui es in cælis, sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cælo et in terra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo. Amen*» — Sophia suspiró y terminó la oración persignándose para posteriormente levantarse del reclinatorio.

Se encaminó fuera de la capilla mientras tomaba dirección hacia la biblioteca para leer un poco durante el poco tiempo libre que le dejaban sus tareas en el

convento.

—Sophia. —Esta se paró al escuchar como la llamaba la hermana Joanne.

—¿Sí, hermana?

—La madre superiora te espera en su despacho, date prisa. —Le urgió la hermana Joanne mientras le colocaba un mechón de pelo dentro de la toca.

—De acuerdo, gracias. —Sophia se encaminó hacia el despacho y al entrar se frenó en seco en la puerta sin terminar de creer lo que veía.

—¿Madre? —dijo sin poder articular más palabra.

—Buenas tardes, Sophia —la saludó la madre superiora—. ¿No vas a darle un abrazo a tu madre?

—Sí, sí, por supuesto. —Se acercó a su madre que la tomó en sus brazos sin mucho entusiasmo, aunque bien disimulado.

Sophia no se esperaba esa visita en particular, sobre todo después de la forma tan fría en la que se despidieron hacia solamente unos días.

—Supongo que te preguntarás a qué se debe mi visita —comenzó a decir Caroline agarrando la mano de su hija levemente.

—Lo cierto es que sí, madre —contestó Sophia algo confusa.

—¿Quiere darle usted la noticia, lady Mawsdley? —inquirió la madre superiora.

—Sí, claro que sí. —Se volvió hacia su hija y agarró ambas manos entre las suyas, sonriendo le dijo—. Vas a dejar los hábitos, Sophia. Vas a volver a casa.

—¿¡Qué!?! —gritó sin poder contenerse y levantándose de golpe de la silla.

Capítulo 8

Sophia miraba alternativamente, de su madre a la madre superiora sin poder terminar de creerse lo que acababa de oír, no podía enfrentarse a eso, era impensable.

Después de dos años escondida, sintiendo una relativa paz que, en cierto modo, la ayudaba a levantarse por las mañanas y aguantar todo el día intentando no pensar en nada, bueno en nada que le recordara a aquello. De pronto querían sacarla de un lugar seguro y lanzarla a las fauces de los lobos, sin más protección que un simple «*sombrero de gasa y un paraguas de sol a juego con un vestido*».

—No, pero... Eso no es posible, madre... Voy a ser ordenada monja en breve, ¿verdad, reverenda? —dijo mirando a la madre superiora buscando un poco de ayuda.

—Querida Sophia, es normal que ahora mismo estés algo confusa. Pero se te pasara cuando vuelvas a casa, con tu familia —dijo la monja con una sonrisa tranquilizadora.

—No puedo volver a casa. —Miró a su madre y le agarró fuertemente las manos—. Madre, no entiendo esto, pero si es por lo que le dije...

—No seas tonta, Sophia. Olvídate de eso, lo importante es que te echamos mucho de menos en casa —insistió la señora comenzando a cansarse de las tonterías de la joven.

—Pero yo...

—Sophia, querida, es normal que te sientas extraña, volver al mundo laico después de estar aquí tanto tiempo es un paso que puede asustarte; pero, como te he dicho varias veces, no tienes vocación de servir a Dios, además seguirás perteneciendo a nuestra comunidad, simplemente ahora tendrás otra misión en la vida. —insistió la madre superiora agradeciendo a Dios que por fin lady Mawsdley hubiera decidido a llevarse a Sophia de nuevo a casa.

—Te he traído varias cosas, querida Sophia —dijo Caroline señalando una maleta que estaba junto a la puerta y que Sophia no había visto cuando entró.

—La hermana Jane te ayudará, vamos querida. —la alentó Caroline—. No tardes demasiado.

Sophia salió del despacho de la madre superiora con la hermana Jane tras ella,

pero cuando estaba a punto de entrar en su habitación se dio la vuelta y se marchó corriendo hacia la Iglesia donde encontró al reverendo Fitzgerald encendiendo los cirios para el servicio de las tres y media.

—¡Reverendo Fitzgerald! —dijo Sophia cayendo al suelo y abrazándose a las piernas del sacerdote mientras lloraba.

—Querida niña, ¿qué le pasa? —preguntó el cura agachándose junto a ella y alzándole la cabeza.

—Mi madre quiere que yo... vuelva —susurró entre sollozos.

—¿Y cuál es el problema? —volvió a preguntar dándole un pañuelo.

—Ese mundo ya no es para mí. ¿Qué voy a hacer? Yo no me sentiría cómoda — dijo mientras se secaba las lágrimas.

El cura se sentó junto a ella en el suelo de la capilla.

—Sí es para usted, Sophia. El mundo es la casa de Dios en la tierra, todos sus hijos tenemos derecho a vivir en él, unos decidimos consagrar nuestra vida a él y otros...

—Yo quiero hacer eso, padre —le interrumpió Sophia.

—En realidad ambos sabemos que no, estoy seguro de que todas las cosas pasan por un motivo.

—¿Y qué debo hacer?

—Hacer caso a la señal, Sophia. Dios ha mandado a su madre y usted debe marcharse. Siempre habrá aquí un lugar por si decide volver —continuó el reverendo con una pequeña sonrisa.

Sophia suspiró y asintió no muy convencida, volvió a su habitación, donde la esperaba la hermana Jane, que la ayudó a cambiarse.

Se puso lo que su madre le había traído en la maleta, la ropa interior, el vestido violeta claro, con unos zapatos, sombrero y paraguas de sol a juego.

Se arregló un poco el pelo con un pequeño recogido, pero dejándolo suelto, hacia tanto tiempo que no se arreglaba el pelo y que no se veía con algo más que no fuera de color blanco.

Volvió al despacho de la madre superiora.

—Por fin, Sophia. Tenemos un largo camino hasta casa, tenemos que darnos prisa —dijo Caroline recogiendo sus pertenencias y urgiendo a su hija a hacer lo mismo.

—¿Podría darme su bendición, reverenda? —pidió Sophia sin prestar mucha atención a su madre.

—Claro. —Le hizo la bendición—. Que Dios te cuide, querida.

Cuando estuvieron las mujeres sentadas en el coche, Caroline comenzó a hablar de banalidades. No quería que Sophia se enterara todavía de lo que tenía planeado para ella, sobre todo porque podría dar problemas.

—Cuando llegemos te darás un baño y comerás bastante, tenemos que conseguir que pierdas esa palidez y que cojas unos kilos, dentro de una semana daremos una pequeña reunión y tienes que estar preciosa.

No podía permitir que Stephen Rutterford la viera de esa guisa.

—Sí, madre. —Aceptó Sophia en un susurro.

¿Y si de verdad la echaban de menos? ¿Y si de verdad querían que volviera a casa? Su madre se había preocupado de llevarle ropa y de su aspecto desmejorado, seguro que al verla así la otra vez había querido hacerla volver para cuidar de ella.

Su madre no era una mujer cariñosa con sus hijos, bueno, en realidad con Richard sí lo era, pero porque él era el heredero, nunca había hecho mucho caso de ella o de sus hermanas, pero al parecer de verdad se preocupaba por ellas.

Ella sabía que no tenía vocación de monja, pero no le había quedado más remedio que hacerse a la idea. Ahora a lo mejor podía cuidar de Amelia y de Anne, no tendría familia propia como sus hermanas, pero incluso podría ayudar a Katherine cuando llegara su bebé.

Parecía un destino mucho más atrayente que el anterior.

Vería a David y a Charlotte, eso era algo que no podría evitar, pero sus sentimientos por David ya no eran los de antes. Cualquier hombre solo provocaba en su corazón una profunda indiferencia.

Cuando llegaron a la mansión de Paddington Street, las recibió Bertha de nuevo.

—¡Mi niña, me alegro tanto de que estés aquí! —dijo gritando y abrazándola fuertemente.

—¡Sophia!

—¡Sophia!

Sus hermanas la abrazaron fuertemente también y gritaron a su alrededor.

—No te vas a volver a ir, ¿verdad? —dijo Anne mirándola fijamente.

—Claro que no, Sophia no volverá... al convento —contestó Caroline sin que nadie se percatara de la pausa que había realizado.

—Estás más guapa ahora —continuó Anne mientras subían las escaleras.

—Y más guapa que se va a poner cuando se coma todo lo que le tengo preparado —puntualizó Bertha.

—¡Sí! Y te prestaré uno de mis vestidos nuevos, Sophia. —le ofreció Amelia.

—No hace falta, Melly. Aún tengo los míos.

—Pero están antiguos, Sophia. Tengo tantas cosas que contarte, ¡ya verás!

Las voces de las muchachas se perdieron por los pasillos mientras la madre sonreía tranquilamente.

Stephen se terminó de un trago lo que quedaba de zumo de uva en el vaso, mientras hablaba de unos negocios con William.

—¿Entonces sigues empeñado con ese plan descabellado, Stephen? — preguntó William bebiendo un poco de su propia bebida.

—Es lo correcto, sé que parece una locura, pero es lo que debo hacer, William. Después de mucho tiempo por fin comienzo a sentir que puedo solucionar en algo lo que hice.

Capítulo 9

Una semana después, Sophia se miraba sorprendida al ver que tenía algo más de color en las mejillas, su madre y Bertha se habían encargado de que luciera un poco más como una persona y menos como una dama en edad avanzada.

Sus hermanas la habían puesto al día sobre lo ocurrido recientemente entre la sociedad londinense, pero a ella no le importaba mucho lo que les hubiera sucedido a otras personas mientras ella vivía intentando no pensar demasiado en su propia desgracia; por lo que, no tenía ganas de vanagloriarse en los infortunios ajenos.

Esa misma noche su madre, sin hacer caso a sus súplicas, había organizado una «*pequeña*» reunión, algo que era bastante común entre la alta sociedad.

Sophia sabía que no estaban en condiciones de organizar algo así, ya que estaba segura de que su madre no querría quedar en mal lugar ante todas sus amistades, conocía perfectamente a las personas que ella habría invitado, y sabía que todos sus comentarios serían malintencionados y con dobles sentidos, por ello hubiera preferido ahorrarse escuchar muchos de ellos.

Además del gran derroche en decoración, velas, bebidas, comidas, etc. Lady Mawsdley había mandado arreglar uno de los vestidos de Amelia para hacerlo parecer nuevo y que Sophia diera una imagen mucho más rejuvenecida, sin saber la mujer que aquello poco podría importarle a Stephen.

Por su parte, él esperaba aquella fiesta con algo de inquietud. Por un lado, le agradaba volver a ver a Sophia, sabiendo en este momento quien era ella en realidad; por otro lado, le asustaba un poco.

Se arrepentía bastante haber soltado su proposición tan a la ligera a esas dos serpientes, no quería que la obligaran a hacer algo que ella no quería, y estaba bastante seguro de que eso era lo que harían, la obligarían; porque para ellos era más importante su «*estatus social*» a la felicidad de la muchacha, como ya habían demostrado anteriormente.

Sentía cómo le temblaban las manos mientras se terminaba de colocar el corbatín, no sabía el porqué de sus nervios, pero lo cierto era que se sentía bastante inseguro por primera vez desde hacía bastante tiempo; algo le decía que no era la posibilidad de pasar la velada con los Mawsdley y sus amistades, sino verla a ella.

Cuando bajó las escaleras se encontró con William esperándole en la entrada de la puerta.

Nada más llegar al pie de la escalera, Roger se dispuso a entregarle el sombrero a Stephen.

—Que disfruten de la velada, señores —dijo Roger con un asentimiento de cabeza.

—Seguro que sí, Roger... —musitó William poniendo los ojos en blanco.

—¡Sophia, estás preciosa! —gritó Melly mientras daba pequeños saltitos emocionada— ¡Te queda mucho mejor que a mí!

—¿De verdad? —susurró no muy convencida, mientras su hermana asentía compulsivamente.

Sophia se miró en el gran espejo de pie de su habitación y se dijo que podría ser mucho peor.

Había recogido su cabello con un lazo en la nuca, dejando que el resto del pelo cayera en cascada por su espalda. El vestido que Melly le había prestado de era de color azul claro, cogido en la zona alta del busto, donde una cinta de color negro marcaba sutilmente la zona bajo el pecho, tenía una pequeña cola con los bordes también de color negro, y caía liso hacia el suelo

Sophia observó el vestido rosa de su hermana, mucho más alegre y con unas pequeñas flores adornando la zona del busto, y sonrió mentalmente. A Melly siempre le había gustado usar vestidos llamativos, estaba segura de que ese que le había regalado había sido porque su madre había querido comprarlo y ella no había podido negarse, pero en cuanto había tenido la oportunidad lo había retirado de su guardarropa.

Cuando estaban a punto de bajar, al escuchar el sonido del timbre, Sophia se detuvo en seco antes de que su hermana abriera la puerta de la alcoba.

—¿Qué pasa, Sophia? —preguntó Amelia

—Tengo miedo, Melly. No quiero bajar —susurró Sophia mientras aguantaba las ganas de echarse a llorar.

—¿Es por David?

Caroline había invitado a toda la familia a aquella fiesta, con Richard y su esposa Katherine, la madre de esta, con la que Caroline tenía una especie de tira y afloja, ya que a ambas gobernaban a sus hijos como querían. Por otra parte, Anne, al ser aun pequeña, hacía rato que se había ido a dormir mientras montaba un berrinche porque también quería asistir a la fiesta, pero además también habían sido invitados David y Charlotte.

Nunca había tenido mucha relación con su hermana mayor, siempre fue

demasiado solitaria, incluso le contaba a su madre de las travesuras que hacían sus hermanas pequeñas, por ese motivo siempre estuvo más apartada, no era muy agraciada físicamente, por lo que fue toda una sorpresa para ella enterarse de su enlace con David, deseaba que su hermana fuera feliz, quizá fuera buena idea intentar un acercamiento.

Pero no, no le ponía nerviosa su próximo encuentro con David, ella temía a los demás.

—No, es... —Miró a su hermana, no quería amargarle la fiesta, así que decidió guardarse todos sus temores y simplemente dijo—. Son nervios en realidad.

—Estaré contigo todo el tiempo —dijo apretando la mano de su hermana para transmitirle confianza.

Sophia asintió y cogió aire antes de salir de la habitación.

Cuando llegaron al final de la escalera ya se habían congregado allí algunas amistades de Caroline, que se encontraba en su elemento, aunque totalmente vestida de negro.

Sophia y Amelia entraron en la sala, se hizo un silencio sepulcral, pero después se reanudaron las conversaciones, mientras se adentraban algunas personas las paraban para saludar a Sophia.

—¡Sophia! —Al escuchar su nombre, se giró y se encontró con los grandes ojos marrones de lady Amanda Herrick, su mejor amiga desde la infancia.

—¡Amanda! — Ambas se dieron dos besos con una sonrisa, aunque enseguida Sophia notó un cambio en su amiga— ¡Enhorabuena! No sabía que te habías casado —continuó mirando el abultado vientre de su amiga.

—Me casé con el conde de Stanford unos meses después de que decidieras... de... Tenemos que vernos algún día y tomar un té, ponernos al día, Sophia — musitó retirándole un cabello de la cara como si fuera una madre con su hija desvalida.

—Sí, claro.

Sonrió y levantó la vista para coger un canapé de la bandeja que llevaba Bertha cuando se encontró con la mirada de David sobre ella, dejó de sonreír inmediatamente al ver a su hermana agarrada al brazo de David como sujetándolo contra ella, luego se encontró con la mirada fría de Charlotte y giró la cara con un amargo sabor.

—¿Qué pasa, Sophia? —le preguntó Melly preocupada.

—¿Has visto como me ha mirado, Charlotte? Parece que me odia.

—Ya sabes que es una envidiosa, Sophia. No soporta que haya gente más hermosa que ella, tiene celos porque sabe que David sigue enamorado de ti —susurró Melly furiosa.

—No digas eso, es nuestra hermana, Amelia.

—Esa foca no es nada mío —enfaticó sin sentirse mal para nada.

Entendía que hubiera gente que intentaba ver el bien en todo el mundo, pero Charlotte siempre había sido una envidiosa embustera. Sería su hermana, al igual que Richard era su hermano, pero no los consideraba como tal. Aunque exteriormente Amelia pareciera una joven tranquila, en realidad deseaba con todas sus fuerzas el momento en el que se casara y se fuera con su marido. Perdería de vista a su madre, a Richard y a Charlotte.

Había añorado mucho a Sophia, pasó noches enteras durmiendo en la cama de su hermana cuando se la llevaron, nunca lo vio justo, sobre todo cuando supo el porqué.

Cuando escuchó una conversación entre Richard y su madre en la que hablaban en muy malos términos de Sophia, y dijeron lo que había ocurrido, le habría gustado abrazarla fuertemente, porque no había nadie en el mundo que mereciera menos todo aquello que su hermana.

—Parece que ha llegado alguien más, voy a ver —dijo Melly alejándose de su hermana.

Sophia intentó seguirla con la vista, pero Amelia se perdió enseguida entre la multitud, entonces se apartó un poco hacia una de las ventanas para sentir un poco de aire fresco, ya que se estaba empezando a agobiar un poco.

De pronto un brazo la agarró y la sacó fuera hacia las sombras, mientras le tapaba la boca, Sophia asustada y con el recuerdo de aquella noche trágica en su mente comenzó a intentar desasirse de su atacante de forma frenética intentando apartarlo a empujones.

—Shhh... —le susurró una voz conocida al oído—. Soy yo, Sophia. Solo quiero que hablemos.

—David... —susurró agitada por la «lucha» que había mantenido.

—Bienvenidos a nuestra casa, Stephen. Excelencia —saludó Caroline con una sonrisa, mientras una de las criadas se llevaba las capas y los sombreros de los hombres que acababan de llegar.

—Estamos encantados —Contestó William sin que se notara mucho la ironía.

Mientras Stephen miraba al salón intentando localizar a Sophia, salió del lugar una joven un poco más baja que ella, con un vestido rosa y el cabello castaño, ojos azules de mirada observadora, se parecía a Sophia, pero no era ella, estaba casi seguro de que era una de sus hermanas.

—Buenas noches, caballeros —saludó la joven mirando atentamente a William—. Lady Amelia Phillips —se presentó alargando la mano en dirección a este.

—William Ramsey, Duque de Pendleton —se presentó a su vez William mientras besaba la mano de la joven.

Amelia sonrió coquetamente, pero dejó de hacerlo al sentir el carraspeo de su madre.

Mientras William lamentaba que la chica fuera aún demasiado joven, además reunía las características que él evitaba en toda mujer con la que mantenía relaciones.

Amelia Phillips era una muchacha en busca de un marido, a simple vista un poco cabeza hueca, como todas las de su especie, y él no estaba interesado en poner un anillo en el dedo de nadie, al contrario que el loco de su amigo, porque estaba seguro de que de haber sucedido los hechos de otra forma, Stephen tendría la misma opinión que él.

—Amelia, ¿dónde está Sophia? El señor Rutterford desea conocerla —dijo fríamente la mujer.

«*Al parecer no quiere a ninguna de sus hijas*» pensó Stephen sin sorprenderse.

Amelia miró a su madre con aire de sospecha. ¿Quería presentar a Sophia a ese hombre? ¿Por qué? ¿Para qué?

Miró hacia donde había dejado a su hermana momentos antes y se sorprendió al ver que no estaba allí.

—Quizá esté hablando con lady Stanford, voy a buscarla —dijo dándose media vuelta antes de que se dijera algo más.

—Estás muchachas, discúlpenla. Amelia es demasiado impulsiva, si me disculpa voy a buscar a Sophia yo también —dijo Caroline con su enfado mal disimulado.

—Necesito un *whisky* —dijo William desesperado mientras agarraba un vaso de la bandeja de una de las criadas.

Stephen sonrió ante el agobio de su amigo y entró junto a él al salón.

Capítulo 10

David Jacob Carlton, V Duque de Downey, intentaba zafarse de la constante presencia de su esposa, tan solo quería hablar unos segundos con Sophia, quería... Bueno en realidad no sabía muy bien lo que quería, pero necesitaba hablar con su cuñada.

Cuando la había visto entrar con Amelia no había podido evitar pensar que estaba preciosa, no como antes, ya que había visto una sombra de tristeza en ella. ¿Pensaría que ya no la quería? Tenía que hablar con ella inmediatamente y hacerle ver que él seguía amándola de la misma forma que cuando se marchó, solo necesitaba deshacerse de esa mujer que le mantenía sujeto, ¿quién se creía que era?

—¿Me sueltas, *querida*? —preguntó David mirando significativamente la regordeta mano de su esposa apoyada en su brazo.

Charlotte miró a sus hermanas, que hablaban con la condesa Stanford, no podían ser más diferentes, y ella no podía ser más infeliz.

Creyó que al desaparecer Sophia de escena todo sería más sencillo entre David y ella, pero todo era peor. Le asqueaba el sexo, sabía que su marido tenía una amante porque ella no era capaz de satisfacerlo, solo yacían una vez al mes para intentar engendrar un heredero, pero que otra se ocupara de las necesidades de su marido no le importaba, muy al contrario, ella encontraba esa tarea de lo más asquerosa. Al fin y al cabo, ella era su esposa, pero lo que más le dolía era saber que, mientras estaba con ella, incluso mientras estaba con su amante, David siempre pensaba en Sophia.

Sophia era una sombra que la eclipsaba totalmente a ojos de su marido y ahora había vuelto, estaba allí, frente a ellos, tan preciosa como siempre y David igual de enamorado de ella.

Charlotte apartó sus manos del brazo de su marido y vio con el corazón en la garganta como David preparaba la mejor forma de acercarse a Sophia.

David se mantuvo oculto en el balcón hasta que vio a Melly alejarse en dirección a la entrada.

Ese era su momento, vio a Sophia acercarse sin saberlo a su posición y la agarró del brazo, tapándole la boca para que no gritara.

Mantuvo agarrada a Sophia esperando a que se calmara, sin saber que su cercanía era la principal causante de la histeria de la muchacha.

—Sophia, tranquila, soy yo —susurró mientras escuchaba la respiración entrecortada de la joven que parecía haber corrido un largo trayecto.

—No... Vuelvas a... tocarme... —musitó apartándose del joven temblando.

— ¿Sophia? ¿Estás bien? —preguntó David sin poder creer la reacción de la chica. Ella nunca se había puesto así al quedarse a solas con él, al cabo de unos segundos terminó recordando que ahora estaba casado con su hermana y lo achacó a este motivo.

Lo cierto es que no había pensado nada más que en ella, por lo que había olvidado todo.

Inocentemente, David creía que el motivo principal ante las reacciones de Sophia era su desdichado matrimonio, lo que no sabía era cuán equivocado estaba.

—No puedo estar... aquí... —susurraba Sophia mientras se frotaba los brazos con las manos y se movía frenéticamente por el balcón intentando volver al salón.

—Sophia... Escucha —le pidió David interponiéndose en su camino.

—Sophia, por fin te encuentro madre te está... —comenzó a decir Melly hasta que se percató de la presencia de su cuñado—. Excelencia... No le había visto.

—No importa. —Se acercó a Sophia y musitó—. Tenemos una conversación pendiente.

Sophia le vio alejarse y tuvo que agarrarse a Amelia para no caer al suelo por debido al temblor de sus rodillas.

—¿De qué habla, Sophia? —preguntó Amelia enarcando una ceja.

—Ha sido él, Amelia, yo... Ya sabes que... —Intentó explicarse la joven, pero no conseguía sacar las palabras de su garganta.

—Sí, ya lo sé, Sophia. Charlotte no me cae nada bien, pero también es mi hermana y, aunque me repatea decirlo; es su marido.

—A mi David no me interesa para nada, Amelia, es todo para Charlotte. ¿Qué decías sobre madre? —dijo Sophia para cambiar de tema.

Amelia suspiró fastidiada, pero aceptó sin rechistar.

—Te quería presentar a alguien... Ya verás, hace unas semanas era el demonio encarnado —dijo con una sonrisa imitando el tono de voz de su madre—. Pero ahora nadie puede hablar mal de él en presencia de madre.

Cogió a Sophia del brazo y la guio hacia donde estaba su madre con Stephen, William, Richard y su esposa.

Sophia observó boquiabierta al hombre al que había conocido unas semanas antes. Cuando la vida parecía haber terminado para ella, nunca imaginó que su

madre y Richard le recibirían de esa forma poco después, pero no le olió muy bien.

—¡Por fin! —dijo su madre cortando la anterior conversación—. Sophia, querida, te presento a...

—Lady Sophia —la saludó Stephen interrumpiendo a la mujer.

Caroline empujó a su hija hacia el hombre para que le saludara a su vez.

—Señor Rutterford... —susurró sin saber que decir.

—Me alegro verla de nuevo —dijo él con una sonrisa.

Sophia sintió que se le atascaba la respiración en la garganta de los nervios.

—Igualmente.

—Sophia, querida, tanto Stephen como su amigo han venido solos, por ese motivo he pensado que a Amelia y a ti no os importaría hacer de acompañantes durante la velada.

—Me parece bien, espero que a su excelencia no le importe —dijo Amelia sonriendo coquetamente en dirección a William que palideció de pronto.

—Por supuesto... que no, estoy encantado.

Sophia no supo muy bien cómo sucedió, pero terminaron quedándose solos, su madre circulaba entre los invitados. Richard y Katherine abrieron el baile a los que se unieron algunas parejas.

—¿Baila? —preguntó Stephen a Sophia ofreciéndole su mano.

Sophia miraba aquella mano como si fuera un bicho que fuera a hacerle daño, Stephen imaginaba porqué, por ello esperó pacientemente los segundos que tardara la joven en decidirse.

Mientras asentía alargó su mano y la colocó sobre la de Stephen, este sintió como un auténtico monstruo cuando percibió el escalofrío de la joven; sin embargo, Sophia sintió una especie de descarga eléctrica, como un hormigueo en la zona donde estaban los dedos de Stephen, algo que era muy diferente a la repugnancia, aunque ni ella misma se diera cuenta.

Stephen la agarró por la cintura, pero no se pegó excesivamente a ella, ya que no quería perturbar su espacio personal, solo quería que ella estuviera tranquila, si al final iban a tener una relación, quería que Sophia se sintiera lo más cómoda posible junto a él.

—Ese color le queda mucho mejor que el blanco, lady Sophia —dijo Stephen sin pensar.

—Gra-gracias... señor Rutterford...

—Solo Stephen —le pidió con una sonrisa.

—No... Sería... Correcto... —musitó atragantándose con su propia respiración.

—Como quieras, ¿puedo yo llamarte *Sophia*?

Ella asintió sin mirarle a los ojos, deseaba que esa noche terminara cuanto antes.

No volvió a verse interceptada por David, ya que ni él ni Charlotte se acercaron a ella. Sophia sospechaba que su hermana la odiaba y la miraba con rencor, como si la culpaba de algo, mientras que David parecía molesto, al menos así no se acercaría a ella de nuevo.

Se mantuvo junto a Stephen Rutterford toda la noche, más por la orden de su madre que por placer, pero no podía decir que el señor Rutterford se comportara de forma irrespetuosa, es más casi podía decir que él sabía de su problema, ya que nunca pareció molesto ante sus inquietudes, miedos y dudas; muy al contrario, parecía pasar por alto sus sobresaltos cada vez que la tocaba sin querer, había sido todo un caballero y por ello merecía el respeto de Sophia.

—Yo creo que le has gustado, Sophia. ¿No me digas que a ti no? Si te mira con esos ojos azules y te deja muerta en el sitio —dijo Melly entre susurros, tumbada en la cama de Sophia tiempo después de finalizar la reunión.

—A mí no me interesan esos temas, Melly —dijo Sophia lavándose la cara con la palangana.

—Pero Sophia... Si William Pendleton me hubiera mirado así, yo creo que no habría sobrevivido a esta noche. Además, me parece que Stephen Rutterford es mejor persona de lo que dicen. Y parece que madre y Richard ya se han dado cuenta.

Sophia se quedó en silencio sumergida en sus pensamientos, escuchaba a Amelia hablar de fondo, pero su cabeza estaba en otra parte. ¿Qué habría pasado con la deuda? Estaba segura de que algo pasaba, pues su madre y Richard estaban demasiado tranquilos con ese tema.

Desde que había regresado del convento había intentado hablar con su madre de ese tema, pero ella siempre terminaba esquivándola.

Tenía que saber, debía haber pasado algo, porque hacia unas semanas su madre hablaba de Stephen Rutterford como si fuera el demonio y ahora incluso lo invitaba a una cena.

Y, lo que más la descolocaba, era que la había sacado a ella del convento

después de jurar que se pudriría allí. Había algo que se le escapaba y se tenía que enterar.

—Melly —la interrumpió sin haber escuchado lo que decía—. ¿Te importa si hablamos mañana? Es que estoy muy cansada.

—Si claro, perdona, solo es que echaba tanto de menos estas charlas... Buenas noches.

Le dio un beso y se marchó a su habitación.

Sophia apagó las velas y se tumbó en la cama, miro por la ventana hacia el jardín, suspiró y cerró los ojos sin poder evitar ver unos ojos azules que la miraban atentamente.

Durante los siguientes días Sophia vio sin poder creerlo como las visitas de Stephen Rutterford se iban haciendo más frecuentes, además de que ni su madre ni Richard consintieron hablar de la deuda, decían que era un tema de mal gusto y que era mejor que ella lo olvidara.

Si algo se repitió durante esas visitas fue que siempre estaba Sophia presente, al igual que su madre, y durante ellas Sophia se encontraba intentando descubrir el motivo de esa súbita amistad.

Mientras Stephen cada vez se sentía más frustrado consigo mismo, durante sus visitas regulares a la casa de Sophia Phillips, siempre se encontraba deseando estar con ella a solas, cogerla de la mano, abrazarla, besarla... Era despreciable, pero tenía que aceptar ante sí mismo que deseaba hacerla suya. Otra vez, y saberlo solo hacía que se sintiera peor, lo único que podía hacer era vivir con ello. Porque si Sophia no quería ni que le agarrara la mano, mucho menos querría nada con él.

Pero ese sería su castigo y lo aceptaría gustoso, toda la eternidad... Pero junto a Sophia.

Sophia entró del jardín de recoger unas flores y se paró al ver la puerta del despacho de su hermano abierta.

—¿Cuánto cree que dure esto, madre? —escuchó decir a Richard seguido del sonido del choque de los hielos contra el vaso.

—No mucho más, pero voy a tener que hablar con la tonta de Sophia. Stephen está a punto de pedirle matrimonio. Y ella va a decir que sí, aunque tenga arrastrarla del pelo ante el cura.

Sophia se llevó ambas manos para evitar soltar un grito dejando caer las flores al suelo.

Ahora lo entendía todo. Por eso la había traído de vuelta. No la quería. Solo iban a venderla para pagar la deuda.

Capítulo 11

Sin pensárselo y haciendo gala del carácter que tenía antaño, Sophia entró en el despacho de su hermano y este junto con su madre la miraron sorprendidos.

—Madre, no voy a casarme con Stephen Rutterford. Debí preguntarme antes de realizar este... este bochornoso espectáculo, porque así se hubiera ahorrado el viaje a la abadía y un plato en su mesa estos días.

Caroline se levantó y se puso a la altura de su hija, le dio un bofetón y le agarró la cara para obligarla a mirarla.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga, ¿entiendes? No tengo tiempo de escuchar estupideces, vas a decir que sí cuando Rutterford te lo pregunte y fingirás estar contenta. Ese hombre es mucho más de lo que te mereces Sophia, tu deber es limpiar el nombre de la familia que tú misma has ensuciado —dijo la mujer sin piedad.

—Yo no he ensuciado nada —rebatió la chica con la voz rota.

—¿Ah, ¿no? ¿No fuiste tú la que se revolcó por el parque con un tipo?

—No fue así y usted lo sabe, madre —le susurró con los ojos llorosos.

—No importa como fuera, solo ten clara una cosa, dirás que sí a Stephen Rutterford, no me importa lo que sea de ti cuando te largues con él, lo único que agradeceré será dejar de ver tu cara de estúpida día tras día recordándome que soy la madre de una cualquiera.

Sophia se quedó sin palabras ante el ataque directo de su madre y se mordió el interior de la mejilla para evitar llorar delante de ella y su hermano.

—¿Qué le dirás a Stephen cuando te pregunte? —ante el silencio de la joven, Caroline la sacudió gritando— ¡Contesta!

—Le diré que... sí —susurró mirando a su hermano que miraba la escena impasible.

—Ahora apártate de mí vista —la apartó de sí con un empujón en dirección a la puerta y Sophia salió corriendo hacia su habitación, derrumbándose en la cama cuando por fin estuvo a salvo en el lugar.

Caroline miró el lugar por donde había huido su hija y se encogió de hombros con indiferencia. No le importaba el sufrimiento de su hija, en realidad estaba feliz de que por fin Sophia supiera lo que se esperaba de ella, se desharía de ella de una vez, se quitaría de encima la carga que le suponía.

Lo cierto era que no sentía ningún tipo de afecto hacia sus hijas menores, eran demasiado descaradas, por eso a Sophia le había pasado aquello, no había sido ni

más ni menos que lo que se merecía.

—Quizá no ha debido decírselo de esa forma, madre —habló Richard unos momentos después de la escena tan desagradable.

—¿Qué otra forma había, Richard? Es tan tonta que ni siquiera ha sospechado nada. Al menos ya sabe qué lugar ocupa y después será problema de Rutterford y nos veremos libres de dos problemas, de tu deuda y de Sophia —dijo Caroline sentándose en uno de los sofás con una amplia sonrisa.

—No quiero obligar a Sophia, madre. Ella ya ha sufrido mucho como para...

—¿Ella? ¿Ella ha sufrido? ¿Y yo? ¿No he sufrido yo? Toda la vida cuidando de ella, para que ahora me lo pague de esta forma —musitó Caroline quitándose una lágrima inexistente del ojo.

—Perdóneme, madre... Tiene razón —dijo Richard poniéndose de rodillas ante su madre y colocando la cabeza en su regazo.

—Sophia... —susurró Amelia tocando levemente la puerta de la habitación de su hermana— ¿Puedo pasar, por favor?

Amelia apoyó el oído en la puerta intentando escuchar algo en el interior del cuarto, pero no conseguía oír nada.

—¿Sophia está enferma? —preguntó Anne tirándole de las faldas del vestido.

—No lo sé, Annie. Pero es mejor dejarla tranquila, ya la veremos cuando se encuentre mejor —le susurró para tranquilizar a su hermana menor, mientras miraba aprensivamente hacia la puerta cerrada.

Al día siguiente, mientras Amelia estaba tomando el té con su madre, su hermano y su cuñada, recibieron la visita de Stephen. Caroline sonrió de pronto, fue entonces cuando a Melly le empezó a oler mal todo aquello.

—Buenas tardes, señor Rutterford ¿Le apetece un té? —le ofreció Katherine con una sonrisa amable.

Stephen aceptó con una sonrisa también, ya que le simpatizaba.

Katherine Dawson, lady Mawsdley actualmente, era una joven rubia de ojos marrones y mirada transparente, brillaba con una luz especial desde que estaba embarazada, había oído hablar de ella y todo el mundo coincidía en lo mismo, tenía un gran corazón y Richard Mawsdley no se la merecía.

Observó sus ojos oscuros y tras ellos se podía adivinar una gran tristeza, si

Katherine conocía las andanzas de su marido estaba claro que las sufría en silencio, o quizá pensamientos muy diferentes atormentaban la mente de la joven condesa, Stephen no podía saberlo.

—¿Cómo se encuentra su amigo, el duque de Pendleton? —preguntó Melly intentando parecer despreocupada.

—De viaje, lady Amelia, pero le envía sus saludos. —Improvisó Stephen, sabiendo que William se moriría de un infarto de estar allí y pensar que ella quisiera llevarlo al altar.

—Amelia... ¿Por qué no vas a buscar a tu hermana? —La despidió Caroline, dándole un manotazo—. Disculpe la impulsividad de mi hija —se lamentó cuando salió la muchacha del salón.

—No se preocupe, el carácter de su hija me parece refrescante —dijo Stephen intercediendo por la muchacha.

—Sophia, por favor, déjame pasar, llevas un día entero ahí metida y te vas a enfermar... además Sophia... —escuchó los movimientos dentro de la habitación y se abrió la puerta— Sophia...—susurró con la vio.

Sophia estaba vestida aun con el camisón, estaba pálida y tenía los ojos rojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó entrando y cerrando la puerta tras ella—. El señor Rutterford está abajo y madre...

—¿Ella te ha enviado por mí? —le preguntó con la voz ronca.

—Sí, pero dime que te pasa.

—Me quiere casar... con él—musitó sin poder terminar de creerlo.

—¿Con Stephen Rutterford?

—Sí... A ella no le importo nada, solo quiere que Richard se vea libre de la deuda y voy a tener que pagarla yo... Durante lo que me queda de vida, Melly. Solo de pensar que cualquier hombre me vaya a... ¡Prefiero morir!

Amelia viendo como Sophia sufría un ataque de histeria, le dio una bofetada.

—¡No digas eso nunca más! —gritó Amelia sujetándola por los brazos, la abrazó y las dos lloraron como niñas pequeñas.

—Ahora tenemos que bajar, Sophia. Diremos que estas un poco resfriada.

La ayudó a vestirse y bajaron las dos juntas, había tardado cerca de media hora y tanto Stephen como Caroline, aunque por distintos motivos, se habían comenzado a impacientar.

—Siento mucho por la tardanza —se disculpó Sophia en voz baja.

—¿Se encuentra bien? —preguntó preocupado Stephen.

—Solo estoy un poco resfriada, pero no quería que se llevara una mala impresión de mi —dijo Sophia sentándose junto a él con mucho esfuerzo.

Caroline sonrió complacida, sabía que su hija acataría sus órdenes y solo había tardado un día, cuando por fin fuera la esposa de Stephen, él tendría que aguantar sus berrinches.

—Entonces supongo que no se encuentra bien para dar un paseo conmigo. — Se lamentó con amabilidad.

—Sophia se abrigará y todo estará bien, ¿verdad, Sophia? —insistió Caroline que se imaginaba porqué quería Stephen hablar con ella a solas.

—S-sí, claro que sí —musitó Sophia mirando a Amelia asustada.

—Pueden pasear por los jardines de la casa. —Ofreció Katherine inocentemente, ya que desconocía los enredos de su suegra. Siempre la mantenían al margen de todo lo que ocurría en la familia de su marido, cosa que agradecía secretamente, ya que no se sentía parte de ellos.

Caroline asintió y se llevó la taza de té a los labios para disimular la sonrisa; poco después observó cómo su hija y Stephen salían por la puerta de atrás.

Estos comenzaron a caminar sumergidos en sus propios pensamientos, que no podían ser más diferentes, mientras Stephen planeaba la forma de abordar el tema, Sophia deseaba estar a kilómetros de allí.

Stephen alargó la mano y la agarró del brazo, sobresaltando a la joven que casi había olvidado su presencia.

—Siento haberte asustado —se disculpó Stephen acariciando el brazo de Sophia desde el codo hasta que finalmente le agarró la mano.

Sophia no contestó inmediatamente, pues intentaba controlarse para no salir corriendo de allí. Cuando la mano de Stephen llegó a la suya que, como era habitual en ella, siempre se encontraba cubierta de unos guantes, fue cuando tuvo el valor de alzar la cabeza y mirarle a los ojos.

—N-no pasa nada, señor Rutterford —dijo Sophia, mientras emprendían el camino de nuevo agarrados de la mano.

—Me gustaría que me llamas Stephen —le pidió sin prestar atención al tartamudeo de la chica.

—¿Por qué?

—Porque así podría llamarte Sophia y sentirnos más cómodos juntos. — Sophia le vio sonreír y no pudo evitar corresponderle con una pequeña sonrisa que aceleró el corazón a Stephen.

—De acuerdo.

Caminaron unos minutos en silencio hasta que llegaron a un banco que había bajo el Sauce que antaño había plantado su abuela; Stephen arrancó un ciclamen que había plantado junto al árbol y se lo entregó a Sophia, esta lo cogió como si

su vida dependiera de ello.

—Sophia, llevo varias semanas viniendo, y bueno... supongo que has notado que me agrada tu compañía —comenzó a decir Stephen con cuidado, intentando encontrar las palabras adecuadas para no asustarla.

—Sí, a mí... también me agrada... agradas —contestó Sophia con voz ahogada, sabiendo que era lo que debía contestar en esa situación; pero la verdad era que había estado tan emocionada con encontrarse fuera del convento, que no había reparado en las constantes visitas de Stephen. Quizá, de haberse hallado en otra situación, sí que se hubiera dado cuenta de las intenciones de su madre; pero ahora ya era demasiado tarde.

—Sophia, ¿quieres hacerme el honor de convertirme en mi esposa?

Sophia miró la flor que le acababa de entregar Stephen, ¿era él su destino? Había asumido que no se casaría nunca, que no tendría hijos. No era tan tonta como para no saber cómo se engendraban los hijos, y si no se sentía preparada para dormir con él, mucho menos para... Él seguro que quería tenerlos, por eso quería casarse, tenía edad de hacerlo, ¿sería lícito engañarle de esa manera? ¿No sería como traicionarle? ¿Y si lo descubría y era malo con ella? ¿Pero cómo iba a negarse y permitir que toda su familia quedara en la miseria?

Su madre tenía razón, ella tenía la culpa de encontrarse en esa situación, porque nunca debió caminar por ese parque, mucho menos sola y tan tarde, por eso ella era la única culpable.

Pero... ¿cómo vivir con un hombre que quería ejercer sus derechos sobre ella? Nadie la protegería de su cólera cuando él descubriera que no era virgen, posiblemente la odiaría o la repudiaría, eso sería mucho peor para su familia.

Si se negaba haría efectiva la deuda, y eso era mucho peor. Pero si se convertía en su esposa, su familia también sería la de él, y tanto si la repudiaba como si no pediría la deuda, y estos también serían objetivo de burlas. Posiblemente para que nadie le criticara tendría que quedarse con ella y la odiaría, a lo mejor incluso le pegaba.

¿Sería Stephen capaz de algo así? No podía decirlo, no lo conocía.

Los segundos pasaban, y finalmente Sophia decidió qué hacer.

Capítulo 12

Caroline se paseaba inquieta por la estancia, conocía a Sophia y estaba casi segura de que haría lo que le había ordenado, pero tenía una pequeña duda en su cabeza, la parte que le recordaba las palabras de la chica el día anterior en el despacho.

Tenía que haber hablado con ella de nuevo y asegurarse, debía haber ido ella misma a por Sophia a su habitación.

Después de todo lo que había conseguido no iba a permitir que ella lo estropeará.

—¿Se encuentra bien, lady Mawsdley? —preguntó Katherine al observar el nerviosismo de su suegra.

—Sí, por supuesto, solo me inquieta que Sophia y el señor Rutterford lleven tanto tiempo a solas —mintió mientras miraba por la ventana.

—Katherine la que parece estar enferma eres tú, ¿por qué no vas a acostarte un rato? —le propuso Richard a su esposa, para que ella dejara de centrar su atención en su madre.

—Estoy bien, Richard, no tengo ganas de estar acostada, últimamente siempre estoy en la cama —se quejó Katherine dejando su taza en la mesa.

—Katherine no te exaltes —la regañó Caroline sin dejar de mirar inquieta por la ventana.

Amelia al escuchar a su madre se removió inquieta en su sitio, ya que se imaginaba perfectamente lo que le preocupaba a la señora, si de algo estaba segura es que no era precisamente la «*virtud*» de Sophia lo que le preocupaba.

Estuvo a punto de decirlo, pero la entrada de su hermana junto a Stephen la salvó de cometer una imprudencia.

—¿Han disfrutado de su paseo? —preguntó Caroline apresuradamente, sin perder de vista cómo el brazo de su hija descansaba sobre el de Stephen.

—Sí, por supuesto. Y más aún cuando Sophia ha aceptado ser mi esposa —les comunicó Stephen con orgullo.

Sophia intentó sonreír cuando todos comenzaron a felicitarla, soportó los abrazos de su madre y Richard con estoicismo, el de Katherine con amabilidad y el de Melly como si fuera el último que le fuera a dar en la vida.

—¡Qué bien! ¿Y para cuándo será la boda? —preguntó Katherine sonriendo.

—Aún no lo hemos decidido, Katherine, no seas impaciente, tenemos que pensar en la fiesta de compromiso que vamos a ofrecer, invitaremos a nuestras

amistades y...

—A mí me gustaría que fuera una celebración privada, lady Mawsdley, solo unos amigos cercanos y la familia —dijo Stephen notando la mirada angustiada de su prometida.

—Como quiera, Stephen, yo solo... —musitó Caroline esperando que su futuro yerno claudicara en su favor.

—Lo entiendo, lady Mawsdley, pero no me gustan las «grandes masas de gente» —se disculpó Stephen notando la pequeña sonrisa de Sophia, sin sentirlo en absoluto.

Por la noche, Stephen, recordaba el momento de su declaración a Sophia mientras bebía un zumo de uva ante la chimenea, con su fiel amigo, un *rottweiler* de color negro llamado Byron, que dormía a sus pies.

No había esperado la aceptación tan rápida de Sophia, y algo lo hacía sospechar que tenía tanto miedo a su madre, que esta le había prohibido negarse, por lo que Sophia debía saber de su trato; de ser así, debía sentirse muy mal al saberse intercambiada.

Podía recordar su perplejidad cuando le había dicho que sí.

«—Sí, aceptó ser su... tu esposa —dijo Sophia con voz insegura.

—Sophia, quiero que estés segura de tu respuesta, si quieres un tiempo para pensarlo, yo puedo...

—Quiero casarme contigo, Stephen. —Lo interrumpió mucho más segura que la primera vez, mirándole a los ojos.

—Sophia...

—Pero quisiera pedirte un favor —le suplicó sin dejar de mirarle a los ojos.

—Lo que quieras, cualquier cosa —contestó inmediatamente Stephen.

—Quiero que sea pronto y que... Cuando mi madre diga que quiere una gran celebración por nuestro compromiso digas que no, no es que no quiera que nadie se entere, no me importa lo que digan o piensen esas... «personas», solo que no soporto las grandes masas de gente, tan solo asisten para criticar a los demás. Lo odio y mi madre convertiría todo esto en... un espectáculo.

Stephen asintió y la miró sorprendido por sus palabras, era la primera vez que la escuchaba hablar más de dos o tres palabras y en un tono normal; sonrió encantado, era lo contrario a como la esperaba, eso le gustaba aún más si cabe, se parecían más de lo que creía, cosa que lo hacía sentirse aún peor, porque le había destruido la vida a una gran persona, pero estaba deseoso de

reconstruirla junto a ella.»

—Estoy ansioso de que ver qué nos depara nuestro futuro juntos. Sophia, sé que no será fácil lo que se avecina, pero espero lo que sea con muchas ganas —dijo mientras hacía un brindis solitario.

—¿Crees que he hecho bien, Melly? —le preguntaba Sophia a su hermana esa misma noche.

—Sí, a mí no me importa que Richard y madre mueran de hambre, pero debes salir cuanto antes de aquí, porque si no madre acabará contigo. Stephen te cuidará, tengo un buen pálpito con él —dijo Melly con lágrimas en los ojos—. Si yo fuera tú, estaría contando los días, las horas, los minutos y los segundos que quedan para salir de esta jaula —continuó mirando las paredes con odio.

Sophia, aunque le dolía aceptarlo, sabía que Amelia tenía razón, solo la incomodaba tener que dejarla a ella y a Anne a merced de su madre.

Capítulo 13

Sophia sentía que había tomado la decisión correcta, debía sentirlo así, ya no había marcha atrás, porque, aunque su compromiso aún no había sido anunciado era algo hecho, le había dado su palabra a Stephen y en el fondo no se arrepentía de haberlo hecho.

No era por su madre, ni por Richard, sabía que Amelia tenía razón en todo lo que había dicho de ellos, pero había también otras personas que dependían de ellos, Anne, Katherine, su bebé y aunque no quería acéptalo, la propia Amelia.

Por ellos no le importaba sacrificarse. Durante su estancia en el convento, había asumido que viviría una existencia extraña y ajena a todos ellos, sin embargo, ahora la abrazaría gustosa con tal de no tener que casarse con nadie.

Le parecía tan repugnante. Imaginaba lo que ocurriría bajo las sábanas y temía que llegara el momento.

En abstracto, sin vivirlo aún, no parecía muy complicado, pero había ciertos deberes de esposa que ella no quería cumplir, y no le quedaría más remedio que acatarlos.

Lo peor de todo era que no podía hablar con nadie de sus miedos e inquietudes, la única con la que tenía más confianza era Melly, pero ella era aún una señorita y no podía hablarle de esas cosas.

Podría negarse, pero Stephen sería su marido; y al fin y al cabo, estaría en su derecho.

Aunque Sophia había pasado los últimos años intentando no pensar mucho en aquella noche, imágenes sueltas regresaban a su cabeza, dolía mucho, demasiado. ¿Aguantaría algo parecido noche tras noche?

No le quedaría más remedio.

Mientras tanto, Stephen le daba la noticia de su próximo matrimonio a su amigo el duque de Pendleton.

—Entonces te dijo que sí —suspiró William con pesar, como si fuera una mala noticia.

—Sí, fue un momento extraño, porque por unos segundos creí que se negaría —dijo Stephen recordando aquellos instantes de duda.

—Con esa madre es normal, nadie osaría a negarse —continuó William como si no hubiera hablado su amigo.

—No entiendo cómo puede no querer y proteger a sus hijas —musitó Stephen encogiéndose de hombros.

—A la «rolliza» sí la quiere. Le ha buscado un buen partido —contestó William apurando su copa de brandy.

—¿Crees que ha pensado en alguien para lady Amelia? —preguntó Stephen observando como el rostro de su amigo perdía color paulatinamente.

—¿Te refieres a mí? ¿Por qué? ¿Has oído algo? —gruñó el duque haciendo una seña al camarero para que le trajera otra copa.

—No, no he oído nada, simplemente he visto como lady Amelia te mira, William, no hay que ser muy inteligente para adivinar que le gustas a esa joven —contestó Stephen sonriendo ante la incomodidad de su amigo.

—La voy a esquivar como si fuera una enfermedad, no tengo intención de cambiar mi situación sentimental —Miró al camarero que le llenaba el vaso—. Deje aquí la botella.

—¿Piensas tener eternamente esa extraña relación con Dorothy Leblanc?

—Es un acuerdo que nos satisface mutuamente y, querido amigo, no es perpetuo como el matrimonio. Además, si en su momento Theresa Jones no hubiera decidido que ser baronesa era más divertido, no estarías metido en este lío.

—No quiero hablar de esa mujer —le interrumpió Stephen secamente.

—Como quieras, Stephen —contestó William levantando ambas manos, en un intento de aplacarlo.

—Será una gran fiesta de compromiso, Sophia. Madre no está escatimando en gastos —dijo Amelia unos días después cuando quedaba menos de una semana para la celebración de la esperada reunión.

—Se está excediendo demasiado con el dinero de Stephen, ¿no crees? Me avergüenza la imagen que tendrá de nosotros. —Se quejó Sophia mirando los delicados manteles de encaje con los que su madre pretendía engalanar las mesas ese día.

—Estoy segura de que el señor Rutterford no está molesto, es más, estoy segura de que si no quisiera se lo diría a madre sin el menor de los apuros. Creo que quiere impresionarte —dijo Amelia emocionada—. Además, he notado que le llamas «Stephen».

—Él me lo pidió así, pero aún me siento incómoda —musitó Sophia guardando los manteles de nuevo en sus cajas.

—Es normal, yo también me siento incómoda, porque una parte egoísta de mí no quiere que te cases y te marches de nuevo —susurró Amelia apenada—. Sé que es lo mejor, pero me aflige.

—Podrás visitarme siempre que quieras —le dijo Sophia con el corazón en un puño.

—Pero no será lo mismo. —Melly se apartó unas lágrimas que comenzaban a resbalar por sus mejillas.

Sophia la abrazó fuertemente y asintió en silencio. Amelia tenía razón, nunca sería lo mismo.

Al fin había llegado el tan ansiado día, el día de la fiesta de compromiso, toda la familia Phillips se engalanó para tan fastuoso evento, Sophia continuaba apenada por las molestias que estaban causándole a Stephen, sobre todo, porque al final ella sería una total decepción para él.

Cuando llegara el momento y se diera cuenta de que no era virgen no sabía lo que podría pasar, pero lo que tenía seguro era que él se sentiría engañado, y lo peor era que no había forma de avisarle.

Durante los días anteriores Stephen la había visitado, aunque menos que anteriormente porque había tenido que solucionar unos problemas en una de las minas de su propiedad, por lo que no lo había visto mucho antes de la fiesta y esto provocaba aún más nervios para Sophia. Tenía ganas de que pasara todo aquello, meterse en la cama y no despertar hasta que todos sus problemas estuvieran solucionados.

Pero eso sería una salida demasiado cobarde, había mucha gente que dependía de que esa boda saliera bien, por eso quería controlar sus emociones, tendría que tener cuidado y acostumbrarse poco a poco a la cercanía de Stephen y a su tacto, así quizá luego todo sería más fácil.

También estaba el problema de David, con tantas emociones no había tenido tiempo de pensar en él, recordaba que quería hablar con ella y no entendía por qué. Él estaba casado con su hermana, su relación sería estrictamente fraternal, ya que a ella no le interesaba de otra forma y era verdad.

No le dolía el corazón al pensar en David con Charlotte, podía vivir con ello porque en realidad no lo había amado, ojalá él lo entendiera también.

—Mira Sophia, ha llegado esto para ti. —La entrada de Melly y Anne en su

habitación la sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué? —preguntó esta que no había escuchado nada de lo que había dicho.

—Un mensajero ha traído esto para ti —dijo Anne. Fue entonces cuando Sophia miró sus manos y vio una caja de terciopelo con una nota sobre ella—. Vamos, ábrela para ver de quién es.

—Cálmate Anne, no le apremies —la regañó Melly dejando el paquete sobre la cama.

Sophia cogió la nota y la abrió:

«Espero que luzca tan hermoso sobre tu cuello y que resplandezca esta noche. Stephen.»

Sophia le pasó la nota a Melly que suspiró dramáticamente y abrió la caja, dentro había una hermosa gargantilla de plata con pequeños diamantes incrustados.

—Es preciosa —susurró Sophia sin poder evitarlo—. Él espera que la lleve esta noche.

—Serás una princesa, Sophia —asintió Anne con inocencia infantil, y Melly repitió su gesto dando su visto bueno.

Capítulo 14

Sophia colocó el frasco de perfume francés sobre el tocador mientras observaba detenidamente el resultado de dos horas de «trabajo».

Con la ayuda de Bertha y de Amelia, se había recogido la melena castaña clara en un recogido elegante con unos delicados rizos que enmarcaban su rostro. Su vestido de color lavanda era de manga corta, tenía un exquisito corte; estaba adornado con unas pequeñas flores de gasa que daban forma al corpiño y elegante encaje en las hombreras.

Como adorno principal, rodeando su cuello se encontraba la gargantilla que le había regalado Stephen, le recordaba a una serpiente, solo esperaba que no terminara apretándole tanto que la asfixiara.

Caroline había preparado un pequeño aperitivo para reunir a la familia para así poder darles la noticia en privado antes de que llegaran los invitados. Al menos tendría ocasión de acostumbrarse a Stephen, y por lo menos sería en un ambiente, más o menos, privado.

Escuchó unos toques en la puerta, se levantó apresuradamente de la silla.

—Sophia, madre quiere que bajes ya —le dijo Amelia abriendo la puerta—. Stephen acaba de llegar. Estás preciosa, estoy segura de que no podrá quitarte la vista de encima.

—¿Tú crees? —preguntó su hermana con espanto.

—Pero eso es bueno, Sophia, no te preocupes, no me separaré de ti, además. —En ese momento le cambió la cara—. También ha llegado la gorda.

—Amelia... —le regañó Sophia saliendo, ambas, de la habitación—. No vuelvas a hablar así de Charlotte.

—Como quieras —aceptó con mirada inocente—. Pero sigue siendo gorda —refunfuñó en voz baja. Aunque Sophia sí que la llegó a escuchar, no pudo sino sonreír.

Al llegar por fin al pie de la escalera, Stephen la esperaba, alargó la mano y Sophia la aceptó tensándose casi imperceptiblemente.

—Estás preciosa, Sophia —la halagó Stephen besándole la mano.

—Gra-gracias —tartamudeó ella sin mirarle a los ojos.

—Lamento mucho no haber podido venir a visitarte en estos últimos días; he tenido unos imprevistos —comenzó a disculparse, pero Sophia lo detuvo con un movimiento de su mano.

—No importa, entiendo que eres un hombre muy ocupado —dijo

sencillamente, esperando agradarle.

—Serás una esposa muy tolerante —contestó con voz seca.

Stephen no se tomó muy bien aquella contestación. Aunque pudo disimularlo, al escucharla sintió una ligera decepción, había esperado que, en esos días de ausencia, Sophia hubiera extrañado en algo su compañía. En ese instante la hubiera reprendido para que dejara esa actitud sumisa que tenía, pero sabía que solo era culpa suya y que debía ser paciente con ella. Apremiarla sería contraproducente en su situación, sobre todo con su ex enamorado en la habitación de al lado.

Sophia lo miró sin comprender su cambio de humor y Stephen quiso rectificar o como poco comerse sus palabras.

—Pasemos antes de que nos busquen —dijo con una sonrisa más cálida.

Sophia asintió y ambos entraron juntos al salón.

Caroline no cabía en sí de gozo, poco a poco sus problemas se iban solucionando, todo había sido una jugada maestra y ni siquiera había tenido que ser ella la que hiciera el primer movimiento, Stephen Rutterford había aceptado la soga al cuello con una esposa que sería su mayor vergüenza, le había ganado en su propio juego. Al menos así lo creía ella.

Cogió una copa y dio unos leves toques en ella con una cucharita.

—Me gustaría dar una gran noticia; me alegra tanto tener a toda mi familia reunida, sobre todo para celebrar una ocasión tan especial como esta, el compromiso de Sophia con Stephen Rutterford —concluyó Caroline.

Katherine, aunque ya lo sabía, felicitó a la nueva pareja, al igual que Richard, Amelia y la madre de Katherine. Charlotte también felicitó a su hermana, pero fue mucho menos efusiva; aunque el momento más tenso para Sophia fue cuando David se acercó a ellos, podía leer en su cara que tenía ganas de formar un escándalo, pero gracias a Dios se controló al saludar a Stephen. Sophia no deseaba ningún tipo de altercado entre ellos y esperaba de verdad que David respetara eso.

—Nosotros también queremos hacer un anuncio, madre —intervino Charlotte segundos después—. Estoy embarazada —anunció con una sonrisa de deleite.

Amelia no se molestó en felicitar a su hermana, al fin y al cabo, había conseguido lo que quería, atrapar a David con un niño y por si fuera poco había arrebatado el protagonismo a Sophia en el día de su compromiso.

Todo el mundo se quedó en silencio, sin saber qué decir durante unos

segundos que se hicieron eternos. Para sorpresa de todos, Sophia fue la primera en reaccionar.

—Enhorabuena, Charlotte. —La abrazó con sincero afecto, para sorpresa de esta—. Felicidades, David.

Stephen aplacó por un momento su resentimiento hacia David Downey, parecía que a Sophia no le importaba convivir con su ex enamorado, por lo que decidió que a él tampoco. Aunque las miradas que dirigía hacia su prometida no le pasaban inadvertidas.

Esperaba no tener que aclararle la situación a Downey, Sophia era suya, no había más opciones, si su compromiso no se lo había dejado claro, él se encargaría de dejárselo aún más.

Después de Sophia, el resto de la familia comenzó a felicitar a los nuevos padres, todos parecían felices; todos excepto David. Para él todo lo ocurrido comenzaba a coger tintes de pesadilla.

Continuaron tomando su copa, hasta que empezaron a llegar los demás invitados, Caroline no se hizo de rogar y anunció el compromiso de Sophia nada más asegurarse que habían llegado todos los invitados. Sophia sentía que le faltaba el aire con tanta gente a su alrededor, pero no se separó de Stephen, era extraño, pero junto a él se sentía a salvo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Stephen apartándola del resto de la gente.

—Sí, solo es que me incomoda tanta gente observándome, no me gusta la ciudad —contestó siendo más sincera de lo que quería.

—A mí también me incomoda —susurró Stephen acercándose a ella un poco más mientras le apartaba un mechón del rostro, Sophia aguantó la respiración—. Me alegra que pensemos igual, y cuando nos casemos, si tú quieres, pasaremos mucho tiempo en mi casa de campo, ¿montas a caballo?

Sophia no sabía si el latir acelerado de su corazón se debía a la cercanía de Stephen o al imaginarse sola en el campo con él, quizá fuera mejor, así al menos solo tendría que defenderse de él y no estaría su madre.

—No, madre no lo consideraba apropiado —musitó sintiéndose más tranquila, tal vez comenzar una relación amigable era un primer paso para acostumbrarse a su presencia.

—Tonterías, en ese caso será para mí un placer enseñarte —dijo Stephen sintiendo que, por primera vez en dos meses, comenzaba a formar un puente que lo guiara hacia ella.

Mientras tanto, sin ellos saberlo, este acercamiento era observado por David que hervía de rabia. En una sola noche Sophia había anunciado su compromiso y su esposa le había cerrado la soga alrededor de su cuello con el anuncio de su embarazo.

Hacía al menos dos meses que no yacía con Charlotte. Desde que Sophia había regresado a casa ni siquiera había podido tocar a su amante, la señora Helen Willis, tan solo había podido pensar en ella.

Y de repente su oportunidad de tenerla se escapaba, de nuevo, entre sus dedos; dejándolo solo y encadenado a esa serpiente que dormía bajo su mismo techo.

La odiaba, Charlotte tenía la culpa de su infelicidad, de perder a su Sophia y también odiaba al engendro que llevaba en el vientre.

El momento de atención de Charlotte pasó tan rápido como había llegado, pero no lo lamentó en exceso, al menos había conseguido demostrar que David era suyo; aunque no podía evitar mirar a Stephen Rutterford, era un hombre tan viril y fuerte. Miraba a Sophia todo el tiempo, ¿realmente la amaría? ¿Todos los hombres del mundo se enamoraban de su insípida hermana? Sabía que David no estaba contento por su próxima paternidad, pero le daba igual. Ese niño, porque estaba convencida de que sería niño, sería el heredero del Ducado de Downey y así no tendría que soportar nunca más esa asquerosidad del acto sexual junto a David. Él podía conformarse con su amante, pero jamás tendría a Sophia, y eso la llenaba de una felicidad inmensa.

Capítulo 15

Amelia, mientras tanto, se las ingenió sabiamente, para agarrar el brazo de William Pendleton; estaba decidida a hacer lo que fuera por gustarle, no deseaba permanecer junto a su madre mucho más tiempo. Le apenaba Anne, pero ella fin y al cabo era pequeña aún, y nunca había tenido un problema con su madre.

Las monerías de Annie eran aceptadas como tal, quizá sus problemas llegarían cuando fuera mayor, pero podría ayudarle. El verdadero problema lo tenía ella, había aceptado casarse cuanto antes con cualquier rico, pero prefería escogerlo ella.

—Es una fiesta estupenda, ¿verdad, excelencia? —dijo Amelia con una sonrisa deslumbrante.

William sonrió con paciencia, era una joven agradable, no podía negarlo, pero no lo suficiente como para atarse a ella, deseaba decírselo, aunque tampoco quería que se sintiera mal, tenía que haber alguna forma de hacerlo, ¿no?

Miró a su alrededor y vio a Dorothy Leblanc, llevaban siendo amantes desde hacía casi tres años, sabía que no era su único amante al igual que ella sabía que no era la única mujer en su vida, pero siempre que ambos se necesitaban se tenían mutuamente. William sabía que llegaría el momento en el que alguno de los dos finalmente se casaría. Llegado el momento no le quedaría más remedio que aceptarlo, pero este aún no era el momento.

Dorothy Leblanc, era una joven viuda rica, a la que todo el mundo criticaba, pero que siempre estaba incluida en las reuniones de sociedad, manejaba los negocios de su difunto marido como si fuera un hombre, era una enemiga peligrosa para tener en cuenta, por eso era mejor soportarla que dejarla de lado.

No podía evitar mirarle furiosa, no le importaba que jugueteara con algunas rameritas, pero cuando la muchacha era decente, el temor nacía en ella. No podía negar que se imaginaba casada con William, pero sabía que él sentía cierto pánico por el matrimonio y no quería apresurar las cosas; lo que no iba a permitir era que una estúpida señorita de sociedad se casara con su hombre.

—Es muy agradable, lady Amelia, su madre es una gran anfitriona —dijo William sin involucrarse demasiado.

—Puede llamarme solamente Amelia o Melly, me gustaría que fuéramos... amigos, al fin y al cabo, Sophia y Stephen se casaran y nos veremos muy a menudo —le ofreció Melly mirándole con sus adorables ojos azules.

—No creo que sea correcto, lady Amelia. —William debía rechazar su oferta.

—Oh. —la desilusión cubrió el rostro de Melly como una cortina—. Al

menos podría pensárselo, aunque...

—Buenas noches, excelencia —saludó Dorothy sobresaltando a la joven—
¿No nos va a presentar? —insistió Dorothy mirando a William fríamente.

En realidad, William no sabía muy bien el motivo, pero no quería mezclar a Amelia con Dorothy. Sabía que cuando esta última estaba celosa, podía ser muy venenosa y por muy impertinente que fuera Amelia no merecía ser la nueva víctima de Dorothy.

Pero no le quedó más remedio que hacer las presentaciones pertinentes.

—Encantada de conocerla, señora Leblanc he oído hablar mucho de usted —dijo Amelia inocentemente, mientras pensaba «*Y nada de lo escuchado ha sido algo bueno, señora Leblanc*».

—Amelia, acompáñame a la letrina un momento por favor —dijo Sophia interrumpiendo el gélido ambiente que podía cortarse con un cuchillo, aunque la pobre Sophia no se percató de ello.

—Sí, claro Sophia. —Amelia soltó el brazo de William sin pensarlo y se retiraron ambas hermanas.

William agarró a la mujer del brazo y la apartó de la mirada de todos.

—Dorothy creo que esta escena estaba fuera de lugar —gruñó en voz baja William.

—¿Y esa coquetería descarada no? No quiero que ninguna de esas chicas se te acerque, William.

—Has incomodado a Amelia y a mí, ha sido vergonzoso.

—Amelia no parece alguien que se «*incomode*» con facilidad.

William podía estar de acuerdo en eso, casi podía jurar que Amelia se había dado cuenta del tono hostil de Dorothy y había estado a punto de retarla.

—No importa, no voy a tolerar esto. Nuestra relación es agradable, pero puedo prescindir de ella perfectamente—dijo William sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Me estás abandonando? —musitó Dorothy sin poder creerlo—. Te vas a arrepentir, William. A mí nadie me abandona —le amenazó señalándole con un dedo en el pecho.

—Podré vivir con ello —contestó, y se marchó dejándola allí boquiabierta.

—Me las vas a pagar —susurró a sí misma sin dejar de mirarle.

—Sophie, respira —le ordenó Melly mientras tanto al otro lado de la casa—. Inspira, expira. Muy bien, ahora, cuéntame ¿qué te pasa?

—Stephen dice que viviremos en el campo, y que me enseñará a montar a caballo, dice que me comprará uno si quiero. —Comenzó a decir Sophia de forma atropellada.

—¿Y eso es malo, cielo? —preguntó su hermana enarcando una ceja.

—No, pero me siento una... farsante... Melly, como si estuviera vendiéndole a Stephen una imagen diferente a la real —musitó sentándose en uno de los sillones.

—No digas eso, Sophia. Esa verdad que lo que ocultas te está matando. ¿Has pensado en decírselo?

—¿De-decírselo? —susurró Sophia mientras su hermana asentía.

En la fiesta, Stephen intentaba disimular su aburrimiento mientras su futuro cuñado intentaba impresionarle con sus hazañas en la cacería, se imaginaba el porqué siempre recogía más piezas, seguramente las personas con las que asistía temían ofenderle y se dejaban ganar. A él le interesaba más que Sophia regresara al salón, no podía dejar de vigilar a Downey, no quería que incomodara a su prometida, por lo que no permitiría que se acercara a ella.

William se aproximó a él y pidió una copa de bourbon que se tomó de un trago, para luego pedir que se la rellenaran.

—¡Vaya! Pendleton parece que necesitas algo muy fuerte —se burló Richard con una sonrisa estúpida mientras sus pelotas le seguían el juego.

William le miró con una sonrisa macabra y, junto a Stephen, se apartaron de tan dudoso grupo.

—¿Qué ha ocurrido, William? —exigió saber Stephen.

—He dejado a Dorothy. Y lo más gracioso es que ha sido porque ha molestado a lady Amelia —dijo como si no se lo creyera.

—Debe estar histérica, ¿no te ha dado un zarpazo? —se burló Stephen del carácter explosivo de la dama.

—Ha faltado poco.

Como en ese momento regresaron ambas hermanas al salón, los hombres tuvieron que abandonar el tema que estaban tratando.

Durante el resto de la fiesta, Sophia no se separó de su prometido, intentó disimular su malestar todo el tiempo; sabía que David quería hablar con ella, pero no se sentía con fuerzas por lo que lo evitó todo lo que pudo, por eso también agradecía la inmutable compañía de Stephen.

Cuando la fiesta llegó a su fin, Sophia se retiró a su habitación sintiéndose

extraña, se tumbó en su cama mirando hacia la ventana, su compromiso era ya un hecho consumado. En dos semanas sería la boda, se sentía preparada para enfrentarse a ello; sin embargo, las palabras de su hermana no salían de su cabeza.

«Esa verdad que le que ocultas te está matando... ¿Has pensado en decírselo?»

¿Has pensado en decírselo?

¿Has pensado en decírselo?

¿Has pensado en decírselo?»

«¿Debo decírselo?»

Capítulo 16

Durante los siguientes días, el ambiente en la casa de Paddington Street se tornó frenético. Caroline quería que la boda de su hija fuera el evento del año. En realidad, poco le importaba lo que ella y su prometido quisieran, lo verdaderamente importante para ella era su prestigio como buena anfitriona.

Había conseguido que Stephen cargara con los gastos de todo el banquete y ceremonia. Ella, ilusamente, creía que podía manejar a su futuro yerno a su antojo, aunque la realidad era bien distinta.

Si Stephen estaba costeando todo eso era porque quería que Sophia tuviera la boda que se merecía y porque el dinero no era importante para él. No era cuestión de arrogancia, era cuestión de principios, aunque bien es cierto que tenía más dinero del que necesitaba. Por eso mismo no le importaba emplearlo en su futura esposa, pero deseaba gastarlo en ella y con ella, no en toda su familia. En cuanto Sophia dijera «*sí quiero*» ante el cura, pasaría a ser su responsabilidad y ambos se verían libres de esa mujer.

Mientras los días pasaban las dudas de Sophia se arraigaban más profundamente en su interior, estaba siendo deshonesta con Stephen, su familia casi había modernizado el ropero con su dinero.

Observaba todo lo que ocurría a su alrededor como una mera espectadora de una obra de teatro, como si le pasara a otra y no a ella misma todo aquello. Aunque todo aquello parecía una burda tragedia griega y el clímax final se produciría durante la noche de bodas.

Estaba tan ensimismada que al sentir el dolor punzante en uno de sus muslos la hizo gritar adolorida.

—¡Se ha manchado la tela! —se quejó la modista entre bufidos—. No se mueva tanto, *milady* —la regañó enfadada.

Sophia miró la tela blanca de su vestido de novia, símbolo de la pureza virginal de la novia, salpicada con una diminuta mancha roja. Era claramente un mal augurio.

Esa misma noche tampoco pegaría ojo, ya eran unas cuantas noches en vela, así que esta sería una más que se uniría a todas las noches anteriores. Para más inri, al día siguiente por la tarde, daría un paseo con Stephen, y tomarían el té en una exclusiva tetería junto a Amelia, que haría de su carabina. Como si la necesitase.

Al día siguiente, para su cita, se puso un discreto vestido beige con pequeñas flores rojas y un sombrero pequeño en la cabeza, todo a conjunto con el vestido, el conjunto lo remataban unas preciosas botas de color blanco.

Ambas hermanas se unieron a Stephen en la salida de la casa. Comenzaron dando un paseo y, para aburrimento de todos, cada dos pasos se encontraban con alguna señora que les felicitaba por su próximo enlace.

Amelia y la criada se quedaron a una discreta distancia prudencial, lo suficiente para dar un poco de intimidad a la pareja.

Cuando llegó el momento de pasar por Liberty Park, Sophia no pudo evitar palidecer. Aquella era la primera vez que regresaba tras lo ocurrido hacía un par de años atrás. No pudo evitar recordar todo lo vivido, pero, sobre todo; le hacía recordar ese sentimiento de falsedad y culpabilidad para con su prometido Stephen. Casi sin percatarse, como si de un acto reflejo se tratara, Sophia apretó el brazo de Stephen.

—¿Te sientes bien? Estás un poco pálida —preguntó Stephen un poco inquieto. No tenía la seguridad de que finalmente Sophia terminara arrepintiéndose y diera marcha atrás.

—Supongo que tengo... nervios... por la boda.

Se podía decir que no era una mentira, aunque sus nervios exclusivamente no eran por la boda, sino por lo que ocurriría a su alrededor, y después de la boda.

«*Miente*» pensó Stephen inmediatamente, no le había mirado a la cara, podía decir que comenzaba a conocer sus gestos y ella era incapaz de mirar a los ojos cuanto mentía.

—Comprendo... —Aunque en realidad estaba un poco molesto, entendía que ella no le tuviera confianza, tan solo creía que ya había pasado la época en la que ella no le miraba a los ojos—. Es normal, aunque no tienes que preocuparte por nada —le dijo con voz dulce siendo paciente con ella.

No quería perder la paciencia, sabía que la culpa del comportamiento de Sophia, era absolutamente suya.

Miró a su alrededor para relajarse y se dio cuenta de dónde estaban, había estado tan pendiente de llevar una conversación con ella, que no se había percatado de dónde se encontraban en esos instantes. Liberty Park, era el lugar donde hacía poco más de dos años había abusado de Sophia, entonces se sintió más canalla que nunca.

Cuando por fin dejaron el parque atrás, sintió la mano de Sophia relajarse sobre su brazo, pero aún continuaba inquieta, quizá la boda, su madre y encontrarse cerca del parque la habían desbordado.

—Sí, ya lo sé. Madre se está encargando de que todo sea perfecto —dijo ella, esta vez con más seguridad.

—¿Te sientes agobiada por ella? —preguntó sospechando que la mujer hubiera sido desagradable con su hija.

—No... Bueno, no más de lo normal —contestó casi con una sonrisa, pero tenía las manos heladas.

Stephen se las agarro y las arropó entre las suyas para caldeárselas.

—Puedes contarme lo que te preocupe —dijo sintiendo como daba un pequeño respingo.

«*Dios mío...*» pensó tensándose.

—¿Cual-cualquier cosa? —preguntó ella con un temblor claro en la voz.

Stephen se imaginaba anulando todo y no quería; no por ser el «*hazme reír*» de todo Londres ni nada por el estilo, sabía que los chismes al final se acabarían y no le importaba, solo que se había imaginado formando su vida junto a Sophia y, aunque era más de lo que un miserable como él merecía, no quería perderla.

—Sí, ya te dije en una ocasión que quería que fuéramos amigos, que me tuvieras confianza. —La instó con una sonrisa que ocultaba sus temores.

Sophia se aclaró la voz y miró a su alrededor, estar lejos del aquel parque al menos había supuesto un respiro para ella, ¿era una señal para ser sincera con él?

—Stephen... Yo... —Intentó decir, pero fue interrumpida por la voz de una mujer.

—¡Vaya! Stephen, cuanto tiempo sin vernos.

Sophia miró a la mujer y tuvo que controlarse para no gritarle.

¿Por qué tenía que interrumpirla cuando estaba a punto de hablar? Sintió rencor hacia ella, además miraba a Stephen de forma coqueta y vestía un estafalario vestido rojo que le hacía parecer una señorita de compañía.

—Theresa, un gusto volver a verte, te presento a lady Sophia Phillips, mi prometida —dijo Stephen con mucha satisfacción viendo cómo la sonrisa de la mujer se apagaba un poco, pero fueron solo unos segundos—. Sophia, te presento a lady Highsmith, esposa del barón Rudolph Highsmith.

—Encantada lady Highsmith —la saludó Sophia de forma educada.

—Prometida... Cómo has cambiado, querido —ronroneó la mujer.

Sophia sintió que sus mejillas se coloreaban ante tanto descaro. «¿*Serían amantes?*» se preguntó mentalmente.

Stephen miraba a Theresa y se preguntó cómo alguna vez pudo creer que ella le gustaba, era una mujer hermosa, eso no lo podía negar, todo en ella era un arma de seducción afilado que invitaba al sexo, su pelo rubio brillante y sus ojos azules. Cuando la conoció tres años atrás, él había sido uno de los tantos incautos que había caído rendido a sus pies.

Pero al volver a verla, sobre todo con Sophia a su lado, podía verse claramente cuál era la dama por la que realmente valía la pena luchar; incluso el

perfume de Theresa le parecía vomitivo y empalagoso, sobre todo si lo comparaba con el sutil olor a lavanda que desprendía la joven Phillips.

Si se arrepentía de algo, era de haberse emborrachado por culpa del abandono de esa mujer, pero sobre todo de haber arruinado la vida de una señorita en el camino. Aunque su parte más egoísta le decía que de no ser así, Sophia jamás habría aceptado casarse con él y ahora sería la esposa de Downey, algo que le hervía la sangre.

Hacía tiempo había disfrutado de la salvaje Theresa, sin embargo, ahora prefería la inocencia y la pureza que desprendían los ojos verdes de Sophia.

No se arrepentía del cambio, aunque sí de los sucesos que lo habían producido.

—Sin embargo, no se puede decir lo mismo de usted, lady Highsmith, continua igual que siempre —dijo como un velado insulto que ambos comprendieron.

—¿Y para cuándo será el agradable evento? Porque mi invitación ha debido perderse —se quejó Theresa haciendo un gracioso mohín, aunque sus ojos brillaban duros.

—Hemos invitado a la familia y amigos más cercano, no sabíamos que volvería de su viaje por América junto al barón.

—No pretendíamos ofenderla, lady Highsmith, lamentamos mucho esta situación. ¿Aceptará nuestras sinceras disculpas? —dijo Sophia haciendo gala de su casta.

Se alegraba de que Stephen no fuera a invitar a su querida a su boda, sería bochornoso.

Después de unos cuantos intercambios más, por fin Theresa se vio obligada a retirarse enfurruñada. Stephen estaba henchido de orgullo, el comportamiento y el saber estar de Sophia lo habían impresionado muy gratamente, en realidad todo en Sophia le encantaba, y lo que más, era que ni ella misma se daba cuenta.

Sophia casi había olvidado lo que iba a decir, el encuentro con lady Highsmith la había hecho enfrentarse a un hecho que no había tomado en cuenta; que Stephen tuviera otra mujer.

Ella sería una vergüenza como esposa y lady Highsmith lo... consolaría. Nunca había pensado que pudiera compartir a su marido, y acababa de descubrir que eso no le agradaba nada, pero tampoco era quien para prohibirlo.

Con toda la conversación, Stephen no recordó hasta aquella misma noche que Sophia había estado a punto de decirle algo, aparentemente importante para ella, cuando fue interrumpida por la aparición de Theresa, pero decidió no darle más importancia.

Sophia había perdido el valor para contarle todo a Stephen, día tras día en las

visitas de Stephen había intentado decir algo, pero le había sido imposible, las palabras se le atragantaban en la garganta.

El temido momento ya había llegado, al día siguiente se convertiría en la esposa de Stephen Rutterford.

No podía dormir, y sabía bien que no eran los nervios por la boda, aunque también había algo de eso, daba vueltas y más vueltas en la habitación, desde su cama se escuchó el sonido de las campanas que anunciaban la medianoche cuando decidió intentar cerrar los ojos y dormir un poco, o al menos descansar.

Stephen tampoco podía dormir, aunque por preocupaciones un poco diferentes. Su vida cambiaría radicalmente, a partir de ahora todo sería diferente, tendría una esposa de la que ocuparse y Sophia no era alguien cualquiera, ella requería de infinita paciencia y dedicación; se había prometido hacer lo que fuera por ella, porque sabía que Sophia era especial, y como tal merecía de todas sus atenciones.

Había sido un malnacido con ella, pero se lo compensaría lo que le quedaba de vida.

Escuchó unos golpes en la puerta principal, Roger y los criados hacía mucho tiempo que se habían acostado, era más de medianoche, ¿quién sería a esa hora?

Él estaba vestido con su traje de noche y bata, fue a abrir esperando a un mendigo o un borracho.

Abrió la puerta y en ese momento, la persona se quitó la capucha de la capa que la cubría, se sorprendió en exceso cuando descubrió un exuberante cabello rubio.

—¿Theresa?

—No puedes casarte mañana, Stephen.

Capítulo 17

Theresa entró en la casa sin ser invitada, Stephen la miraba desde la puerta con una ceja enarcada mientras la mujer se paseaba por el recibidor como una leona enjaulada.

—Tú lo hiciste, te casaste con ese viejo —dijo él sin remordimiento alguno, ya que nada de lo que esa mujer le dijera le haría cambiar de opinión.

—No es lo mismo, Stephen, pudiste evitarlo y no quisiste. —Se acercó a él con paso insinuante, pegándose a él y usando su cuerpo como arma.

—Theresa, regresa a tu casa, te estás poniendo en ridículo —contestó Stephen apartándola de sí.

—Tú te pones en ridículo con esa niña del brazo. Yo soy una mujer, tu mujer. Solo tuya —musitó sintiendo que Stephen no podía resistirse a su contacto.

Nunca lo haría, lo tenía en sus manos. «*Es mío*» pensó ella con una sonrisa.

Acercó sus labios a los del hombre y continuó con voz susurrante:

—Huyamos juntos, nadie nos encontrará jamás. Solos tú y yo.

Stephen dejó de resistirse, acercó su boca a la de la mujer y la besó salvajemente.

Sophia no había podido dormir nada, se sentía tensa y nerviosa, todo podía destruirse esa misma noche, y ella ya no podía hacer nada.

Faltaban dos horas para la boda y toda la casa bullía de nerviosismo, incluso la novia que tomaba un baño caliente y relajante estaba nerviosa, por lo que dejó que su mente divagara un rato.

Stephen había sido amable y comprensivo con ella, no era digna de él. Él se merecía otra mujer, era muy afortunada por haberle encontrado, deseaba con todo el corazón poder corresponderle de igual manera.

Solo de imaginar que él podría arrepentirse después... Con todo lo que ello suponía o peor. Muy a su pesar, le dolía imaginar a Stephen cambiando su comportamiento con ella, y más le dolía imaginarlo escapando de su lado por las noches para encontrarse con su amante.

En ese mismo instante la imagen de Theresa Highsmith fue invocada en su mente, se miró al espejo. ¿Qué tenía ella para retener a alguien como Stephen? ¿Ella quería retenerlo? ¿Era mejor que tuviera una amante? ¿O podría ella...?

Pensarlo siquiera le producía escalofríos, pero se encontraba en tal situación que cualquier cosa la haría derrumbarse.

Se estaba adelantando, debía dejar al destino seguir su curso, pero era todo tan complicado... sin estar casada ella ya era una vergüenza. Lo había sido como hija, como hermana, ahora no quería serlo como esposa también, aunque para su desgracia ya no había más opción, Stephen lo descubriría esa noche y ella no podía hacer nada.

Se le ponía el vello de punta, había conseguido soportar el tacto de Stephen, pero solo cuando paseaban, a veces había sentido algo parecido a tranquilidad entre sus brazos, pero ¿aguantaría tenerle encima y...?

—Sophia, sal ya, te vas a arrugar más que yo —la regañó dulcemente Bertha desdoblado una toalla—. Además, tienes que comenzar a prepararte.

Mientras la mujer le ayudaba a secarse, llegó Amelia, y entre las dos la ayudaron a ponerse el vestido. Era un precioso vestido totalmente blanco, caía en varias capas hacia abajo con flores bordadas a mano a juego con el velo, con una cola de tres metros que le salía de la cintura.

Le arreglaron el cabello en un recogido alto muy elegante, con unos rizos que rodeaban su rostro graciosamente.

—Están llegando los invitados —gritó Anne emocionada, entrando en la habitación corriendo.

—¡Anne! —gritó Bertha haciéndola detenerse—. Deja de correr como si fueras un muchacho, te vas a manchar el vestido.

Amelia y Sophia escondieron sus sonrisas, esta última agradeció en silencio a su pequeña hermana que le quitara un poco de tensión al ambiente.

—Sí, Bertha— se quejó Anne en voz baja.

—Annie, ¿por qué no vas a ver si ha llegado el pastel? —le dijo Amelia, Anne sonrió y huyó de la habitación.

—Anne, no corras, te caerás y no quiero escuchar tus berridos —la regañó lady Mawsdley también.

—Sí, madre. —Caminó disimuladamente y salió al jardín.

Era la primera boda a la que asistía porque a la de sus hermanos mayores no la dejaron bajar, es más su madre no quería que fuera a esta tampoco, pero Sophia había conseguido que la dejaran, la quería tanto.

De pronto la pequeña sintió mucha pena, pues acababa de darse cuenta de que pronto su hermana se iría de la casa, así que decidió pasear por el jardín, mientras observaba como los criados colocaban las sillas y las flores para la ceremonia. Se sentó en un banco un poco alejado y comenzó a balancear los pies, cuando pasó por delante de sus ojos una mariposa.

—Vaya... —Se levantó fue detrás de ella hasta llegar a la casita del jardinero

que estaba deshabitada.

Ella no recordaba que nunca hubiera vivido nadie allí, pero Melly le había dicho que cuando su padre aún vivía había un señor que se ocupaba del inmenso jardín.

Lo cierto es que ella empleaba esa casa para jugar, aunque su madre no lo sabía.

Al llegar notó que había algo diferente, ella siempre dejaba la puerta cerrada pero la cerradura estaba rota.

Abrió la puerta con cuidado y entró, no parecía haber nada extraño, su imaginación volvía a jugarle una mala pasada, Bertha siempre decía que tenía demasiada.

Escuchó un quejido detrás de unos muebles, con la temeridad que solo tienen los niños se acercó y vio a un chico tumbado, con la espalda apoyada en la pared.

Lejos de gritar como habría hecho cualquier persona, Anne se acercó a él y se agachó a su lado, alargó la mano para sacudirle, pero él le agarró la mano en el aire.

Se le escapó un pequeño grito y él le tapó la boca con la otra mano.

—¿Quién... eres... tú? —preguntó él casi sin aliento.

—Estás preciosa, como siempre, Sophia —dijo Amelia emocionada con los ojos llorosos.

—Es el vestido —musitó Sophia mirándose al espejo.

—No te menosprecies, el señor Rutterford va a ser un hombre muy afortunado —dijo Bertha llorando sin poder evitarlo.

El «afortunado» novio no tenía suficiente espacio en el jardín para pasear, estaba casi seguro de que Sophia no le abandonaría en el altar, pero no podía poner las manos en el fuego. Todo en ese momento le molestaba y estorbaba, estaba seguro de que si Sophia no bajaba subiría él mismo a por ella.

Se encontraba muy nervioso, era el momento, al fin había llegado, dentro de apenas una hora y media, lady Sophia Phillips sería la señora Rutterford y, por fin, sería suya.

No podía pensar en nada más, ni siquiera la tentadora invitación de Theresa para estar junto a ella lo había convencido. Sophia era mucho más importante

que unas horas de placer junto a Theresa.

No podía negar que se había sentido tentado, había faltado muy poco para terminar acostándose con Theresa, pero en el último momento, cuando sin darse cuenta había subido las faldas de la mujer y ya la tenía apoyada contra la pared, y cuando esta buscaba desesperadamente la apertura de su pantalón, había recordado unos preciosos ojos verdes, que le miraban con suma inocencia, nerviosismo, y temor... esos ojos verdes, en los que pocas veces venía acompañados de una pequeña sonrisa de la joven Sophia.

Había destruido a Sophia por culpa, indirecta, de Theresa y el simple recuerdo le había dejado frío.

—Tranquilo, Stephen. —Intentó relajarlo sin mucho éxito William.

Sophia sentía un ligero temblor en las piernas, sentía la presencia de Richard junto a ella, estaban a punto de atravesar las puertas de cristal, en dirección a Stephen, a su destino.

—Tienes las manos heladas —musitó Richard tomándole a su hermana ambas manos e intentando calentarlas con las suyas—. Me siento muy culpable. Solo dímelo y detendré esto, Sophia.

—Yo quiero esto —dijo sintiéndose en la obligación.

Era cierto, todo era culpa de Richard, pero el momento de arrepentirse había pasado hacía tiempo para su desgracia, agradecía a su hermano que al menos sintiera algo de remordimiento, pero estaba segura de que este pasaría tras tomarse unas copas.

Richard asintió aliviado sintiéndose un insecto, tan solo dijo aquello porque se sentía en la obligación, pero mientras lo decía deseaba que su hermana no le tomara la palabra.

Los invitados ya habían tomado asiento, y cuando Stephen se veía a si mismo subiendo las escaleras para bajar con Sophia al hombro, comenzó a escucharse la marcha nupcial.

Al girarse, vio a Sophia, su Sophia, acercarse a él con paso vacilante del brazo de su hermano, en ese momento dejó de importarle todo lo que tenía alrededor, por fin el tan esperado momento había llegado, en breve Sophia sería la señora Rutterford.

Cuando llegó junto a él, Richard le entregó la mano de su hermana y Sophia

le miró con timidez detrás del velo.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos... —comenzó el cura.

En ese momento Sophia dejó volar su mente, esto tenía que ser bueno para ella, este era su destino, y no podía equivocarse, todo esto era mejor que vivir prisionera, finalmente se acostumbraría a cualquier cosa, como lo había hecho con el convento, pero esto sería mejor, ¿no?

No había escuchado nada de lo que había dicho el cura y todo el mundo estaba callado, la miraban, todos la miraban.

El padre carraspeó y repitió:

—Lady Sophia Alexandra Phillips, ¿aceptas a Stephen Charles Rutterford como legítimo esposo, para amarlo, respetarlo y serle fiel, en la salud y en la enfermedad, en lo próspero y en lo adverso, todos los días de tu vida?

Sophia tomó aire y tras unos segundos, que a Stephen se le hicieron eternos.

—Sí, acepto.

Capítulo 18

Sin saber cómo había ocurrido, ni cuánto tiempo había pasado, Sophia se encontraba sentada en la mesa nupcial que había en el centro del jardín. De nuevo había perdido totalmente la noción del tiempo; de nuevo volvía a sentirse flotando sobre todo aquello, como si fuera una mera espectadora de la función que se reproducía ante sus ojos, era agobiante, porque sentía que no podía hacer nada. Todo, absolutamente todo, había sido escrito y decidido de ante mano, sobre todo por su madre. Ella tan solo parecía esperar, esperar a que ocurriera algo, aunque no sabía muy bien el qué exactamente, pero temía incluso levantar la mirada.

Veía a los invitados disfrutar de la fiesta, algo lógico ya que, aunque la mayoría tenía más dinero del que necesitaban, cualquier excusa era buena para comer y beber gratuitamente.

Quería aparentar que todo estaba bien, que era bueno, pero se sentía una estafadora; porque una ceremonia así, en el que una pareja promete estar siempre unida y, sin embargo, una de las partes había mentido, automáticamente convertía todo el evento en una burla y la víctima principal era, sin duda alguna para Sophia Stephen.

Sintió una mano sobre su brazo y se sobresaltó, levantó la vista.

—¿Sophia? —le preguntó Amelia mirándola preocupada

—¿Te encuentras bien, Sophia? —preguntó Stephen con semblante serio.

—Sí, sí —dijo intentando convencerse más a si misma que a ellos.

—¿Segura? —volvió a preguntar Amelia, a lo que Sophia asintió—. Vamos a tus aposentos, te ayudaré a cambiarte.

«¿Ya?» pensó fijándose que, mientras ella se encontraba perdida en su mundo, la fiesta había avanzado considerablemente; es más, casi estaba anocheciendo, y a algunos invitados les costaba ya mantenerse en pie. Para Sophia todo había pasado como un parpadeo, seguro Stephen pensaba que estaba loca, pero ahora tenía que prepararse, se iban a marchar. Juntos.

—Nos marcharemos dentro de unos minutos —continuó Stephen, pacientemente.

Se levantó de la silla, casi de un salto.

—Va-vale, vamos —tartamudeó marchándose con su hermana escaleras arriba.

Stephen las vio subir y suspiró, parecía que acababan de despertarla. Su bella

esposa estaba confundida y lo comprendía, sabía que era muy complicado para ella, pero él estaba preparado para cualquier cosa.

Iba a ser paciente, amable, cariñoso. Iba a ser difícil, pero estaba decidido a soportarlo.

David había pasado toda la celebración en su lugar junto a Charlotte, bebiendo copa tras copa. Se sentía un poco anestesiado, pero al menos ya no sentía ningún tipo de dolor, a lo mejor podría incluso acostarse con la gorda de su mujer sin tener que imaginar que le hacía el amor a Sophia.

¿Cómo había podido cambiarle a él, por un tipo sin apellido? ¿Quién se creía ella que era? Podía tener a cuanta mujer, ramera o dama, quisiera en su cama, no la necesitaba.

Sin embargo, no podía dejar de fustigarse a sí mismo con imágenes de la próxima noche de bodas, Rutterford con Sophia, su Sophia debajo de él, y a él tocándola, besándola, poseyéndola...

Se bebió el líquido que quedaba en su copa.

—David, ¿no sería mejor que dejaras de beber? —musitó Charlotte en voz baja mirando a su alrededor.

No quería que dijeran que su marido era un alcohólico, pero con su comportamiento durante el día se iba a ganar el sobrenombre.

—No me digas lo que tengo que hacer, mantén la lengua en su lugar si no quieres perderla —siseó el duque levantándose de la silla perdiendo un poco el equilibrio.

Charlotte lo vio alejarse en dirección al retrete, rezó porque nadie le parara, necesitaba refrescarse.

¿Cómo se atrevía a hablarle de esa manera? Ella llevaba un hijo suyo en el vientre, su heredero, tendría que estarle agradecido.

Sabía porqué había bebido, era lo que llevaba haciendo noche tras noche, ni siquiera era capaz de subir las escaleras. Aunque poco le importaba, su marido era ajeno a ella, llevaban vidas diferentes. En ese momento ella sentía que había ganado la partida, y eso le provocaba una insana satisfacción, ahora todos eran tan infelices como ella. Sonrió de gusto.

Desde que se había anunciado el compromiso, David siempre estaba malhumorado, no quería ver a nadie, incluso había dejado a su querida. ¿Quizá pretendía que Sophia ocupara su lugar? Estaba segura de que soñaba con ella, pero su recién cuñado no parecía la clase de hombre al que no le importara lo que hacía su esposa.

Pero si David y Sophia se atrevían a algo... Ojalá Stephen Rutterford les sorprendiera y los aplastara a los dos con sus propias manos.

Sophia, sin saber los crueles pensamientos de su hermana mayor, se encontraba atándose el calzado de color beige. Se levantó y se colocó el vestido de color azul claro sin más adornos que un lazo a la cintura.

Llevaba el pelo cepillado y suelto hasta la cintura con un simple cogido.

—Estás temblado Sophia. Respira hondo —le dijo Amelia, mientras su hermana hacia lo que ella le pedía.

—Tengo miedo —susurró la mayor con voz temblorosa.

—Lo entiendo, pero todo estará bien. Yo te envidio Sophia, a partir de ahora te verás libre de madre y eso no tiene precio, daría lo que fuera por estar en tu lugar —le dijo retirándole un mechón suelto de la frente.

—Melly... —ambas hermanas se abrazaron— ¿Podrías darme uno de tus pañuelos para tenerlo de recuerdo?

—Claro, voy por él. —Amelia salió de la habitación y dejó la puerta entreabierta.

Sophia se giró mirando hacia la ventana, observando cómo se apagaban los últimos rayos del sol.

Escuchó la puerta abrirse y cerrarse, se giró con una pequeña sonrisa.

—Qué pronto has vuel... David, ¿qué-qué haces aquí? —preguntó con voz entrecortada.

David la miraba como si no la viera en realidad, la chica captó un ligero olor a alcohol en el ambiente.

—Eres tan... especial. No quiero que te vayas con él, eres mía, estamos destinados, desde siempre —dijo David sin apenas conseguir vocalizar, acercándose lentamente a ella.

La joven se agarró al marco de la ventana, pero intentó no dejar traslucir el miedo, al fin y al cabo, era David.

—No deberías estar aquí —dijo ella cuando él ya estaba demasiado cerca, intentó apartarse, pero David la retuvo del brazo—. Es mejor que bajemos.

—¿Y ver cómo te marchas con ese imbécil? ¿A su casa? ¿A su cama? —le susurró David en el oído con voz dolida.

—Es... es mi marido —contentó a su vez ella con voz temblorosa.

—No lo digas, no quiero volver a escucharlo y menos de ti —le pidió con voz ronca.

—David, por favor, quiero que te marches, vete de aquí —suplicó sintiendo

como el corazón golpeaba contra su pecho.

El duque la agarró de la cintura y, sin que ella pudiera evitarlo, apretó sus labios contra los de la chica haciendo caso omiso a la resistencia de esta.

Capítulo 19

Amelia cogió uno de sus pañuelos bordados y regresó a la habitación de su hermana, pero a mitad del pasillo se encontró con Bertha.

—Amelia, ¿has visto a Anne? —preguntó enfadada.

—No, lo cierto es que no la he visto mucho en todo el día, creía que estaba contigo —contestó Melly comenzando a inquietarse.

—Habrás perdido la noción del tiempo jugando en la parte de atrás, al menos debería despedirse de su hermana. Voy ahora mismo para allá, y Sophia, ¿está lista?

—Sí, bajaremos en unos minutos —dijo Melly mientras veía a Bertha bajando las escaleras refunfuñando, no quería ser Anne para cuando la anciana la encontrara.

Ella continuó hasta la habitación de su hermana y entró sin llamar, no se dio cuenta de lo que allí estaba pasando, hasta que vio que David se apartaba de Sophia.

Melly se quedó en shock, no podía creer lo que estaba viendo, ¿David se había vuelto loco? Podía decir sin riesgo a equivocarse que Sophia era inocente de lo que fuera que había ocurrido; había observado a su cuñado beber insistentemente y había temido que montara un espectáculo, ¿cómo podía haberse atrevido a colarse en la habitación de su hermana con el marido de esta en la parte de abajo?

—Yo... —dijo sin saber cómo continuar.

—Ya me iba, ahora ya sé lo que quería saber —musitó David enigmáticamente más espabilado de lo que había entrado, convencido de que Sophia seguía sintiendo algo por él, algo que le renovaba las esperanzas.

Pero se marchó sin decir nada más, dirigiendo una última mirada a la joven.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño? —inquirió Amelia mirando a su hermana, con temor.

—Él... me besó y no pude hacer nada para evitarlo. Creo que estaba bebido. —Sophia se sentó en la cama, recordando entre sollozos la impotencia al no poder deshacerse de David unos minutos antes—. No pude hacer otra cosa, solo aguantar y... Me ha recordado tanto a... —pero no pudo continuar.

—Maldito canalla. —Comenzó Amelia a despotricar como una dama bien educada no debe hacerlo—. Se lo diremos a Stephen, él hará algo.

—¡No! —negó rotundamente Sophia—. Ocurriría una desgracia y sería mi

culpa.

Era mejor que nadie se enterara de nada, bastante tendría aquella noche con... lo otro, como para provocar la ira de su marido de esa manera, no quería ni pensar en él enfadado.

—Pero no se puede quedar así. —Intentó convencerla, pero no logró nada.

—He dicho que no Amelia, ya tengo suficientes cosas en las que pensar ahora, solo quiero olvidar.

Mientras, en la cocina, la pequeña de la familia intentaba llevarse una bandeja con comida a la casa del jardinero, pero fue interceptada por la furiosa Bertha.

—¡Anne! ¡Mira cómo te has puesto el vestido! ¡Dios mío! ¿¡Y dónde vas con toda esa comida!?! —la increpó sin dejarla pasar.

—Se la quiero dar a los... pajaritos —contestó Anne con una sonrisa deslumbrante mientras pedía perdón mentalmente por mentir.

—Los pájaros pueden comer cualquier cosa, así que deja esa comida donde estaba —contestó la criada más aplacada.

Si supiera en realidad qué era «*los pajaritos*» de Anne, no se habría quedado tan tranquila.

—Vamos a arreglarte un poco para que puedas despedirte de tu hermana de forma presentable al menos —gruñó la mujer agarrándola de la mano y tirando de ella.

Sophia bajó junto a Amelia, se sentía tan nerviosa, que el altercado con David parecía perder importancia conforme se iba acercando el momento más temido del día.

Lady Mawsdley, que había estado como en una nube desde que se había formalizado el compromiso, sonreía saboreando el momento, Sophia al fin se marchaba, era uno de los mejores días de su vida.

Abrazó a su hija de forma amorosa, totalmente fingida, pero susurró a su oído con voz fría.

—No hace falta que te desee suerte, ya conoces lo que sucede entre las sábanas, aunque tus preferencias sean mucho más... «*naturales*». —Se apartó de ella y le dio dos besos deseándole suerte, solo Sophia podía ver el rencor en los ojos de su madre.

Sus palabras eran el broche final a una relación madre-hija, una relación en la que nunca había habido una madre de verdad. Y eso la hacía sentirse aún más triste.

Antes de subirse al coche que llevaría a los recién casados al que, a partir de ahora, sería el nuevo hogar de Sophia, uno a uno se despidió de todos los invitados al enlace.

Stephen sentía la inquietud de su esposa, pero lo achacaba, en parte correctamente, a los nervios lógicos de una novia y aún más en la situación en la que se encontraba ella.

Era consciente de su miedo, seguramente ella temía que descubriera su gran secreto. Era mucha la impotencia que sentía al no poder decir que ya lo sabía; sabía que, de esa forma, le quitaría un gran peso de encima. Pero de la misma forma que la aliviaría también terminaría delatándose él mismo, por lo que, en contra su voluntad, le tocaba callar y esperar.

Quería pensar que llegaría el día en el que ella tendría la suficiente confianza como para hablarle de sus miedos, de esa forma él podría comenzar a sanar, un poco al menos, esas heridas que aún sangraban.

Cuando llegaron a su casa, la ayudó a bajar del coche y juntos recorrieron el camino hacia la puerta donde les esperaban Roger, el mayordomo, un ayudante de cámara de Stephen, la señora Collins, tres doncellas, un jardinero y un cochero.

—Buenas noches, señor, señora —la saludó Roger y comenzó a presentárselos.

—Encantada —saludó Sophia con un asentimiento.

—Señora Collins, acompañe a mi esposa a la habitación —dijo Stephen separándose de ella, para darle un poco de espacio.

Sophia le miró, pero siguió a la señora Collins escaleras arriba.

«*Mi esposa...*» pensó saboreando las palabras.

Sophia observaba todo impresionada, era una casa normal, no muy ostentosa como la su madre, pero mucho mejor cuidada. No había vuelto allí desde que le hizo a Stephen aquella desastrosa visita, ¡cómo había cambiado todo desde aquello! Parecía parte de otra vida.

Ahora al mirarlo todo más detenidamente veía que todo estaba exquisitamente decorado con muebles de madera oscura y las paredes de un tono verde claro, todo el conjunto era acogedor, no daba miedo sentarse en una silla

para no estropearla, como sucedía en casa de su madre, sino que, muy al contrario, todo invitaba a la tranquilidad y ella más que nunca necesitaba sentir esa sensación.

La señora Collins se detuvo frente a una de las puertas.

—El señor ordenó redecorar la habitación para usted, señora, espero que le guste —dijo amablemente la mujer abriendo la puerta e invitándola a pasar.

Sophia entró y conforme la señora iba encendiendo las velas de la habitación, la chica estaba cada vez más impresionada.

La habitación estaba decorada en tonos crema, como la ropa de cama que vestía una gran cama en el centro con dosel, tenía una gran ventana que daba al cuidado jardín, desde allí tenía unas vistas muy parecidas a las de su antigua habitación, también había una mesita con unos sillones para desayunar en las mañanas o escribir.

Frente a la cama había una chimenea que le daba un aspecto muy acogedor a la habitación, sobre todo en estos momentos que se encontraba encendida.

—¿Y esa puerta? —preguntó Sophia señalando la puerta que había junto a la entrada.

—Es la habitación del señor —susurró la mujer con una pequeña sonrisa.

Sophia sintió que le ardían las mejillas y recordó lo que ocurriría esa noche. Stephen se había esmerado para agradarla y hacerle todo más fácil.

—¿La ayudo a cambiarse? —preguntó la señora Collins después de unos segundos de silencio.

Sophia asintió, había llegado el momento.

Mientras tanto, en la habitación de al lado, Stephen también se preparaba para esa noche, pero por motivos diferentes. Quería conseguir que ella fuera feliz, esa era su prioridad y sabía que ahora mismo estaría tan asustada que no podría pensar con claridad. Por eso su máxima en esos momentos era tranquilizarla, aunque también necesitaba relajarse él, porque hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. No había podido porque, muy a su pesar, deseaba estar con Sophia.

Se puso el traje de noche y le dio media hora para que se cambiara, bajó a la cocina y se tomó el café de un trago. Pasados los treinta minutos subió a la habitación de su esposa. Dio unos leves toques en la puerta y escuchó un murmullo que tomó como permiso.

Sophia, sentada en el centro de la cama, tenía un nudo en el estómago que le

hacía sentirse más frágil y pequeña. Stephen se sentó en el filo de la cama y la escuchó suspirar, le agarró la mano y se la acarició en círculos.

—Sé que estás asustada —comenzó Stephen—. No voy a hacerte daño, Sophia. Tenemos mucho tiempo para conocernos y acostumbrarnos a estar juntos. No quiero forzar las cosas. Iremos despacio, ¿estás de acuerdo?

¿Estaba diciendo lo que ella estaba escuchando? ¿Iba a tener un aplazamiento indefinido? ¿Era eso mejor?

Quizá no, pero estaba decidida a aferrarse a esa prórroga con ambas manos.

—Sí. —Era un buen hombre. En ese momento, decidió que pondría todo su empeño en ser una buena esposa.

Stephen sonrió amablemente, se levantó de la cama, le dio un beso en la frente y se alejó hacia la puerta que conectaba con su habitación.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió en un leve susurro Sophia mientras veía a Stephen salir por la puerta que conectaba ambas habitaciones.

Ella miró la puerta cerrada durante unos minutos, a lo mejor ser sincera era la respuesta, podía contárselo y suplicarle perdón, sería mucho más digno. Quizá, incluso la perdonaba.

Recordó las palabras de su madre, dichas hacia solo unas horas. Ella no la había querido, exceptuando a Anne y Amelia, su familia casi al completo la había vendido. Ahora solo tenía a Stephen y si él se aburría de ella...

Quería ser la esposa que se merecía un hombre así. Tenía que serlo. No quería quedarse sola, era peor ese sentimiento, sentirse un fracaso como mujer, como persona.

La vida era una guerra continua y una mujer en su situación no podía luchar sola, necesitaba a alguien que la protegiera junto a ella, esa persona era Stephen, su marido. Debía plantearse seriamente contarle todo, mejor que se enterara por ella misma que no por terceras personas.

Capítulo 20

Sophia se despertó un tanto desorientada, solo cuando a su mente volvieron las imágenes del día anterior, comprendió dónde se encontraba, se quedó unos minutos más en la cama, sobre todo pensando en lo ocurrido en su noche de bodas.

La gran temida noche se había reducido a nada. Stephen había hecho lo último que había imaginado, ahora podría relajarse, así podría adaptarse más fácilmente a su nueva vida. Quizá incluso podría cogerle cariño a su marido, confiar en él y finalmente... Pensar en eso la llevó a recordar lo ocurrido con David, sintiendo náuseas mientras recordaba.

Nunca habría imaginado a un caballero como David en ese estado, obligándola a hacer algo que no quería, ese comportamiento le recordaba a ese otro hombre, y estaba decidida a que ese episodio de su vida se quedara en el pasado. Estaba decidida a conseguir olvidarlo, si ese recuerdo seguía con ella nunca la dejaría avanzar hacia un futuro junto a Stephen.

Escuchó unos toques en la puerta y dio permiso para entrar.

—¿Ya está despierta señora? —dijo la señora Collins acercándose a la ventana para abrir las cortinas— ¿Quiere que le suba el desayuno?

—Sí, ¿y el señor? —preguntó la chica levantándose de la cama para coger su bata.

—Salió hace unos minutos, tuvo que salir de urgencia, dijo que regresaría pasada la tarde, que no le esperara para comer —contestó la mujer llenando la palangana de agua.

Sophia asintió, sintiéndose un tanto inquieta, esperaba de verdad que Stephen no se olvidara de ella.

Era un sentimiento contradictorio, porque una parte de ella temía tenerle cerca y la otra deseaba conocerle y estar con él.

¿Por qué todo era tan complicado?

Durante los siguientes días, se fue repitiendo el mismo patrón, Stephen se marchaba antes de que ella se despertara y cuando llegaba la saludaba con un beso en la frente y se encerraba en su despacho a seguir trabajando.

Parecía ajeno a ella, era muy inquietante, Sophia comenzaba a sospechar que

no deseaba su compañía.

No obstante, la realidad era muy diferente a lo que ella empezaba a temer; no podía imaginar que, en verdad, lo que le sucedía a su esposo era más bien todo lo contrario, deseaba demasiado su compañía, de ahí su inquietud.

—No llevas ni dos semanas casado y ya te arrepientes —se burló William de su amigo, desde el sillón de su despacho.

Se llevó el vaso de bourbon a los labios y le dio un trago.

—No he dicho que me arrepienta —replicó Stephen paseándose por la estancia como un león enjaulado—. Solo quiero darle tiempo para que se acostumbre a mi casa, a los criados...

—¿Y a ti? —preguntó el duque enarcando una ceja.

—Eso llegará después —dijo Stephen no muy convencido.

—¿Y pretendes conseguirlo en la distancia? Amigo, para que dos personas se conozcan deben pasar tiempo juntas, y siento decirte que con la única persona con la que estás desde que te casaste es conmigo —dijo William con una carcajada, ganándose por ello una mirada airada de su amigo.

Mientras tanto, Sophia se encontraba junto con su hermana tomando el té en el jardín de la casa, aprovechando también para comentarle sus inquietudes respecto a su marido.

—Es un hombre ocupado, quizá tiene problemas en sus negocios —dijo Melly dando un pequeño mordisco a una pasta deliciosa.

—Es posible. Creo que añoro nuestra casa, a vosotras, a Bertha, incluso a madre —musitó con una pequeña sonrisa.

—Además Sophia, estoy segura de que no lo hace a propósito, no te preocupes. Los hombres son así, mira Richard, o recuerda como era padre —dijo Amelia con un leve escalofrío.

Sophia asintió un poco más convencida, pero desvió el tema hacia otros asuntos; ya que sentía que hablar de su matrimonio con alguien ajeno a este, incluso con Melly, era traicionar en parte a Stephen.

Amelia se marchó unos minutos después con la doncella y la joven entró en la cocina junto a Olivia, nombre de pila de la señora Collins.

Como estaba casi todo el tiempo sola en casa, había desarrollado una relación amigable con la ama de llaves; al menos así se entretenía hablando con la mujer de sus hijos.

—He pensado hacer un pastel de manzana y arándanos para el postre —dijo

Olivia amablemente —. Es el favorito del señor.

—¿Podría ayudarlo? —preguntó Sophia levantándose de la silla.

Aquel día, Stephen decidió hacerle caso a su amigo y regresó para la hora del té. William tenía razón, si esperaba a que llegara el momento en el que Sophia aceptara gratamente su compañía, no podía vivir eternamente apartado. Ya había tenido suficientes días para adaptarse a su nuevo hogar, era el momento también de que se acostumbrara a él y formar una especie de vínculo.

Llegó a su casa y lo recibió Roger; como todos los días, le ayudó a quitarse el abrigo.

—Buenas tardes, señor —saludó el mayordomo amablemente.

—Buenas tardes, Roger, ¿dónde está mi esposa?

—En la cocina, señor, con la señora Collins —contestó el hombre, interpretándose en su tono que no se explicaba qué hacía allí Sophia.

A decir verdad, tampoco lo comprendía Stephen, se acercó a la cocina, pero no entró, se quedó escuchando tras la puerta, ya que de la habitación salía un sonido que no había escuchado nunca. Una carcajada, y no era de la señora Collins, sabía a quién pertenecía pese a no haberla escuchado nunca.

Eso significaba que estaba contenta, y que no se sentía una desgraciada al encontrarse lejos de su familia.

Deseaba escuchar su risa y sus carcajadas él mismo, no a través de una puerta.

No entró, pero se alejó del lugar mucho más esperanzado de lo que sentía cuando llegó.

Mientras, en la casa de Paddington Street, lady Mawsdley bordaba en silencio junto a su nuera, saboreando la tranquilidad de la casa, echar a Sophia había sido una jugada maestra. Stephen era su yerno y no permitiría que fueran a la quiebra, al fin y al cabo, eran familia, por lo que visitaría a su hija en unos días y le pediría unos cuantos miles de libras para redecorar la sala, ya estaba muy antigua.

Había hecho el negocio de su vida.

—¿Habrán atrapado ya a ese ladrón? —preguntó Katherine por comenzar una charla con su estirada suegra.

—Es posible —contestó Caroline, sin dar a pie a una conversación.

Ese ladrón había estado a punto de destruir la boda de Sophia, sobre todo esos policías ineptos que sospechaban que el muchacho estaba escondido en la casa; menos mal que Richard se había hecho cargo del asunto sin que ningún invitado se percatara de ello, habría sido una vergüenza, habían buscado por todos lados y no había habido ni rastro, estaba segura de que había sido un error.

Lo que lady Mawsdley no sabía, era la existencia del nuevo amigo de la menor de sus hijas, que en esos momentos se encontraba atravesando las puertas de la vieja casa del jardinero con una cesta con pan, queso y leche.

—¿Jon? —preguntó la niña en un susurro—. Soy yo.

De la oscuridad salió un joven delgado, vestido con harapos y en cuyo brazo izquierdo podía observarse el resto de una herida que aún estaba cicatrizando.

—Pequeña Annie, bienvenida a mi humilde morada —la saludó el chico a su vez haciéndole una pequeña reverencia.

Annie sonrió amablemente y soltó una pequeña carcajada.

El día de la boda de su hermana, había encontrado al muchacho escondido en el que era su lugar de juegos predilecto, y como solo una inocente niña puede hacerlo, confió en el chico ayudándole a esconderse de la policía que lo buscaba y dándole de comer todos los días.

Annie nunca había tenido un amigo, no uno como Jon al menos. Al principio, y como era de esperar, el chico no había confiado en ella, pero finalmente con el paso de los días y la ausencia de policía, había acabado por convencerle.

Era un escondite perfecto, la policía ya había buscado allí y ¿cómo iban a imaginar que una pequeña dama de sociedad escondía a un ladronzuelo?

Capítulo 21

Sophia, que aún no sabía que su marido ya había llegado a casa, estaba poniendo especial esmero en cocinar la tarta; Olivia dijo que era su favorita y, como la buena esposa que aspiraba a ser, deseaba conocer lo más que se pudiera a su marido.

Una vez finalizada la tarta, ella misma se encargó de la decoración de esta. Sonriendo estaba mientras ponía el último trozo de fruta sobre la tarta, cuando una inquieta Olivia volvió a entrar en la cocina.

—Señora, el señor ya ha llegado, está en su despacho —le informó la mujer, temiendo que el señor se enfadara si se enteraba de que su esposa había pasado toda la tarde en la cocina.

—¿Sí? —miró el reloj y vio que era casi la hora de la cena, de pronto se sintió muy nerviosa— ¿Hace mucho tiempo?

La mujer se encogió de hombros sin saber.

—Muy bien, de acuerdo. Termine de preparar la cena, voy a asearme —dijo Sophia quitándose el delantal y saliendo de la cocina.

Subió a su habitación, y al mirarse en el espejo se sorprendió gratamente al encontrarse con una imagen bastante peculiar. Tenía las mejillas sonrojadas de los nervios y le brillaban los ojos, tenía el pelo desordenado, por lo que decidió dejárselo suelto y se puso un poco de perfume. Antes de salir de la habitación y bajar al despacho de su marido, cogió una gran bocanada de aire, soltándolo poco a poco para intentar tranquilizarse.

Ya en la puerta del despacho, volvió a coger aire y llamó, esperó pacientemente hasta que él le dio permiso para entrar y abrió la puerta.

—Hola, buenas tardes —saludó Sophia sin moverse de la puerta, intentaba aparentar tranquilidad, pero Stephen ya la conocía lo suficiente para saber que no era así, aunque decidió hacer caso omiso.

—Buenas tardes, Sophia, por favor toma asiento —dijo él señalando la silla que había frente a su escritorio.

En realidad, estaba deseando que ella se moviera con más libertad y se acercara a él, se sentara en su regazo y... Se movió incómodo en la silla sintiendo crecer su excitación.

Ella hizo lo que él le dijo con movimientos rápidos.

—He oído que has ayudado a la señora Collins en la cocina hoy —dijo Stephen con amabilidad. A él no le importaba que estuviera en la cocina, si era

feliz podía hacer lo que quisiera, en realidad le atraía la idea de que ella cocinara para él.

—Sí, pero si te molesta yo... —comenzó a decir Sophia. Si suponía un problema para él, no lo haría nunca más, no quería que se enfadara con ella.

—No me molesta —la interrumpió Stephen, ya que era absolutamente cierto—. Puedes hacer lo que quieras, estás en tu casa, Sophia. Tú mandas.

Al escuchar esas palabras, la chica se tranquilizó bastante. Stephen no era para nada como ella esperaba, era mucho mejor, solo esperaba poder tener la oportunidad de conocerle más y muy posiblemente, en un futuro, incluso podría tenerle mucho cariño.

La puerta se abrió en ese momento y Roger entró diciendo:

—La cena está servida, señor. —Posteriormente se retiró.

Stephen se levantó y alargó el brazo hacia Sophia.

—¿Me acompañas? —Le ofreció él. Ella, que aun sentía un cierto temor, intentó hacerlo a un lado y acompañó a su marido hacia el salón.

Sophia disfrutó mucho de aquella velada, escuchaba atentamente a Stephen explicarle algunos aspectos de sus negocios. Stephen notaba que de verdad parecía interesada en él, al menos ya era algo.

Él deseaba una buena relación con su esposa, de amigos, amantes. Una relación plena y satisfactoria para ambos, en la que estuvieran cómodos; aunque sentía que, cualquier relación que no involucrara sentimentalmente a Sophia con él, le parecería incompleta. Y era algo egoísta, porque deseaba su amor, aunque fuera la persona que menos lo merecía, pero ahora poco le importaba, era su esposa. Lo otro había sido un error, ambos habían sufrido más que suficiente, ella más que nadie, obviamente. Ahora había llegado el momento de ser felices los dos juntos.

—Vaya, señora Collins, muchas gracias —dijo Stephen alegremente al ver que el postre era su tarta favorita.

—La señora lo ha hecho, yo solo he ayudado un poco —dijo Olivia, viendo por el rabillo del ojo como Sophia se ruborizaba.

—Has hecho un gran trabajo —la felicitó tomándole la mano, a lo que Olivia se retiró sigilosamente.

—¿Te gusta? —le preguntó en voz baja aún indecisa.

—Es la mejor que he probado nunca. Espero que la señora Collins no me escuche —le contó en modo confidencial.

Sophia sonrió y agachó la mirada, sin darse cuenta ninguno de los dos que, ambos rostros, se encontraban a un palmo de distancia.

La joven no sabía cómo había ocurrido, pero había sido tan sutil, que su

cercanía no se le antojaba desagradable.

—De cerca eres aún más hermosa —dijo Stephen sin pensarlo.

—Estoy echa un desastre —se quejó ella con un mohín que sin saberlo había resultado de lo más seductor.

—Preciosa de todas formas. —Stephen alargó la mano que le quedaba libre y colocó un mechón rebelde tras su oreja, acariciándole lentamente desde allí hacia el mentón, donde dejó la mano—. No voy a poder resistirme —dijo pensando en voz alta.

—¿A qué? —preguntó inocentemente.

—Quiero besarte —susurró haciéndole cosquillas con su aliento.

—¿Aquí? —preguntó tímidamente ella mirando a ambos lados con dificultad, ya que Stephen continuaba agarrándole el mentón.

—En todas partes. —acercó sus labios a los de ella—. Puedes detenerme si quieres.

—Creo que no quiero. —Esa fue la señal que Stephen necesitaba.

Acortó la poca distancia que les separaba y unió sus labios a los de ella.

Al principio fue lentamente, aunque estaba ansioso de ella, no quería asustarla, dejarse besar era ya un gran paso para una persona que había sufrido lo que Sophia, rozó su lengua con la suya con delicadeza, mostrándole el ritmo con el que quería actuar, para que ella fuera acoplándose a él sin agitarse, profundizando el beso con cuidado.

Stephen, con mucho sigilo y cauteloso fue más allá, y pasó sus manos por sus hombros, acariciándola lentamente.

Sophia sentía que el corazón le latía apresuradamente, parecía tener vida propia y querer salir de su pecho. Sentía una especie de urgencia, como una necesidad que no se satisfacía, tal era la magnitud de ese sentimiento que la asustó.

Sabía que Stephen no quería que le temiera, quería que le tomara confianza, porque en el fondo quería... Lo que querían los hombres. Y era normal, bastante que habían pasado dos semanas y no le había exigido nada, pero esa no era la noche.

Se separó de él con la respiración agitada, le miró unos segundos y vio sus ojos oscurecidos. Nunca había visto a un hombre así, pero sin haberlo visto podía saber aquello que transmitían, y no era otra cosa que Deseo.

Se levantó rápidamente de la silla.

—Creo que voy a retirarme, estoy agotada. Buenas noches. —Se apresuró a decir, y se marchó del salón con paso ligero.

Cuando llegó a la habitación se miró al espejo y vio que sus ojos también brillaban y estaban tan oscuros como los de él.

Había descubierto algo que nunca habría sospechado. Ella también le deseaba, su cuerpo, inexperto prácticamente, había despertado y sentía que solo Stephen podría...

Stephen miró a su esposa salir apresuradamente y sonrió. Parecía que no todo estaba perdido.

Al día siguiente, Stephen y Sophia desayunaron juntos, pero ninguno hizo mención alguna a lo ocurrido en la cena, había sido un hecho revelador y desconcertante para ambos, aunque por distintos motivos.

Después se despidieron y Stephen se marchó. Sophia se quedó en casa, sin nada más que hacer que pensar y pensar, se entretuvo tejiendo, hasta que recibió la visita de su madre.

—¿Dónde se encuentra Stephen? Me encantaría saludarlo —dijo Caroline, una vez sentadas y con la taza de té en la mano.

—En una reunión, está muy ocupado —dijo Sophia, tomando un sorbo de su té y deseando que su madre se marchara.

—Lo cierto es que me alegra que no esté ahora, porque me gustaría pedirte algo —comentó la señora despreocupadamente.

—¿Sí?

—Ahora que eres una mujer casada, me gustaría que no olvidaras todo lo que he hecho por ti, además...

Lady Mawsdley se calló de pronto al escuchar un portazo y alboroto en la entrada.

Sophia se levantó del sillón y salió a ver qué pasaba, vio a Stephen bastante agitado.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupada.

—Prepare nuestro equipaje porque nos marchamos en una hora —ordenó Stephen a la señora Collins con voz fría, sin prestarle atención a su mujer.

—¿Adonde? —preguntó sin entender.

—Donde yo diga, así que... Vaya, lady Mawsdley —La agarró del brazo, sin hacerle daño, cuando vio a la señora—. Va a tener que marcharse porque mi «esposa» —dijo la palabra con desapego— y yo tenemos que marcharnos.

—Sophia no me había dicho nada.

—Porque no lo sabía, ahora si me disculpa —dijo con grosería apartándose y llevándose a Sophia con él, para que la señora se marchara.

Ante tan descarado desplante, lady Mawsdley, más ofendida que preocupada por su hija, se marchó sin despedirse.

—Pero Stephen, no entiendo ¿qué pasa? —sintiendo que la paz conseguida se desvanecía más rápido de lo que había llegado.

—No quiero que entiendas nada, me has engañado muy bien. Pero no volverá a pasar.

«Dios mío... Él lo sabe»

Capítulo 22

Sophia se apartó de su marido y huyó escaleras arriba, pero no lo suficientemente rápido como para no escuchar la fría voz de Stephen.

—Si no quieres viajar de esa guisa, será mejor que te apresures a cambiarte —dijo muy cortante Stephen, y después escuchó el portazo al encerrarse él en su despacho.

Sophia continuó hasta su habitación y se derrumbó en la cama, había sido diferente a como lo había imaginado, después de la cena del día anterior había pensado como una ilusa que Stephen comprendería su pasado, pero había ocurrido todo lo contrario e incluso parecía que la odiaba por ello; y lo peor era que no había podido defenderse, él ya la había juzgado.

Pero claro, la tonta había sido ella, por muy amable que fuera él, al fin y al cabo, era hombre, y ninguno aceptaba de buen grado ser el segundo en la vida de su mujer. Pero realmente se sentía decepcionada, ella sin haberse dado cuenta siquiera había confiado en Stephen, pero finalmente había acabado en desastre.

Cuando comenzaba a vislumbrar una luz... alguien la había apagado.

Stephen caminaba por su despacho como un león enjaulado, agarró la botella de coñac y se sirvió una copa, pero no llegó a probarla, quería mantener la cabeza fría para poder fustigarse a sí mismo por idiota.

De verdad había llegado a pensar que Sophia era diferente de su madre, que no le importaba el dinero o las posesiones, pero había estado equivocado. Había creído que ella aún sufría por su culpa, cuando en realidad se dedicaba a restregarse con ese imbécil de Downey, mientras él la trataba con delicadeza pensando que su timidez se debía a lo ocurrido hacía dos años, que sentía rechazo por cualquier contacto masculino. Lo que en realidad sucedía era que se reservaba para Downey.

Había sido muy lista, había jugado el papel de la inocente desvalida, seguramente estaba encerrada en ese convento porque su familia quería esconder a una cualquiera y él había creído como un tonto que la salvaba de su familia.

«*La inocente Sophia*», menuda burla, quizá había proyectado su propio sentido de la culpabilidad y había visto solo lo que quería ver.

Sentía unas ganas inmensas de subir esas escaleras, arrancarle el vestido y

enseñarle a quien pertenecía. Pero eso solo le haría sentirse peor a él, le haría resucitar una parte de sí mismo que aborrecía y no podía dejarla ganar.

Respiró hondo e intentó relajarse.

Esa misma mañana...

El día había empezado de forma esperanzadora, había creído de verdad que entre ellos podría existir cariño. Así había salido de casa esa mañana, incluso esperaba con ansias el momento de volver junto a ella, pero no había pasado mucho tiempo hasta que había bajado de su nube.

—Buenos días, señor Rutterford —le saludó una voz demasiado grave para resultar femenina, al girarse se encontró con Charlotte, la hermana de Sophia.

—Buenos días lady Downey —la saludó con una leve inclinación de cabeza, no tenía mucha intención de alargar la charla, ya que la señora no le era muy simpática.

—Le veo bien, el matrimonio le está sentando de maravilla —opinó llevándose una mano al vientre—. Hace tiempo que el mío no resulta igual de gratificante. Y ahora es mucho peor, solo espero... —Charlotte se detuvo para disimular un sollozo.

Stephen no entendía nada, ya que nunca había tenido una relación muy cercana con Charlotte Phillips, por lo que no comprendía muy bien que le usara de confidente, aunque teniendo en cuenta la clase de familia que era aquella...

—¿Se encuentra bien, lady Downey?

—Necesito su ayuda, solo usted puede ayudarme. Sophia y David... son amantes —susurró entre sollozos—. Desde hace dos meses, yo creí que al comprometerse con usted todo cambiaría, pero incluso después y el día de la boda, ellos...

—¿Cómo? —preguntó Stephen con voz afilada viéndolo todo rojo.

—Señor Rutterford solo usted puede separarlos, hágalo por mi hijo, esto debe terminar por favor —suplicó con voz rota, sonriendo interiormente.

Stephen Rutterford estaba cayendo muy rápido en la trampa, estaba creyendo aquella mentira como solo un hombre enamorado podría hacerlo.

Había acertado en su observación el día de la fiesta, Rutterford estaba realmente enamorado de Sophia y sentía celos de David. No pasaría mucho tiempo para que ella también se enamorara de él, si no lo estaba ya, aun así, no iba a consentir que fuera feliz.

Desde el primer día de su matrimonio habían sido tres, ella siempre sería

infeliz junto a David, y ahora Sophia lo sería al lado de Stephen Rutterford.

Sophia, ya vestida con un vestido de viaje y con su sombrero, llegó al final de las escaleras donde la señora Collins la esperaba para despedirse.

—Señora, yo... —intentó decir Olivia.

—No, no hace falta que digas nada, nos veremos en otra ocasión.

Aunque había pasado juntas apenas dos semanas, habían bastado para que Olivia cogiera cariño a la joven señora.

—He oído que van a Gracefields, la casa de campo del señor. Allí vive Marie Brown, la antigua nana del señor, si alguien puede tranquilizarlo es ella y usted no llore más —le dijo secándole las lágrimas que comenzaban a brotar—. Ahora vaya al coche, el señor se está impacientando.

Sophia asintió y cogió aire, salió a la calle y el aire frío del atardecer le golpeó en la cara. Se acercó al coche y Stephen la ayudó a subirse procurando tocarla lo menos posible.

«*No puede ni tocarme. Le doy asco.*» pensó Sophia mirando por la ventana, cuando el coche comenzó su camino.

—No fue mi culpa, yo no quería... —susurró y sintió como el cuerpo de Stephen se tensaba.

Como Theresa, Sophia había visto un título y había ido a por él.

—No mientas, sois todas iguales —susurró a su vez, callando cualquier posible réplica.

Capítulo 23

Continuaron todo el camino en silencio, en algunos momentos Sophia miraba de reojo en la dirección de Stephen, pero la rigidez que apenas se vislumbraba en su perfil la desalentaba de empezar cualquier tipo de conversación.

El viaje se hizo interminable para ella, unido al miedo que le daba viajar de noche. Incluso dentro del coche, la oscuridad no era lo bastante espesa como para no poder observar el rostro de su marido con claridad.

Se dejó caer sobre el incómodo asiento del coche mirando el oscuro camino por la ventana, hasta que la tensión acumulada la acabó venciendo y terminó durmiendo el resto del camino.

Stephen no se percató de ello hasta que llegaron a su casa de campo. Una propiedad que heredó de sus abuelos maternos y que tan solo visitaba junto a William cuando llegaba la presentación en sociedad de las señoritas casaderas, ambos se encerraban allí hasta que pasaba la época, pero ahora la situación era por diferentes causas.

Era el lugar ideal para apartar a Sophia de Downey, porque si de algo estaba seguro era que ella jamás volvería a pisar un lugar donde pudiera encontrarse con Downey.

Cuando llegaron, se bajó del coche y dio la orden al cochero para que llevara las maletas hacia el interior. Las luces estaban apagadas, por lo que supuso que todo el servicio que tenía, aunque era mínimo, estaría durmiendo en ese momento.

Se acercó a la puerta del coche para ayudar a salir a Sophia, pero al darse cuenta de que se había dormido, decidió no despertarla, y con cuidado la cogió en brazos y la subió hasta la habitación continúa a la suya.

Al despertar, Sophia se sintió ligeramente confusa, no recordaba haber llegado a la cama por sí sola, el sol se filtraba entre las gruesas cortinas de terciopelo, que dejaban ver un poco la habitación, de pronto todo lo ocurrido el

día anterior regresó a su mente.

La situación era muy complicada, pero todavía podía conseguir que Stephen la escuchara. Se levantó de la cama y descubrió que había dormido solamente con la camisola. Su vestido de viaje, el abrigo y los zapatos habían desaparecido y estaban sobre uno de los sillones, junto a las maletas que aún se encontraban sin deshacer.

Supuso que cuando los criados entraran a arreglar la habitación se ocuparían de su equipaje, por eso mismo, simplemente abrió la maleta donde la noche anterior Olivia había puesto sus camisonos y se puso uno lo más rápido que pudo para bajar a hablar con Stephen.

Salió de la habitación, sin ni siquiera detenerse a observar lo que había a su alrededor; simplemente bajo por las escaleras, donde se encontró a una mujer mayor vestida con un vestido azul oscuro y unas gafas que parecían sustentadas con un hilo invisible sobre su nariz.

—Buenos días, señora, ¿llega tarde a alguna parte? —preguntó con una sonrisa amable la mujer.

—No, yo... ¿dónde está el señor Rutterford? —preguntó Sophia.

—Mmm... Stephen salió muy temprano esta mañana junto con el encargado de la finca para ver que todo está en orden, cosas de hombres ¿Quiere desayunar? Está pálida, casi puedo ver sus pequeños huesos —dijo la mujer sin apenas respirar.

—¿Usted es el ama de llaves?

—Podría decirse así, fui la nana de Stephen, pero ahora cuido de la casa también. A partir de hoy ambas cuidaremos de él; por cierto, soy Marie Brown, pero llámame Marie.

—¿Sabe cuándo volverá? —volvió a preguntar la chica.

—Stephen puede pasar horas en el campo, regresará para cenar, probablemente.

—¿No vendrá a comer?

—Se quedará con los muchachos, siempre lo hace cuando está aquí.

«*No quiere verme. Esta huyendo de mi*» pensó Sophia con un suspiro entrecortado.

—Pero no se acongoje, señora, los hombres están muy ocupados. No se preocupe, yo cuidaré de usted, ¿qué quiere desayunar?

—No... no tengo apetito. Creo que voy a regresar a mi habitación me estoy encontrando un poco mal— musitó Sophia tocando su frente.

—Mayor razón para comer, le subiré un té y un trozo de pudín; al menos eso no me lo rechazará.

—Quizá más tarde, gracias —dijo Sophia subiendo las escaleras con un

ánimo diferente a cuando las bajó.

—Pero señora... —intentó convencerla de nuevo Marie, pero la chica no le hizo caso.

Marie tenía que ser sincera consigo misma y aceptar que la esposa de Stephen la había sorprendido, siempre había temido que finalmente se casará con una mujer como Theresa Jones, Highsmith o como se llamara ahora, pero la chica la había sorprendido. Sabía que algo había pasado entre ellos, Stephen no había querido hablar de ello. Era extraño, porque antes de casarse, cuando fue a darle la noticia, él estaba muy feliz y ahora, apenas dos semanas después del enlace Stephen, se marchaba al campo y su esposa al enterarse casi se pone a llorar.

La señora Sophia no parecía ser malvada, pero por ahora no podía emitir ningún juicio, aunque su instinto le decía que era una buena muchacha, era buena idea esperar para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Lady Amelia Phillips se sentía muy inquieta, nadie del servicio de Stephen Rutterford quería decirle dónde estaba Sophia o el motivo por el cual se habían tenido ausentar tan de prisa, sin ni siquiera despedirse de ella. Lo único que sabía era que su madre había llegado el día anterior soltando sapos y culebras sobre lo desconsiderado que se había portado Stephen con ella. Además, había soltado también algún que otro insulto en contra de Sophia, algo que Amelia no había podido seguir escuchando, razón por la cual había acabado abandonando la sala, pero estaba decidida a saber la razón por la que habían partido tan apresuradamente.

Había creído que Sophia y ella no se separarían tan pronto, ni siquiera se había hecho a la idea, tenía que haber ocurrido algo y solo una persona en esa ciudad podría decírselo.

—Quédate aquí, Gwinie, no es necesario que entres, solo estorbarías— le dijo Amelia a su doncella mientras llamaba a la puerta de la mansión de duque de Pendleton.

Iba a llamar una segunda vez, pero le abrió la puerta una doncella.

—Buenos días, ¿se encuentra su excelencia? —preguntó Amelia—. Soy lady Amelia Phillips.

—Un momento —la joven se retiró y entró, abrió una puerta, pero no ingresó dentro de la misma, tras unos segundos la miró y le hizo un gesto para que entrara.

Amelia fue directamente a la habitación donde había ido la chica y entró.

—Buenos días, excelencia —saludó la joven con una pequeña reverencia.

La doncella se retiró y William, sin darse cuenta, se encontró a si mismo sonriendo mientras imaginaba lo que llevaría la joven Melly bajo el vestido, sacudió la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarla, *milady*?

—El señor Rutterford se llevó ayer a mi hermana a algún lugar, ¿usted sabe adónde?

—Su hermana ahora es su esposa, y no tiene que rendir cuentas a nadie —dijo William levantándose de la silla.

—Lo sé, pero Sophia jamás se habría ido sin despedirse, sin dejarme una nota al menos, mi madre estaba allí y dice que él estaba muy enfadado — dijo mientras se sentaba en un sofá.

—Stephen no comparte conmigo todas sus inquietudes, estoy seguro de que pronto tendrá noticias de su hermana, *milady*, no vea fantasmas donde no hay nada.

—Me preocupa Sophia, ¿no podría averiguar dónde están?

—Probablemente se habrán ido a Gracefields, la finca de Stephen, él pasa allí el invierno y me dijo que vivirían allí después de casarse.

—Lo sé, pero no tan pronto, créame, ha pasado algo, lo sé. Pero ya veo que a usted poco le importa —dijo Amelia resultando grosera.

—¿Disculpe? —dijo William con una sonrisa casi asomando, colocándose detrás del asiento de la joven, bajó la cabeza y rozó la nariz con el cabello castaño de la chica y sin pensarlo dijo—. Me gusta su perfume —susurró sobre el pelo de la joven, provocando un escalofrío en esta.

Melly se levantó del sillón de un salto.

—¿No debería preocuparse más por el de Dorothy Leblanc? —inquirió ella entrecortadamente, sabiendo perfectamente que no hablaban de perfume

—Ahora el suyo ocupa toda mi mente.

—¿Mandaré la nota?

—¿Qué me dará a cambio?

—¿Mi eterna gratitud?

William negó con una sonrisa.

—Enviaré la nota y le avisaré cuando reciba respuesta —dijo saboreando sus palabras, viendo como ella intentaba parecer segura de sí misma.

—Espero noticias tuyas —musitó Amelia entrecortadamente y salió corriendo de allí con el corazón acelerado.

William miró por donde se había ido, y se preguntó qué le había poseído para comportarse así con una joven que era todo lo contrario a lo que él buscaba en la vida.

Sophia no salió de su habitación en todo el día, tampoco probó bocado de nada de lo que llevó Marie. Las bandejas de comida bajaban igual de llenas que como subían. El único contacto externo que recibió la chica fue cuando las doncellas entraron a deshacer su equipaje. Quisieron abrir las cortinas, pero la joven se negó en rotundo y finalmente no pudieron hacer nada.

Sophia se sentía muy deprimida, quizá el convento era mejor que vivir así, si Stephen no quería ni verla, ¿cómo podría ella explicarse?

Stephen llegó agotado a su casa, pero era preferible eso a pensar e imaginar ciertas imágenes que le asqueaban. Al menos, mientras había arreglado las vallas de la finca había mantenido las manos ocupadas, pero la cabeza había vagado hacia la casa, en concreto hacia una habitación específicamente.

Se introdujo en el baño relajante que le había preparado Marie, y por fin se permitió unos segundos para torturarse con la imagen de la persona que ocupaba la habitación de al lado. Había estado lejos de ella todo el día, pero solo con recordarla regresaban la rabia, la ira... aunque lo peor eran los celos. Era absurdo sentirlos, porque Sophia no le quería, y menos lo querría cuando supiera quien era él en realidad, pero eso no le impedía sentirlos, sentirla a ella como su mujer; que, al fin y al cabo, lo era.

Salió de la bañera, había tardado más de lo que esperaba, ya el agua se había quedado helada.

Se puso unos pantalones con una camisa, y bajó para cenar con su esposa, menuda broma, parecía una parodia del día anterior; aunque al menos tendría una excusa para mirarla sin dejar ver todo lo que la deseaba y la desearía eternamente.

Stephen entró en el salón y vio que solo había colocado dos puestos de la mesa.

—Marie, no hace falta que comas en la cocina, puedes comer con nosotros, como siempre —dijo cariñosamente a su antigua nana.

—Ese es mi lugar Stephen —aclaró la mujer con una ceja enarcada— Tu esposa no ha probado bocado en todo el día.

Stephen miró los puestos y salió disparado del salón hacia la habitación de su esposa.

Entró sin llamar y la encontró sentada ante el espejo.

—¿Se puede saber qué haces aquí y así vestida? Arréglate, la cena se servirá en quince minutos.

—No —dijo Sophia, aparentemente en calma.

—¿Cómo dices? —le preguntó mirándola como si no la conociera, aunque en realidad la estaba devorando con la mirada.

—No voy a cenar, no tengo hambre.

—Vas a bajar a cenar, aunque sea en camisón Sophia, estoy demasiado cansado para pataletas de niña.

—No deseo comer, discúlpame con Marie, pero no voy a bajar. En todo el día no te has preocupado por mí, ni siquiera has pensado en si yo tenía algo que decir, me has juzgado y...

—Downey lo haría mejor que yo, ¿verdad? —dijo Stephen acercándose a ella.

—¿Qué tiene que ver David en esto?

—No repitas su nombre en lo que te queda de vida, Sophia —dijo levantando la voz, Sophia no entendía nada—. Y no finjas inocencia porque lo sé todo.

—¿To-do?

—¿Pensabas que nunca me enteraría de que sois amantes?

«¿David y yo... juntos?»

—¿Quién ha dicho eso? No es cierto —Negó rotundamente la joven.

—¿Vas a negar que estabais juntos en nuestra boda?

Sophia agachó la mirada sintiéndose culpable, eso fue como aceptar la culpa a ojos de su marido.

—Puedo explicarlo, no fue como dices.

—No quiero explicaciones —dijo con desdén mirándola de arriba abajo—. Pensándolo mejor, prefiero que te quedes aquí, se me agriaría la comida.

Se marchó dando un portazo. Stephen creía que David y ella... ¿Quién pudo mentirle así? Solo Melly les vio besarse y ella jamás la traicionaría de esa manera. Tuvo que ser otra persona, pero ¿quién?

Solo había una cosa clara. Stephen aún no sabía la verdad, ¿y eso era algo bueno?

Sophia no durmió mucho aquella noche, no quería que Stephen se marchara sin poder hablar con él, ella era inocente de esa acusación, ¿cómo podía creer que ella podía ser la amante del marido de su hermana? Era algo tan bajo, que se

sentía verdaderamente ofendida, parecía que su marido no la conocía, ni siquiera había dudado de la palabra de aquella persona.

Ella sería juzgada cuando él se enterara de su pasado, y aceptaría su sentencia, pero no ahora y menos por algo de lo que era inocente.

Escuchó la puerta de la habitación de Stephen abrirse, de seguido sus pasos por el pasillo y la escalera, para posteriormente oír la puerta del despacho. Miró el reloj, era las seis de la mañana, pero sin pensarlo ella también y sin llamar, como había hecho él, entró en el despacho.

—No tengo ganas de hablar contigo, vuelve a la cama —le ordenó Stephen sin alzar la mirada de lo que estaba haciendo.

—No voy a hacerlo, quiero hablar contigo.

—Parece que «no» es tu nueva palabra favorita, no haces más que repetirla, ¿no podías haberla usado con tu amante cuando lo tenías bajo las faldas?

—Estás siendo muy grosero y creo que no me lo merezco —musitó Sophia pálida ante semejante insulto.

—No voy a decirte lo que mereces.

—¡Basta ya! ¿Ni siquiera vas a escucharme?

—He oído suficiente, ¿no crees? Podía haberte matado a golpes, créeme, no me han faltado ganas, pero disfrutaré aún más cuando tenga a ese imbécil delante de mí.

—Él me besó, yo no quería. Deseaba con todas mis fuerzas que él parara. Yo no deseo sus besos, Stephen; jamás lo he hecho, si hubiera querido a David nunca me habría casado contigo, pero no le quiero. Es más, creo que nunca lo quise, solo me emocioné, como una niña a la que prestan atención. Por favor, créeme, mírame al menos, no miento.

—Dices que él te obligó. Sin embargo, él parece embrujado, ¿por qué un hombre espera dos años a una mujer si no le has dado nada? —Stephen quería creerla, deseaba creerla, pero las dudas y celos hablaban por él.

—No lo sé ¿Cómo puedes dudar tanto de mí y aceptar la palabra de otra persona sin más?

—¿Por qué debería creerte a ti?

—Porque soy tu esposa —contestó Sophia.

Stephen guardó unos minutos de silencio, se levantó de la silla y salió del despacho y de la casa sin mirar atrás.

Sophia suspiró y comenzó a llorar. Pese al esfuerzo que había hecho, Stephen seguía sin creerla.

Capítulo 24

Lady Anne atravesó corriendo el jardín con una cesta llena de fruta en la mano y encontró a Jon en la puerta de la cabaña.

—¿Qué haces fuera? Te pueden ver —dijo la niña preocupada mirando a su alrededor—. Vuelve dentro, no puedes salir.

Jon se giró sonriendo, le hizo una burla reverencia y entró en la casa como Anne le había dicho.

La niña entró tras él y dejó la cesta sobre la mesa.

—Me gusta ver el cielo, me asfixia estar aquí —se quejó el muchacho cogiendo una pieza de fruta.

—¿Te quieres marchar? —preguntó la niña haciendo un gracioso puchero.

Jon deseaba marcharse, tenía que hacerlo, necesitaba sentirse libre. Además, se había propuesto una misión que debía cumplir, pero estaba seguro de que explicarle eso a ella sería inútil, ya que ella no comprendería jamás porque no podía quedarse allí con ella.

No había necesitado mucho tiempo para darse cuenta de que la pequeña lady Anne no le delataría; es más, era obvio que se sentía sola y había encontrado en él una forma de llenar sus aburridos días. Ella no entendía el alcance de lo que estaba haciendo ayudándole porque aún era muy joven. Jamás entendería lo que suponía ser pobre y tener que hacer ciertas cosas para sobrevivir. Bien es cierto que le apenaba que estuviera sola y que se sintiera triste, pero él tenía que marcharse y era necesario que ella lo aceptara. Pero al verla al borde las lágrimas comprendió que no era el momento. Ella le estaba protegiendo, al fin y al cabo, supiera lo que significaba o no, y no podía hacerle daño de esa forma, podía esperar unos días más si eso hacía que su pequeña Annie dejará de llorar.

—Claro que no, Annie. Solo me sentía un poco solo.

Automáticamente el rostro de la niña cambió por completo cuando sonrió. Entonces, ella le abrazó por la cintura, ya que su altura no daba para más.

—Eres mi mejor amigo, Jon. Sin ti me quedaría muy sola —dijo la niña suspirando.

Jon suspiró también sin saber qué hacer. Annie era una niña pequeña, ella no comprendía que no podía vivir así, lamentaba saber que, llegado el momento de irse, no podría despedirse de ella en condiciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Annie separándose del chico y cogiendo un objeto brillante de la mesilla.

—Es el motivo por el que me estoy escondiendo.

Anne miró el objeto y vio que se trataba de un broche de esmeraldas, parecía muy caro.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste?

—Robarlo.

El duque de Pendleton se levantó de la desastrosa cama y comenzó a buscar sus pantalones, solo consiguió encontrarlos después de descartar varias prendas femeninas. Estaba poniéndose los pantalones cuando de pronto, sintió un ligero agarrón del brazo.

—¿Dónde vas, querido? Todavía te deseo. —ronroneó Dorothy frotándose contra su espalda—. Quédate un poco más.

—No puedo, tengo que marcharme, tengo que hacer unas cuantas diligencias —dijo sin mirarla y sin dejar de vestirse.

—Siempre nos hemos pasado la mañana haciendo el amor, William, ¿qué ocurre? ¿Ya no me deseas? —preguntó la mujer con un gracioso mohín.

—Simplemente estoy ocupado, Dorothy, tengo cosas más importantes que hacer —contestó secamente. Aunque no le diría jamás que eran por ayudar a Amelia Phillips, ya que solo conseguiría enfadarla aún más.

—¿Más importantes que yo? —preguntó Dorothy furiosa.

William se encogió de hombros y se encaminó hacia la puerta de la habitación.

—Estás tan extraño conmigo desde... —Una luz pareció prenderse en su cabeza y su rostro se endureció—. Es por ella.

—Estás diciendo tonterías Dorothy y no tengo tiempo de escucharlas, pasa un buen día. —William salió de la habitación hacia la puerta de la calle mientras escuchaba los gritos histéricos de la mujer llamándolo conforme rompía todo lo que se encontraba a su paso.

No había querido aceptarlo ante ella, pero Dorothy tenía razón, Amelia era el motivo principal de su comportamiento y no sabía porqué; bueno sí lo sabía, era tan sencillo como que el cielo era azul: él deseaba a Amelia.

Había visitado a Dorothy simplemente por el hecho de que necesitaba un cuerpo con el que desahogarse, y ella siempre estaba dispuesta. Sabía que una hermosa joya siempre ablandaba su corazón. Siempre había disfrutado de ella, pero ahora se estaba volviendo tediosa. Desde el principio habían dejado claro que se divertían juntos, pero ahora ella no le satisfacía, y era muy vergonzoso reconocer ante sí mismo que, para poder disfrutar, había tenido que imaginar que

era Amelia la que se encontraba debajo de él. Estaba claro que no deseaba a Dorothy y Amelia estaba prohibida, era para otro, aunque ese hombre aún no tuviera rostro estaba ahí y algún día llegaría.

Él no quería casarse y ella había nacido para hacerlo.

Sophia no pudo dormir más, después de hablar con Stephen subió a sus aposentos y se tumbó en la cama, pero la conversación se repetía en su cabeza incesantemente, así que cuando el sol ya entraba entre las cortinas decidió levantarse y arreglarse, al menos quería estar presentable. Esta vez no iba a quedarse en su habitación, hacerlo sería darle la razón a Stephen, sería como aceptar su culpa y ella era inocente de esa acusación.

Se sentó en el desayunador que daba al jardín y Marie comenzó a llenar la mesa con distintos platos de comida.

—No se niegue, señora, el día de ayer no probó bocado y hay que poner un poco de carne en esos huesos.

—Mi nana también dice lo mismo, lo cierto es que siempre he comido poco.

—A los hombres no les gusta abrazar un palo por las noches, señora, así que a partir de ahora vamos las dos a solucionar ese problema —insistió la mujer.

—Con una condición. —La mujer enarcó una ceja—. Si me llama por mi nombre, no señora, por favor.

—Muy bien, señ... Sophia. —La mujer se fue con una sonrisa, convencida de que su primera opinión sobre la chica se confirmaba.

Sophia sonrió ante la impertinente mujer, aunque mentalmente sabía que Stephen lo que menos deseaba era abrazarla.

Aunque casi todos los platos servidos se quedaron enteros, cosa por la cual se llevó una pequeña regañina por parte de Marie, cuando terminó de tomarse un té con un poco de fruta, se sentía con bastantes más fuerzas que el día anterior.

Se puso un sombrero, se fue a la librería y tomó un libro al azar para intentar leer y así que la mañana pasara más rápidamente. Eligió para sentarse la sombra de un árbol cerca de la casa, y comenzó a mirar el libro sin poder centrarse en la historia que en él se plasmaba, ya que su mente se encontraba lejos.

Stephen estaba dolido en su orgullo, era incapaz de darle el beneficio de la duda, alguien había dicho que ella era amante de David y él lo había creído.

Hubiera preferido que Stephen supiera de su pasado. Al menos así habría sabido cómo defenderse, qué decir, aunque era demasiado probable que si llegara a saber de aquello no la creyera, casi con total seguridad diría que se trataba de alguna excusa para tapar la supuesta relación que tenían David y ella.

Dolía tanto... Sentirse rechazada era tan horrible que no podría aguantar eso por más tiempo; definitivamente, el convento era mejor. Ciertamente era que allí se sintió muy sola, pero al menos había recibido comprensión. Se había sentido abandonada pero no era ni remotamente parecido a lo que sentía ahora.

Sin darse cuenta había depositado en Stephen demasiadas esperanzas. Secretamente había comenzado a desear un futuro con él. Había querido ser su esposa, no se arrepentía de su decisión si tan solo él...

—Buenos días, señora —la saludó una voz masculina sacándola de sus pensamientos.

Sophia alzó la cabeza sobresaltada y se encontró ante sí a un joven muy apuesto rubio de ojos verdes y sonrisa deslumbrante, tenía una pequeña cicatriz en la barbilla.

—Buenos días.

—Soy lord Christopher Barton, ¿es familia de Stephen Rutterford? —preguntó el chico besando la mano de Sophia, que esta limpió disimuladamente cuando la soltó—. Y muy hermosa.

—Y mi esposa, Barton, así que controla las manos si pretendes conservarlas —contestó una voz a sus espaldas.

Tanto Christopher como Sophia se sobresaltaron, puesto que ninguno se había percatado de la presencia de Stephen sobre su imponente caballo negro.

Capítulo 25

Stephen se dirigía a su casa con la clara intención de hablar con su esposa e intentar escuchar, pero al llegar y verla con Barton, se borraron de su mente todos sus buenos propósitos. Se bajó del caballo y se acercó a su esposa, mientras planeaba distintas formas de borrarle la sonrisa a Christopher Barton, miró a Sophia y la vio claramente angustiada y nerviosa, parecía querer ponerse a llorar; por lo que intentó relajarse.

Sophia se apartó del hombre, sabía que ese gesto era una grosería, pero ya tenía demasiados problemas con Stephen como para añadir otro malentendido.

—Yo me retiró, un placer conocerlo lord Barton —se despidió Sophia con un asentimiento de cabeza y prácticamente huyó a la casa.

—Stephen, amigo, deja de mirarme como si quisieras matarme.

—¿En qué puedo ayudarte, Christopher? —inquirió Stephen mirando el camino por donde había desaparecido su esposa.

—Stephen, no teníamos idea de que te habías casado. Mucho me temo que esta noticia no le va a gustar nada a mi madre y a Dianne —dijo Christopher con una sonrisa nerviosa, intentando quitar un poco de hierro al asunto.

—Dianne y tu madre sabrán aceptarlo, ¿en qué puedo ayudarte? —repitió aún más exasperado.

—Bien, veo que he venido en un mal momento. Quería invitarte a una cacería que hemos organizado para mañana, las mujeres tomaran el té mientras nosotros cogemos algunas piezas. Ya sé que no te gusta, pero es un buen...

—No, me parece perfecto —aceptó Stephen. Aunque no era muy partidario de la caza, no se le ocurría mejor remedio para desahogar toda la rabia, los celos y el deseo que sentía. ¿Cómo alguien como Sophia podía despertar sentimientos tan dispares en él?

—Qué extraño, casi siempre tengo que arrastrarte. Por supuesto la encantadora señora Rutterford está invitada, a todos les encantará conocerla.

Eso no le hizo tanta gracia a Stephen, pero la ausencia de Sophia solo despertaría habladurías, además ella estaría rodeada de mujeres, ¿qué podría pasar?

—No deseo ir, dígame a sus amigos que estoy indispuesta. —Se negó Sophia

llevándose una minúscula porción de comida a su boca.

Ambos estaban uno junto al otro en la mesa del salón, Marie había pretextado un dolor de cabeza para así dejarles solos. Le había pedido a Stephen que se comportara, y este estaba poniendo todo de su parte, pero la nueva predilección de Sophia con la palabra «no» lo estaba sacando de sus casillas, él era el marido ofendido y no al revés.

¿Quién se creía ella para adoptar esa pose de dignidad? Llevaba toda la cena hablándole de usted, parecía que habían vuelto al principio de su relación, pero en estos momentos sabía que Sophia no lo hacía por pudor, sino porque sabía que no le gustaba.

Además, utilizaba un tono educado burlón, que solo conseguía enfadarle más.

Sophia sabía que estaba jugando con fuego, pero prefería que él explotara, que hiciera lo que quisiera, pero que terminara con ese teatro de falsa amabilidad.

Estaba resentida con él y muy dolida porque no la había creído, pero tenía que reconocer que, en parte, también era culpa suya. Se sentía como una cobarde. Si desde el principio hubiera hablado claro, ahora no estarían en esa situación.

Era un sentimiento tan extraño. Sin saber porqué tenía unas incontrolables ganas de llorar de nuevo, pero al mismo tiempo no quería que él la viera.

—No haré tal cosa, porque la invitación es para los dos. No voy a permitir que me avergüences delante de personas que me conocen desde niño —le advirtió Stephen.

—Te avergonzaré más si voy —dijo Sophia con voz rota—. Al fin y al cabo, a ningún hombre le agrada llevar del brazo a una esposa adúltera.

La joven apartó la cara para que Stephen no la viera, ya que las lágrimas volvían a caer indiscriminadamente.

Por mucho que se dijeran, él no resistía verla llorar. Sabía que era un imbécil, pero desde que la había vuelto a ver había buscado una sonrisa y, sin embargo, cuando la había conseguido, las lágrimas habían regresado.

Alargó la mano para atraer a su esposa hacia él, era un acto reflejo. Aunque desconocía si sus lágrimas eran reales, quería creer que sí lo eran para consolarla.

—Sophia...

—No tengo apetito, me voy a la cama. —Lo interrumpió ella, sin darle tiempo a hablar.

—¿Ha puesto la carta en el correo? —preguntó lady Amelia a William.

Había entrado en el despacho de este sin llamar siquiera, sentándose en una de las sillas que había frente al escritorio del duque.

—Buenas tardes, lady Amelia. Un placer volver a verla —la saludó el duque irónicamente—. Estoy terminando de escribirla y mañana la pondré en el correo, ¿le parece bien?

—Me parece muy lento, mi hermana podría estar pasándolo mal, yo debería... La última vez que se marchó sin despedirse no la vi en más de dos años —musitó la chica con los ojos brillantes.

—Amelia, Stephen no va a hacerle daño a su hermana, no se preocupe. —William se levantó y se puso de rodillas delante de ella, obligándola a mirarle.

—Prométame que, si pasara algo, usted me lo dirá, sin adornar nada, solo la verdad.

—Le prometo que, si ocurre algo malo, ambos iremos a Gracefields y rescataremos a lady Sophia de las garras de Stephen.

Amelia sonrió ante tan disparatado plan y William con ella, aplaudiendo su ingenio para evitar que la joven dama llorara.

—Le pareceré una impertinente.

—Una muy hermosa, la verdad.

William no podía dejar de mirar los labios de Amelia moverse, le invitaban a...

Sin pensarlo acabó acercándose a ellos y la besó con más ansia de la que debería, ya que la inexperta Amelia se paralizó por segundos, pero no se movió. Inconscientemente, ella había esperado aquello desde que lo había conocido, unos segundos después comenzó a imitar los movimientos del hombre.

William, más acostumbrado a mujeres experimentadas, se sorprendió ante la respuesta de la chica y lejos de hacer lo que su honor le pedía, que era apartarse, continuó besándola hasta que Amelia, presa de un inesperado pudor y arrepentimiento, le apartó.

—Debería marcharme —tartamudeó Amelia, sintiéndose como una mujerzuela.

—Amelia, espera...

—No se olvide la carta, excelencia. Adiós —dijo la chica despidiéndose apresuradamente sin hacer caso a la voz de William que la llamaba.

«*Soy como Dorothy Leblanc...*» pensó sabiendo que no podría mirarle de nuevo a la cara.

A la mañana siguiente, Sophia decidió tragarse su orgullo y vestirse para ir a la cacería de los amigos de Stephen. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando Marie le dijo que Stephen se había marchado solo, y le había dicho que ella se sentía un poco indispuesta.

Sophia se sintió repentinamente desolada, no entendía esos sentimientos contradictorios; pero la sencilla aceptación de Stephen le había dejado con mal sabor de boca, y maldijo su pequeña rebelión del día anterior.

Stephen hubiera preferido tener a Sophia con él ese día, pero había pensado que no era el mejor momento. Dejarla sola ante una manada de mujeres hambrientas del chisme, no parecía muy buena idea. Por otra parte, tenía ganas de que terminara aquella reunión, había querido darle un poco de espacio, pero esa noche quería hablar con ella.

Durante la noche anterior, en la que apenas había podido dormir, había llegado a dos conclusiones. La primera era que iba a aceptar la palabra de Sophia en cuanto al tema de Downey, lo necesitaba para su paz mental. Verla tan vulnerable el día anterior había sido un duro golpe para él. Además, había olvidado que si había alguien que de verdad necesitaba ser perdonado era él. Había pagado con el tema de Downey su frustración por no poder tocar a su esposa, no poder besarla, hacerle el amor...

La segunda de las conclusiones era mucho más importante, era algo que no había querido ver, pero que debía aceptar. Sus celos, su rabia, todos esos sentimientos que le afloraban, era porque había comprendido que se debían únicamente a que se había enamorado de su esposa y sabía que ella no le correspondería jamás.

—Stephen, estás muy callado, ¿preocupado por tu esposa? —preguntó lady Dianne Barton—. Yo prefiero su ausencia, así puedo fingir que continúo soltero.

—Pero te engañarías a ti misma, Sophia está aquí —dijo Stephen señalándose la cabeza—. Siempre.

—Debe ser muy hermosa.

—Lo es, muy hermosa —los interrumpió Christopher—. Pero hermanita, no acapares a Stephen que nos marchamos ya, acabamos de soltar la presa, así que... ¡Qué empiece el juego! —dijo llevándose a Stephen junto a los otros caballeros, dejando a su hermana casi hablando sola.

Sophia tejía algo parecido a un tapete junto a Marie, pero su mirada iba hacia

el reloj cada minuto, quería que Stephen regresara pronto, tenía un mal presentimiento.

—Voy a dar un paseo por el jardín —dijo Sophia de pronto, sintiéndose inquieta.

Marie hizo un leve asentimiento con la cabeza, pero continuó concentrada en su tarea.

Sophia se levantó apresuradamente del sofá donde estaba sentada y salió hacia la entrada. Estaba caminando por el sendero de la entrada cuando un carruaje que no conocía giró en dirección a la casa a mucha velocidad.

Haciendo caso a su corazonada, Sophia regresó a la casa corriendo; justo en ese momento, vio a tres hombres bajar del coche, al único que reconoció fue a Christopher Barton, pero ninguno de los otros era su marido.

—¡Lord Barton! —le llamó la chica cuando llegó a su altura, los hombres se miraron entre ellos incómodos— ¿Dónde está mi marido?

—¿Puedo hablar con Marie, señora Rutterford?

Había contestado con otra pregunta, y eso a Sophia no le pasó desapercibido ese dato.

—¿Dónde está mi marido? —Volvió a preguntar, observando una mancha de sangre en la camisa de Christopher Barton— ¿Es de Stephen? ¿Está herido? ¡Conteste! —exigió Sophia agarrándole de la chaqueta.

—Señora... Sophia, tiene que tranquilizarse.

—Stephen... —Sophia miró hacia el interior del coche donde se encontraba otro hombre tumbado en su interior envuelto en una manta.

Le apartó la tela de la cara.

—Dios mío, Stephen... —susurró sintiéndose repentinamente mal, volviéndose todo negro a su alrededor.

Lo último que había visto antes de desfallecer fue el cadáver de Stephen Rutterford.

Capítulo 26

Sophia se sentía cómoda en aquel lugar, aunque había ocurrido algo, algo importante y doloroso. Sentía un olor fuerte a su alrededor, quería apartarse de él, pero no podía algo se lo impedía. Quería estar tranquila, pero a la vez sabía que había algo que no la dejaba.

Solo echaba en falta que Stephen estuviera allí con ella. Stephen.

No podía ser cierto, Stephen...

Dos de las doncellas, que se encontraban con ella, respiraron tranquilas cuando Sophia abrió los ojos por fin.

—Stephen, ¿dónde está?

—Está vivo, señora, el señor Rutterford aún vive —dijo una de las doncellas que estaban a su vera.

—Quiero verlo, ¿dónde está? Yo le vi, estaba muy mal —dijo Sophia hablando entrecortadamente queriendo decir muchas cosas a la vez y queriendo levantarse de la cama para buscar a su marido.

Cuando al fin consiguió levantarse de la cama, perdió el equilibrio y tuvieron que agarrarla entre las mujeres.

—Señora, tiene que tranquilizarse, en ese estado no puede... —La doncella no pudo terminar de hablar, pues como pudo Sophia se escabulló del agarre y abrió la puerta que comunicaba su habitación con la de Stephen.

En un pequeño sillón junto a la cama se encontraba medio dormida Marie, pero lo que realmente le importaba a Sophia se encontraba sobre la cama. Stephen se encontraba allí. Respiró aliviada cuando vio cómo su pecho se elevaba, con algo de dificultad, pero al menos lo hacía. Estaba tapado hasta la cintura con una sábana fina y tenía todo el pecho cubierto únicamente con un gran vendaje, estaba tan pálido, y sobre su frente tenía un paño de agua.

Sophia se acercó y le tocó la cara, estaba ardiendo.

—El médico ha dicho que ahora empieza lo peor, la bala no ha rozado ningún órgano, pero estaba muy profunda —susurró Marie sobresaltando a la joven que no lo esperaba.

—¿Bala? —preguntó Sophia sin comprender.

—Ha sido un accidente, uno de los amigos de lord Barton disparó a Stephen durante la cacería.

—Es culpa mía —se lamentó Sophia sin dejar de mirar a su marido—. Yo debí ir con él y...

—Y nada, Sophia —dijo interrumpiéndola—. Hubiera sucedido igualmente, era decisión de Dios que así ocurriera, culparse no sirve de nada, lo importante ahora es ser fuerte. Por Stephen —dijo la mujer, observando el perfil pálido de Sophia.

—Hay que cambiarle el paño, está ardiendo —comentó la chica agachándose junto a la cama para mojar de nuevo el paño.

Entre las dos se quedaron junto a Stephen toda la noche, ninguna de las dos durmió nada, ya que la fiebre no hacía más que subir, provocando que Stephen incluso comenzara a delirar.

Sophia no se separó de su lado ni un segundo, su dedicación consistía únicamente en cuidar de su marido y a rezar por él. Aquello fue lo que convenció a Marie de que aquel matrimonio no sería mal avenido, solamente había que tener paciencia y esperar, ojalá Stephen tuviera tiempo suficiente.

La edad de Marie provocó que cuando finalmente amanecía y la fiebre comenzó a darles tregua, Sophia la obligara a dormir en su habitación un rato.

Sophia cogió su rosario y reanudó sus rezos.

—Por favor, no te lo lleves. No quiero que él muera, yo... aunque me odie por mi pasado, yo lo merezco, pero él es un buen hombre. Madre tenía razón, destruyo todo lo que toco y no podría seguir viviendo si Stephen... —Sophia suspiró y se apartó las lágrimas de los ojos.

Mientras tanto, Annie miraba como Jon comía el pequeño desayuno que ella acababa de llevarle. Ella no era tonta, sabía perfectamente que él había pasado muchas necesidades, pero ¿era esa excusa para ser un ladrón?

Desde que él lo había aceptado, ella había pensado únicamente en el motivo que llevaría a un chico a robar una joya tan... ostentosa.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Anne sin poder aguantarse más la curiosidad.

Jon supo inmediatamente a qué se refería la chica.

—Tú no lo entenderías, pequeña Annie —dijo el chico suspirando.

—Explícamelo. —Insistió la niña, quitándole el apetito a él—. Dijiste que la robaste y quiero saber el motivo que te llevó a sustraerlo.

—Los niños siempre preguntando el porqué de las cosas —gruñó Jon de malhumor.

—No soy una niña, entiendo que estoy ayudando a un ladrón a huir de la policía. Al parecer no soy pequeña para eso —dijo Anne levantándose del suelo

y huyendo hacia la casa.

Jon intentó atraparla y que no escapara, pero ella era más ágil, había olvidado lo primero que comprendió de Anne nada más verla; nunca perder la paciencia con ella.

Durante los dos días siguiente, Sophia no se movió del lado de Stephen, aunque él no recobró el conocimiento, pero no quería dejarle solo, sus únicas ausencias ocurrían cuando debía cambiarse de ropa. Entre Marie y ella le cuidaron y combatieron la fiebre con paños de agua fría hasta que, por fin, comenzó a remitir.

Él médico les visitaba dos veces al día para curar la herida de Stephen y enseñó a Sophia para que pudiera practicarle las curas.

Una vez remitida la fiebre, Stephen fue cogiendo un poco de color y tenía momentos en los que estaba despierto, pero no lo suficiente como para saber lo que ocurría a su alrededor.

Mientras, Sophia no dejaba de rezar; y durante esos días de angustia, comprendió que lo que sentía no era solo culpa, era algo más. Miraba a Stephen y deseaba que abriera los ojos y la mirara, como siempre le había mirado.

Se descubrió observando sus labios y recordando cómo eran sus besos. Incluso llegó a desear compartir una cama con él, lo deseaba todo con él. Si Stephen vivía, y por lo que decían las palabras optimistas del médico así parecía ser, quería que las cosas fueran diferentes.

Entonces entendió cuál era el sentimiento que la embargaba cada vez que miraba a su marido, era extraño, porque pensó que nunca sentiría algo así.

Lady Sophia estaba enamorada de su marido.

Capítulo 27

Stephen no había recuperado el conocimiento aún, pero el médico decía que era cuestión de tiempo. Había despertado a ratos, pero la fiebre le había agotado en exceso.

Sophia dormía aquella noche en el sillón que había instalado junto a la cama de Stephen. Mientras, Marie vigilaba el sueño del hombre tejiendo un poco para no terminar sucumbiendo al sueño, de vez en cuando miraba a la joven señora y se sentía tranquila. Por lo que había podido observar aquellos días, sabía que algo debía apreciar a Stephen. Ella lo quería como si fuera un hijo y sabía que era un buen hombre, por eso siempre había deseado para él una buena esposa, y a simple vista lo había conseguido, solo esperaba que llegaran a entenderse pronto.

Se levantó de la silla y se acercó a Sophia, tocándole levemente el hombro. La chica abrió los ojos débilmente.

—Sophia, duerma en su cama, lleva días sin dormir bien —le ordenó la señora cariñosamente.

La joven aún casi dormida, no rechazó la oferta y se dejó guiar por la mujer hacia la otra habitación, donde nada más acostarse en la cama se quedó profundamente dormida de nuevo.

Sophia se despertó bien entrado el día, podía casi sentir que era cerca del mediodía. No recordaba haberse ido a la cama, se levantó sobresaltada y se fue rápidamente a la habitación de Stephen, se frenó en la puerta al verle incorporado sobre la cama, mientras comía con un poco de dificultad. Podía ver sus gestos de dolor cada vez que se llevaba una cucharada a la boca.

Verlo así parecía un sueño, había tenido tanto miedo. Todavía estaba intentando adaptarse a la realidad que había descubierto el día anterior, darse cuenta del sentimiento real que Stephen despertaba en ella. Se sentía tan feliz de verle mejor, había imaginado poder empezar de nuevo e intentar arreglar las cosas con él. Comenzaba a sonreír cuando la voz de Stephen la devolvió a la realidad.

—¿Vas a quedarte ahí parada mirándome o vas a ayudarme? —preguntó Stephen de forma brusca ya que se sentía resentido al no poder comer solo y más

aún de que ella le viera en esa situación.

Sophia, aún sin poder hablar, se acercó y se sentó en el filo junto a él, tomó el tenedor y pinchó un trozo fruta acercándolo a la boca de Stephen.

—Estás pálida. Pareces decepcionada, ¿te entristece no ser viuda? —preguntó sarcásticamente Stephen.

Sophia soltó el tenedor sobre la bandeja por la impresión.

—No digas eso. He estado muy preocupada por ti —replicó Sophia sintiendo un nudo en el estómago—. Eso que dices es muy cruel.

Stephen la miraba intentando creerla, lo cierto era que parecía sincera. Nada más despertar había preguntado por ella a Marie. Se había sentido muy decepcionado al no verla junto a él, podría ser egoísta, pero hubiera deseado que estuviera allí. La mujer le había dicho que Sophia había estado junto a él todo el tiempo, pero no había querido creerla.

Pero en esos momentos sabía que era sincera, parecía preocupada de verdad. Estaba preciosa recién levantada, y no podía desearla más de lo que lo hacía en esos momentos.

Sophia se levantó de la cama, pero su marido fue más rápido y le agarró fuertemente el brazo con su mano.

—Lo siento, tienes razón. Me he excedido en mis palabras, te pido disculpas —dijo Stephen suavizando su voz.

—Es mejor que me marche —dijo Sophia con voz triste.

—No, quédate, te lo suplico. —le pidió Stephen mientras la miraba directamente a los ojos. Sophia no pudo resistirse y se sentó de nuevo en el lugar de antes, pero Stephen no soltó su mano.

—¿Por qué siempre crees lo peor de mí? —le preguntó ella suspirando.

—Porque soy un imbécil, quizá... Dime que Downey y tú jamás habéis sido amantes y te creeré.

—Stephen...

—Dilo, necesito oírlo y jamás volveré a dudar de tu palabra, solo dilo.

—No estoy enamorada de él. Lo sé desde hace tiempo, solo deseo que sea feliz junto a Charlotte. Nunca he sido su amante, lo juro —dijo Sophia deseando que de verdad la creyera—. Yo no deseo sus besos.

Se hizo el silencio en la habitación. Sophia miraba sus manos entrelazadas, no podía mirar a Stephen a la cara y que él viera el amor que sentía por él, además no sería capaz de verle reírse de ella.

Con dificultad, Stephen le alzó la barbilla con la otra mano.

—¿Y los míos los deseas? Porque estoy a punto de darte uno —dijo rozando los labios de la chica con las yemas de los dedos.

Sophia no tuvo tiempo de contestar, sin saber cómo se encontraba

semirecostada sobre su marido. No había olvidado que estaba aún convaleciente, no deseaba hacerle daño; porque, aunque estaba mejor, su herida aún no había cerrado, pero no podía evitar dejarse llevar.

—Empecemos de nuevo. Como si nada hubiera pasado. Solo nosotros, sin tu familia, sin mentiras —musitó Stephen entre besos sobre los labios de su esposa.

De pronto una verdad, más real que su supuesto amor por David se hizo presente para ella; todavía había algo entre ellos que arreglar.

«*Él aún no lo sabe...*» pensó temiendo el momento en el que tuviera que decírselo, y debía hacerlo. Y pronto.

Capítulo 28

Stephen sintió que ya no tenía la atención de su esposa, se apartó un poco de ella y vio su mirada perdida, parecía hundida en algún pensamiento y no parecía pacífico.

—Sophia... —la llamó susurrando apartándole un mechón que le caía sobre el rostro—. Vuelve conmigo.

Sophia agitó la cabeza prestando atención de nuevo a lo que le decía su marido.

—Lo siento, yo... —Intentó disculparse ella.

Stephen sonrió cariñosamente y negó con la cabeza.

—Pareces preocupada, ¿hay algo que te inquiete Sophia? Puedes contármelo.

¿De verdad era el momento? Sophia miró a Stephen y lo vio todavía débil por su herida. Parecía tranquilo y no quería alterarle, pero sin duda lo que tenía que decir lo alteraría, no era el momento, además no quería romper esa especie de tregua que habían firmado. Se prometió a sí misma contárselo cuando estuviera lo suficientemente fuerte. Pero ahora, siendo egoísta, quería disfrutar de ese momento unos días al menos, e imaginar que todo era perfecto, aunque no lo fuera.

Marie la salvó de dar una respuesta cuando entró a por la bandeja.

—Perdonen, pero acaba de llegar una misiva del duque de Pendleton —dijo dejándola sobre la mesilla y cogiendo la bandeja.

—¿Habría sucedido algo? —preguntó Sophia pensando en su familia, sobre todo en Melly y Anne.

Stephen abrió la carta y comenzó a leerla, mientras una sonrisa se fue dibujando en su rostro, Sophia se relajó, si él sonreía no sería tan malo.

—William escribe para avisarnos de que eres tía de un varón, lady Katherine dio a luz hace unos días. Además, aconseja que escribas a tu hermana, ya que parece preocupada— dijo Stephen traduciendo un poco lo que venía a decir, ya que William había expresado esas palabras, pero de diferente forma, como solo él podía hacerlo.

—Madre debió contarle como nos marchamos y... ¿Puedo escribirle ahora? —preguntó Sophia tímidamente.

—Claro que sí, Sophia. Mientras ayudaré a este chico a asearse un poco —intervino Marie hablando como si Stephen fuera un niño. En ese momento se imaginó a sí misma aseando a Stephen, lo que le provocó un ligero sonrojo en

las mejillas de Sophia.

La chica asintió y se marchó a su habitación después de dirigirle una última mirada a Stephen.

—Es muy buena —susurró Marie.

—Es perfecta —sentenció Stephen.

—Entonces ¿nunca más veremos a Sophia? —preguntó Anne a su hermana mientras esta le cepillaba el pelo. Ambas estaban sentadas en la cama de Amelia en camisón, ya era casi la hora de irse a la cama.

Amelia no sabía qué contestar a su hermana menor, porque ni ella misma sabía lo que sucedía. Annie era la única compañía que tenía en aquella casa. Incluso ella parecía demasiado dispersa, la niña nunca estaba en la casa, siempre andaba jugando en el jardín, muchas veces le daban ganas de irse a jugar con ella.

Lady Mawsdley no tenía tiempo para nada más que sus reuniones con sus amigas, parecía que el matrimonio de Sophia había sido un gran negocio para ella. Le revolvía las entrañas pensar que había vendido a su hermana, ni siquiera el nacimiento del pequeño Mark le había hecho abandonar sus fiestas.

—Claro que sí, cielo, Sophia solo está en otra casa, pero sigue siendo nuestra hermana —respondió Amelia deseando recibir alguna noticia de su hermana—. No te preocupes.

—El señor Rutterford es bueno con Sophia, ¿verdad?

—Sí, es un buen hombre. Él cuidará de ella, haces demasiadas preguntas, Anne —replicó la mayor ya que no quería engañar a su hermana, y al no saber qué contestar no le quedaba más remedio que mentir.

—Eso dice Jon también —dijo la niña sin querer.

—¿Quién es Jon, Annie? —preguntó Melly con voz seria obligando a su hermana a mirarla.

—Un amigo, vive en el jardín— dijo Annie, queriendo compartir su secreto con su hermana mayor.

—¿En el jardín? ¿Es con él con quien juegas por las tardes? —preguntó Amelia sintiéndose un poco culpable. Había dejado a su pequeña hermana tan desatendida que se había inventado un amigo.

—Sí, pero quiere marcharse, dice que tiene que irse lejos —continuó la niña, Amelia sonrió comprensiva, la pequeña intentaba llamar su atención.

—Entonces debe marcharse. Quizá debe hacer algo importante, no se puede

obligar a los amigos a quedarse.

—¿Importante? —su hermana asintió, no podía permitir que vieran a Annie hablar sola y dijeran que estaba loca, su madre sería capaz de internarla sin más miramiento—. Pero... Si se marcha, ¿con quién hablaría? —Se quejó la niña con voz triste.

—Conmigo. Hablaríamos y jugaríamos todo el tiempo, pero deja que tu amigo se marche, Annie —le aconsejó Amelia sin saber la verdad que se escondía tras las palabras de su hermana pequeña.

Aquella misma noche, Annie no dejaba de pensar en las palabras de su hermana, a lo mejor tenía razón, no podía ser tan egoísta y que Jon se quedara allí para siempre.

Salió de su habitación, y en camisón atravesó el jardín para entrar en la casa del jardinero. Jon al escuchar la puerta abrirse se sobresaltó, cogiendo el cuchillo que le había llevado la pequeña para la cena, al ver que solo era la niña se relajó.

—¿Por qué quieres marcharte? —preguntó Anne desde la puerta— ¿Es por el broche?

Jon asintió y Annie suspiró entrecortadamente.

—Tengo que ganar todo el dinero que pueda para viajar a América y encontrar a mi abuelo —dijo Jon, queriendo que ella entendiera.

—¿Por eso lo robaste? ¿Para venderlo? —preguntó aún sin entenderlo.

—No puedo venderlo, es lo único que me queda de mi madre.

—¿Dónde está tu madre?

—Murió cuando era niño, trabajaba en la casa de la que escapé. El dueño se quería quedar con el broche.

—Pero si era de tu madre, no lo robaste, porque es tuyo ahora, ¿no?

—Así son los señores, pequeña Annie, no lo sabes porque aun eres joven, pero seguro que pronto lo sabrás.

—Cuando encuentres a tu abuelo ¿serás feliz? —preguntó Annie al borde de las lágrimas.

Jon suspiró, Annie no dejaba de ser una inocente niña, jamás entendería lo importante que era ese viaje para él. No sabía cómo sería encontrarse con su abuelo, ni tan siquiera sabía si lo conseguiría, pero era importante para él, necesitaba saber que no estaba solo.

Eso lo haría feliz, pero no podía contarle sus miedos a ella, así que asintió simplemente.

Durante los siguientes días Stephen fue recobrando fuerzas, ya podía salir de la cama y paseaba junto a Sophia por la zona delantera de la casa con Byron tras ellos que lo habían traído hacía unos días, se acercaron a las caballerizas y vieron a los caballos.

—Cuando pueda subirme a uno, te enseñaré a montar. Te lo prometí hace tiempo y soy un hombre de palabra —le dijo Stephen sonriendo.

—¿Podemos hablar, Stephen?

Sophia había decidido que ese era el día, tenía que contárselo, Stephen hacia planes para ambos, pero antes debía hablar. Era el momento, era la hora de la verdad.

—Sí, claro. ¿Te encuentras bien? —preguntó Stephen repentinamente serio.

—En realidad no, me siento... No fue culpa mía, Stephen, lo juro. —Sabía que era imposible que él la entendiera, no podía explicarse mejor, tenía tanta vergüenza. Pero una vez comenzó a hablar las palabras salieron a borbotones—. Intenté que no lo hiciera, te prometo que luché. Dios sabe que lo hice, pero era más fuerte que yo. No puedo ser la esposa que necesitas, yo no... A mí... A mí me agredieron, Stephen. Abusaron de mi. Mi madre tiene razón... Soy una fulana.

Cuando acabó de contárselo, Sophia se tiró al suelo de rodillas tapándose la cara con las manos sin dejar de llorar.

Capítulo 29

Sophia no podía dejar de llorar, solo escuchaba sus propios sollozos, era incapaz de oír nada más. ¿Stephen se había ido? No podía mirar, no podría perdonarla, le dolía saber eso, ese hombre le había destrozado la vida.

De pronto sintió unas manos que querían apartar las suyas de su rostro, lo dejó hacer y allí estaba él, le agarró el rostro con ambas manos y con los pulgares le apartó las lágrimas que no dejaban de salir.

—No vuelvas a hablar de ese modo de ti misma, no eres ninguna fulana Sophia —dijo Stephen sintiendo el peso de la culpa aún más fuerte sobre su espalda.

—Lo siento tanto... perdóname, por favor.

—No tengo que perdonarte nada. —la agarró fuertemente por la cintura y la pegó contra su pecho, mientras Sophia le abrazaba fuertemente—. Eres tú la que debes perdonarme a mí —susurró Stephen, en voz apenas audible.

—Yo no quería... —Sophia estaba tan sumergida en su propia culpabilidad que no atendía a la de su marido.

—Lo sé, no hace falta que digas nada más, no tienes culpa de nada, es culpa... — Podría haberlo dicho, debería haberlo dicho, pero...—. Es culpa del canalla que te hizo eso, no tuya.

Sin duda, él era más egoísta que Sophia, él sabía con toda seguridad cuál sería su reacción si se lo contaba, ella le odiaría, y no le faltaría razón. Pero no podía permitirlo. Si ella había tenido coraje para decirlo, solo podía significar una cosa; que confiaba en él, que podían ser felices. Él conseguiría que olvidara todo el pasado, por eso se había casado con ella.

No podía permitirse el lujo de perderla, no ahora, que vivían en paz, hablar solo haría daño, y Sophia sería más feliz en la ignorancia. Nunca nadie le volvería a hacer daño y estarían juntos, tal y como él había planeado que sucediera cuando le pidió matrimonio.

—¿Me crees? —preguntó Sophia con la cabeza apoyada en el hombro de su marido. De haberlo mirado a la cara habría notado la culpa en su mirada.

—Por supuesto que te creo. A mí no me importa tu pasado, ahora menos que nunca. Solo somos nosotros, Sophia, tú y yo, lo demás no importa.

—Tenía tanto miedo de que me odieras.

—No podría hacerlo, ni siquiera cuando creía que Downey y tú...

—No puedo soportar que ningún hombre me toque. Sin embargo, tú eres tan

especial, que no podría soportar tu rechazo, sería tan doloroso. Mi madre decía que...

Stephen se levantó y la ayudó a ella.

—No me importa lo que piense esa mujer, Sophia. Jamás te reprocharé eso, ojalá nunca hubieras tenido que pasar por aquello y nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, pero no puedo cambiar el pasado, solo prometerte un futuro maravilloso junto a mí.

Sophia se sentía liberada, por fin había dicho aquello que la atormentaba, ahora podía darse una oportunidad para ser feliz junto a su marido, el hombre al que amaba.

—Eres tan bueno, que no te merezco —dijo la chica abrazándole de nuevo.

—No, en realidad yo no te merezco a ti.

Amelia entró a la casa con la carta de Sophia en la mano, el sello decía que era de un pueblo a las afueras de Londres por lo que William tenía razón. A lo mejor se había preocupado en exceso, pero al menos había conseguido tener noticias de ella, subió por las escaleras y fue a la habitación de Annie, aunque no había rastro de ella por ningún lado, seguro que estaba en el jardín, tenía que poner remedio a ese problema. Le apenaba que se sintiera tan sola que inventara un amigo, pobre Annie.

Anne caminaba lentamente hacia la casita del jardinero, había tardado dos días en pensarlo y lo tenía decidido, Melly tenía razón. Jon no podía vivir eternamente encerrado como si fuera su mascota, y ella había sido una tonta al pensarlo.

Entró en la cabaña y le llamó, pero nadie le contestó, lo buscó por todas partes, pero no estaba, miró a su alrededor y el broche tampoco estaba por ningún sitio.

Anne se sentó en el suelo a esperar, a lo mejor había salido a dar un paseo, lo había hecho otras veces, Jon no se habría ido sin despedirse de ella.

—Esa niña me está empezando a fastidiar. ¿Qué hace en el jardín todo el día como si fuera un chiquillo? —se quejó lady Mawsdley sentada a la cabeza de la mesa, cuyo único puesto vacío era el de Anne.

—Madre, tranquilícese —dijo Richard en tono pausado.

—Iré a buscarla —Se apresuró a decir Amelia levantándose y saliendo a paso ligero hacia el jardín.

Atravesó el jardín y entró en la casita.

—¿Annie? —la llamó y la escuchó gimotear en un rincón—. Cielo, ¿qué sucede?

—J-Jon... Se ha mar-cha-do. Sin des-pe-dir-se —dijo entrecortadamente la niña, que llevaba horas esperando al muchacho.

—Annie... —Amelia suspiró, pero se alegró de que su hermana hubiera reaccionado. ahora debería estar más pendiente de ella, para que no volviera a sentirse tan sola—. No podía quedarse aquí eternamente, ambos debéis crecer. Dentro de unas semanas cumplirás diez años y...

—Pero quería... despedir-me de él...

—Lo entiendo, pero dentro de poco tiempo ni siquiera le recordarás, será como si no hubiese existido —insistió Amelia con doble intención.

Anne no quería olvidar a Jon, había creído que eran amigos de verdad, pero al parecer ni siquiera había visto oportuno decirle adiós. Sí Melly tenía razón quería olvidarle ya.

Sophia sentía aún un poco de vergüenza, pero al menos podía mirar a Stephen con la seguridad de que había desnudado su alma con él. Pasaban los días juntos, poco a poco comenzaba a sentir que de verdad había espacio para ella en el mundo. No volvieron a hablar del tema, pero eso no lo hacía incómodo, sino que podía imaginar que no había existido porque así Stephen lo hacía también. Aunque pasaban los días juntos, aún no habían ido más allá de unos cuantos besos, él no parecía tener prisa y ella tampoco, era una calma placentera, se sentía como una jovencita con su primer pretendiente, y eso la llenaba de dicha.

Cuando Stephen se recuperó casi en su totalidad, cumplió su promesa de enseñarla a montar, le dio una yegua muy mansa, además de que él nunca la dejaba sola, decía que era una alumna muy aventajada. Cuando tuvo más manejo daban pequeños paseos por los alrededores.

Nunca olvidaría esos momentos con él, porque si se creía enamorada ahora lo amaba más aún, y estaba segura de que él lo sabía, debía notarlo, porque no

podía evitar mirarle embobada.

Iban en unos de esos paseos, cuando de pronto comenzó a llover fuertemente. Fue tan imprevisto que ninguno llevaba ropa de abrigo y el agua comenzaba a calar en el delicado vestido de la chica.

—Nos refugiaremos en una vieja cabaña de caza que está cerca de aquí —dijo Stephen mientras se escuchaban unos truenos a lo lejos.

Sophia asintió mientras le castañeaban los dientes, temía a las tormentas, pero le siguió ciegamente, porque con Stephen siempre estaría segura.

Capítulo 30

Stephen maldijo en voz baja, mientras bajaba de su caballo y ayudó a Sophia a bajar también.

Se acercó a la puerta de la cabaña, la abrió de un empujón, y entró con Sophia a sus espaldas.

Era una pequeña casa de leñadores, donde solo había una chimenea, unos sillones raídos y al fondo una pequeña cama de hierro.

Encontró junto a la chimenea unos troncos, por lo que sacó de su bolsillo unas cerillas y en unos minutos tenían un fuego acogedor.

Sophia lo había visto hacer todo aquello en silencio, estaba calada hasta los huesos, solo se escuchaban sus dientes castañear en el silencio de la cabaña. Se acercó al fuego y aunque Stephen la abrazó no conseguía calentarse.

—Es mejor que te quites la ropa mojada —dijo Stephen, provocando un ligero rubor en su esposa.

—Yo... así está bien. —Aunque su temblor decía lo contrario.

—Puedes taparte con esta manta—dijo Stephen ofreciéndole el cobertor que había en la cama de la cabaña—. No miraré, puedes estar tranquila.

Stephen sonrió pacientemente, la chica asintió y se alejó hacia la zona donde estaba la cama.

Amelia estaba sentada en una esquina apartada de la fiesta, ningún joven la invitaba a bailar, pero no le importaba. No podía dejar de mirar hacia el centro de la sala, donde William bailaba con Dorothy Leblanc. Esa mujer parecía tener que aparecer siempre, y todo el tiempo acaparaba al duque, sabía que no era santo de devoción de esa mujer, lo mismo que no le gustaba a ella; en esos momentos se demostraba la clase.

Ella podía sentarse y ver como el hombre que quería bailaba con su amante sin inmutarse, de ser al contrario Dorothy Leblanc no tendría la misma cortesía con ella.

William la había besado y ella no podía olvidarlo, pero al parecer él sí.

—Una hermosa dama, pero sola... ¿me permite hacerle compañía?

Amelia, cortó el contacto visual con la pareja de amantes y miró hacia la voz que le había hablado.

Junto a ella se encontraba un joven rubio de ojos azules y sonrisa deslumbrante, supuso que sería un poco mayor que ella, no más de treinta años, Melly sonrió intentando ocultar su incomodidad y aceptó el saludo.

—Adelante —dijo señalando la silla que había junto a ella.

—¿Podría conocer el nombre de la señorita? —preguntó tomando el asiento que le ofrecía.

—No sin antes conocer el suyo, milord.

—Es cierto, qué desconsiderado, Robert Bradford III, futuro Duque de Sutton, a sus pies, milady.

Él se comportaba de forma aduladora, se notaba que quería llamar su atención, no era la primera vez que le pasaba, pero sí la única en la que no tenía que fingir la sonrisa. Robert Bradford era divertido y amable, sabía lo que eso significaba. Al fin y al cabo, si no era Bradford sería otro, ese era su destino; estar junto a cualquiera, menos con William Pendleton.

Sophia cogió aire y comenzó a desnudarse. Con dificultad desabrochó todos los botones de la falda, y posteriormente la parte de arriba; tan solo se quedó en pantalón interior y la camisola, que simplemente estaba húmeda.

Unas manos que comenzaron a acariciarle los hombros la hicieron sobresaltarse, Stephen acariciaba de manera circular la piel de la chica, agachó la cabeza hacia su cuello pegando sus labios en una zona sensible, provocando un escalofrío en su esposa, que esta vez no era de frío.

—Dijiste que no mirarías... —susurró Sophia sin moverse.

—No he podido evitarlo —murmuró contra su cuello, dejando un pequeño recorrido de besos.

Las manos de Stephen bajaron por los brazos de Sophia, agarrando delicadamente su cintura.

Sophia intentaba acompasar su respiración, quería concentrarse en ella porque tenía la sensación de que necesitaba más aire del que podía aspirar. Su corazón latía frenéticamente.

En ella luchaban varios sentimientos, no podía negar que uno de ellos era el miedo, intentaba decirse que era Stephen, pero en su cabeza, no podía imaginar otras manos que no fuesen las de... ese otro hombre.

Stephen se percató de la repentina rigidez de su esposa, la apretó contra su pecho abrazándola por detrás.

—Ayúdame a hacerte olvidar esa primera vez. Te mostraré cómo debió haber sido si tú me lo permites —le susurró al oído Stephen—. Si deseas que pare, lo haré.

—No, no lo hagas. Por favor. —Stephen la giró sobre sí mismo y la besó apasionadamente.

Sophia se dejó llevar por él intentando no pensar, no quería recordar nada solo sentir que era Stephen. Amparándose en la tenue oscuridad que había en la cabaña, Sophia se sintió un poco más «cómoda» al no poder ver ni ser vista, o eso creía ella.

Poco a poco y con caricias casi adoradoras la fue despojando de la ropa interior. No quería darle tiempo para pensar, él mismo sabía que se sentiría como un canalla después, porque se estaba portando egoístamente.

Había llevado la situación deliberadamente a un punto en el que ella le deseara, era consciente de que la había excitado y que, en ese punto, sería difícil para ella negarse. Sabía cómo tocar a una mujer y Sophia lo volvía literalmente loco de deseo, tanto que solo quería tenerla lo más próxima a él.

Había sido mucho tiempo de celibato y era hombre, no había planeado que sucediera así. Pero no había podido evitar mirar.

Sophia solo sentía sus caricias sobre su cuerpo, tan diferentes a las del aquel hombre... Stephen no dejaba de acariciarla lentamente, de besarla, parecía querer ocupar toda su mente y lo estaba consiguiendo.

Se formaba dentro de sí una marea de sentimientos difíciles de explicar, Stephen le susurraba palabras al oído, pero era incapaz de entenderlas, no podía escuchar nada más allá de su propio corazón latiendo frenéticamente, poco a poco fue perdiendo la timidez, agarrándose a la espalda de su marido fuertemente como si fuera a caerse de un precipicio.

Stephen estaba tan excitado que no pudo esperar más; se colocó en su entrada, y la penetró rápidamente, sintiendo como su esposa se quedaba rígida y quieta aguantando la respiración.

Sophia recordaba aquella vez con dolor y secretamente esperaba que ocurriera lo mismo, pero solo sintió una ligera incomodidad, ambos se quedaron quietos unos instantes.

—¿Te encuentras bien, mi amor? —susurró Stephen con la voz enronquecida por el deseo.

—No... No lo sé. —Stephen fue a apartarse, había sobrepasado los límites. Pero Sophia le detuvo—. No, es necesario.

Era necesario porque si no terminaba, nunca perdería el miedo y ella quería unirse a Stephen de la forma más íntima posible, quería ser suya, no de un hombre sin rostro que había destrozado su vida durante tanto tiempo.

A Stephen no le gustó que sonara como si fuera una obligación para ella, pero no era lo suficientemente fuerte para negarse ese placer, así que comenzó a moverse lentamente al principio y aumentando el ritmo progresivamente.

Sophia comenzó a sentir como la incomodidad daba paso a una ola de placer que no había conocido nunca. No sabría expresarlo con palabras, cuanto más fuerte se movía Stephen sobre ella, más placer sentía; parecía que iba escalando hacia algún lugar y de pronto llegó la caída, que la dejó temblorosa y jadeante, seguida por Stephen, que la abrazó contra su pecho mientras Sophia sollozaba de alegría. Gracias a Stephen había conocido cómo debía ser ese momento especial de pareja que a ella le habían robado y que abría una nueva puerta en su matrimonio.

Stephen la consolaba, sintiéndose el mayor cerdo de Inglaterra, pues no comprendía que el llanto de su esposa se debía a algo totalmente opuesto a lo que él imaginaba.

Capítulo 31

A la mañana siguiente, Sophia se despertó desorientada y miró a su alrededor sin recordar en qué lugar se encontraba, esa no era su cama y bajo las sábanas únicamente le cubría la fina camisola.

Cuando las imágenes de lo ocurrido volvieron a su mente sintió como comenzaba ruborizarse, sentía una ligera sensación de vergüenza, pero no se arrepentía de haberse entregado a Stephen, podía sentir aún las caricias de su marido sobre su piel y no sentía ningún tipo de repulsión.

Había sido tan bueno con ella y le había gustado tanto, aunque hubiera preferido despertar a su lado, y sin embargo no había rastro de él. ¿Dónde estaba?

Stephen se encontraba sentado en uno de los escalones de la entrada a la cabaña, mirando hacía el espeso bosque. Llevaba allí desde que Sophia se había quedado dormida en sus brazos después de que hubieran hecho el amor. Sentía que se había aprovechado de Sophia y, aunque no podía evitar sentirse como un miserable, le había encantado y estaba deseando reunirse con ella de nuevo, aunque sabía que no era posible. Creía que había echado a perder todo lo que había ganado en esos días.

Cuán diferente habría sido si aquello hubiera ocurrido la primera vez, sin embargo, ella jamás podría olvidarlo y él tampoco, porque siempre estaría sobre él la amenaza de que ella se enterara.

Escuchó la puerta abrirse a sus espaldas, pero no se giró, no podría soportar el rechazo de nuevo. Recordaba cómo era Sophia antes de casarse e imaginaba que, gracias a esa impaciencia que había mostrado, había roto la calma a la que habían conseguido llegar.

—Stephen —le llamó Sophia desde la puerta, sin salir del todo.

Él giró un poco la cabeza y la vio levemente vestida con la camisola, sintió que se le secaba la garganta.

—No deberías salir, podrías caer enferma —le dijo con la voz ronca.

—Tú también. ¿Por qué no entras conmigo? —preguntó ella inocentemente, comenzando a sentir frío y deseando que él la abrazara.

—Es mejor que me quede aquí —dijo con una risa amarga—. Lejos de ti.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó la chica con voz temblorosa.

—¿Contigo? —dijo él sin poder creer lo que oía. Se levantó y se colocó frente a ella.

—Puedo ser mejor, si tú quieres... —continuó ella haciendo que él se sintiera peor.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú eres perfecta.

—Pero estás disgustado por mi culpa.

—Claro que no, estoy molesto conmigo mismo, Sophia, me he aprovechado de ti como un miserable y tú... —Sophia puso su mano sobre los labios de su marido.

—Yo quería, deseaba estar contigo. Aún lo deseo, Stephen... Me he enamorado de ti —dijo sabiendo que era el momento de decirlo—. Y solo quiero estar contigo.

Ella le amaba. Era lo único que le importaba. Sophia le amaba y él la amaba a ella, apartó su culpabilidad y su pesar de su cabeza. La abrazó fuertemente contra su pecho y comenzó a besarla, mientras él mismo le confesaba su amor por ella.

La miró a los ojos y, por primera vez, no vio miedo, ni inseguridad, ni tristeza, únicamente había alegría, amor. Era feliz y saber la verdad solamente serviría para hacerla sufrir.

Por lo que se prometió a sí mismo que jamás se enteraría.

Amelia veía a su hermana demasiado decaída por lo que decidió salir con ella a comprarse un dulce y conseguir así que olvidara a su amigo imaginario. Verla tan triste le hizo plantearse la posibilidad de que, quizá, no fuera tan inventado; pero desechó esa idea inmediatamente al darse cuenta de lo inverosímil que resultaba la idea de un chico viviendo en el jardín de su casa durante semanas sin que nadie se percatara de ello.

—¿Has pensado de qué color quieres tu vestido de cumpleaños? —preguntó Melly a su hermana— Tenemos que comenzar a pensar cuáles de tus amigas podemos invitar, qué ofreceremos de comer...

—No quiero ninguna fiesta, Melly —la interrumpió Anne.

—¿Entonces qué quieres de regalo? —preguntó la mayor enarcando una ceja.

—Ver a Sophia —dijo Anne. Quería alejarse del lugar donde tanto tiempo había pasado con Jon y que ahora encontraba frío y triste.

—Pero Sophia está fuera de la ciudad y madre no va a querer, cielo —

contestó Amelia con cierto pesar ya que a ella misma le gustaría realizar esa visita.

—Aceptaré si el señor Rutterford nos invita —dijo Anne sorprendiendo a Amelia con su perspicacia. A su corta edad, ya se había dado cuenta de que su madre únicamente respondía a los llamados del dinero—. Podemos pedirle que nos invite.

—Es posible que no acepte. No te ilusiones demasiado, querida.

—Lady Amelia, qué placer volver a verla y ¿esta encantadora damita? —la saludó Robert Bradford situándose junto a su mesa.

Amelia sonrió automáticamente al escuchar su voz y al recordar la fiesta del día anterior, amenizada por la agradable compañía de Robert.

—Mi hermana, lady Anne. —La presentó y sonrió aún más cuando Robert saludó a su hermana besándole la mano y esta se ruborizó.

—¿Me permiten que las acompañe en su paseo? —les pidió el joven.

Anne miró a su hermana y está asintió. Cuando ambas se agarraron del brazo del caballero, sintió una sensación extraña a su espalda.

Amelia se giró automáticamente y se encontró con la fría mirada de William Pendleton que no había perdido de vista el intercambio de palabras. Este le hizo una burlona reverencia, y la chica se giró molesta para escuchar lo que contaba su acompañante.

Cuando Sophia y Stephen regresaron a la casa, eran todo sonrisas e iban agarrados, detalle que no pasó inadvertido para Marie, que simuló su malhumor ante la desaparición de los jóvenes durante toda la noche.

—Pero no te enfades, Marie —le pidió Stephen a su ama de llaves.

—Será mejor que os bañéis para la comida —dijo Marie suspirando.

La pareja subió las escaleras riendo, y únicamente se separaron cuando fueron a bañarse cada uno a su habitación.

Pasaron toda la tarde juntos frente a la chimenea. Sophia no quería que ese día terminara jamás, se encontraba con la cabeza sobre el regazo de su marido, hacia un buen rato que habían cenado y era la cuarta vez que Sophia bostezaba.

—Es hora de irse a la cama —dijo Stephen cogiéndola en brazos.

—Puedo caminar —se quejó Sophia. Aunque su marido no le hizo caso y subió las escaleras con ella en brazos.

Sophia se dio cuenta de que no la llevaba a su habitación.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Sophia.

—A nuestra habitación. No deseo continuar durmiendo solo —dijo Stephen—. Quiero que seas lo primero que vea al despertar y lo último al dormir. Ante esa respuesta Sophia no pudo hacer otra cosa que asentir.

Esa misma noche, en un bar de Londres...

—Vaya, vaya. Theresa... Cuánto tiempo —dijo Dorothy, sentándose junto a la silla de la otra mujer.

Ambas mujeres se conocían del tiempo en el que Theresa y Stephen mantenían su relación. Al igual que Dorothy con William. Nunca habían terminado de encajar entre ellas, pero ambas se habían encontrado en la misma situación, siendo la amante de un soltero rico, por ello se tenían algo de estima.

—No frecuentamos los mismos lugares —dijo Theresa con aire de superioridad.

Dorothy enarcó una ceja y miró a su alrededor con una sonrisa irónica.

—Yo creo que sí. Solo que tu nombre ahora lleva un título delante. Aunque no tan importante como el de la esposa de Stephen Rutterford —dijo Dorothy sabiendo donde atacar a la mujer.

—Recuerda que yo dejé a Stephen y se quedó hundido. No entiendo cómo teniendo de nuevo la posibilidad de regresar junto a mí, ha preferido arrimarse a esa niña esquelética y pálida.

—El sentido del honor en un hombre como Stephen está muy arraigado... —musitó Dorothy recordando retazos de antiguas conversaciones de cama con William.

«—Stephen es un hombre honorable que no hace esas cosas —musitó William pensando en voz alta.

—¿Qué cosas? —preguntó la mujer jugando con el cabello del duque.

—No puedes contárselo a nadie —la mujer asintió solemnemente— Hace unos días Theresa abandonó a Stephen por un barón mayor que ella. Se emborrachó y... abusó de una joven en Liberty Park...»

«—Necesito que tu criada descubra qué hace lady Sophia en un convento, no la recuerdo como a una chica deseosa de unirse a Dios —le pidió William entre besos...»

«—Frida me ha contado que escuchó como lady Mawsdley gritaba a su hija que era una mujerzuela por revolcarse en Liberty Park con un desconocido. Frida dice que lady Sophia es incapaz de algo así... Al parecer abusaron de ella

—le contó su criada días después.»

«—Planea casarse con ella y reparar su falta, aunque ella no lo sepa jamás. Y no debe saberlo de ningún modo, Dorothy.»

—¿Me estás escuchando? —preguntó Theresa harta de hablarle al aire.

Dorothy la miró, no simpatizaba mucho con aquella mujer, pero al menos ahora tenían algo en común. Las tontas hermanas Phillips. Sophia le había quitado a Theresa la posibilidad de recuperar a Stephen, y William únicamente la usaba como un cuerpo donde desahogarse mientras no perdía de vista las andanzas de la insulsa de Amelia.

—Creo que sé algo que te gustaría conocer sobre Stephen y lady Sophia.

—¿El qué? —preguntó Theresa.

Dorothy comenzó a hablar mientras en el rostro de la otra mujer comenzaba a dibujarse una sonrisa malévola.

Capítulo 32

Lady Mawsdley arrebató la carta que Amelia estaba escribiendo y la leyó rápidamente.

—No, no quiero que vayáis y ni se os ocurra desobedecerme —dijo Caroline fríamente.

Le había costado años alejar a Sophia de esa casa, y ahora esas dos tontas querían ir a verla. No quería deberle nada a Stephen Rutterford, lamentaba haberse emparentado con ese patán, pero era un mal menor por deshacerse de su hija.

—Pero madre... —dijo Anne.

—Nada, Sophia ya no es vuestra hermana, olvidaos de ella, porque no volveréis a verla.

Anne comenzó a llorar desconsoladamente.

—Quiero visitar a mi hermana.

—¡No volváis a hablar de ella! Haceros a la idea de que está muerta para todos nosotros, ¿entendido? —preguntó la mujer fuera de sí recordando aquellos años de vergüenza temiendo que sus amigas supieran que tenía una mujerzuela por hija—. Con todo lo que hago por vosotras...

Amelia abrazó a su hermana pequeña, mientras veía a su madre salir de la habitación dando un portazo.

—No quiero olvidarla a ella también —susurró Anne entrecortadamente.

—No lo harás, cielo. Yo me encargaré de ello.

Sin saber lo que vivían sus hermanas, los siguientes días pasaron como un sueño para Sophia. Dormía entre los brazos de su marido, pero también había otros momentos en los que no dormía, pensar en ellos hacía que se sintiera acalorada, aunque no avergonzada.

La imagen de aquel terrible recuerdo se había ido difuminando casi por completo.

Pero no podía ser feliz completamente sin saber de Amelia y de Annie, cómo estarían. Ellas seguían en manos de su madre, le costaba aceptarlo, pero era una mujer malvada y ellas no tenían a nadie que las defendiera. Melly era fuerte pero

igualmente dependía de su madre, y Richard nunca haría nada que pusiera a Caroline en contra suya.

Sintió los brazos de Stephen que la abrazaban por detrás.

—¿Qué piensas? —preguntó mientras le besaba el cuello—. Pareces preocupada.

—En Anne y en Amelia, me preocupan Stephen, aparte de aquella carta de William no sé nada de ellas y...

—Tranquila, enviaré una nota a William y él podrá contarme qué se sabe, ¿de acuerdo? —le ofreció Stephen para tranquilizarla. Pero lo cierto es que sabiendo lo que lady Mawsdley hizo con Sophia y ya que de él no recibía los ingresos que ella había esperado, era muy posible que las chicas fueran la futura fuente de financiación de la mujer.

—Sí, por favor —dijo con voz preocupada.

—Seguro que están perfectamente, no te preocupes. —Stephen la besó suavemente.

—De acuerdo. Pero envíala hoy mismo —insistió Sophia dejándose besar.

Stephen se rio y después le escribió la nota a su amigo.

Dos semanas más tarde...

La mujer gemía fuertemente mientras Richard Mawsdley la penetraba con desesperación.

Apretaba con fuerza los muslos de la mujer y mordía su cuello dejando pequeñas marcas mientras ambos alcanzaban un gran orgasmo que los dejó exhaustos, derramando el duque su semilla en el interior de la mujer.

Con una sonrisa y con la respiración todavía acelerada, la mujer se agachó hacia la entrepierna del conde y comenzó a limpiar el miembro del joven, cuando de pronto la puerta de la habitación se abrió de un fuerte empujón y un caballero grande y fuerte con un caro traje, entró en la habitación.

—¡Peter! —gritó la mujer. Después se levantó rápidamente y sin ropa alguna se acercó a este pidiendo perdón.

Peter Allestton, Marqués de Dorsey, apartó a la fulana de su esposa a un lado y se acercó rápidamente al conde desnudo que acaba de acostarse con su mujer en su cama y que, simplemente le miraba como si fuera un niño asustado.

Se echó sobre él y comenzó a asestarle puñetazos en la cara.

—¡Peter, por favor! ¡Lo vas a matar! —gritaba la mujer mientras intentaba

apartar a su marido de Richard.

De pronto, el marqués dejó de pegarle ocurriéndosele una idea mucho mejor. Matar a esa rata de esa forma le traería problemas, pero había otra forma de hacerlo...

Se apartó de él como si le diera asco, viendo como su esposa se acercaba a Richard preocupada.

—Quiero una satisfacción— musitó a Richard sin dejar de mirarle, con la respiración entrecortada—. Y tú vístete y lárgate de mi casa— le ordenó a su mujer.

Entonces el marqués salió de allí tan rápido como había entrado.

Capítulo 33

Lady Katherine Dawson, esposa del actual Conde Mawsdley, tumbó dulcemente a su hijo en la cuna después de varios minutos de intentar dormirlo, sonrió cariñosamente mientras acariciaba su pequeña mejilla con amor. Se parecía tanto a Richard... Ella había deseado secretamente que la llegada de Mark la acercara a su marido, pero no había ocurrido tal cosa. Richard se había deleitado por su hombría al haber conseguido engendrar un varón a la primera, aunque apenas tenía tiempo para él; ni siquiera le había cogido en brazos en casi dos meses de vida.

Richard entró a su casa por la puerta de atrás sin ser visto y subió las escaleras hasta la habitación de su madre.

Dio unos golpes en la puerta y escuchó la voz adormecida de su madre ordenándole que se fuera.

Sin hacer caso, abrió la puerta y entró.

—He dicho que no quiero ver a nadie —dijo lady Mawsdley más despierta.

—Soy yo, madre —contestó Richard con dificultad.

—¿Richard? ¿Se puede saber qué es tan importante que no puede esperar a mañana? —comenzó a decir la mujer, mientras su hijo encendía una vela y se la acercaba al rostro— ¡Dios mío! ¿¡Qué te ha ocurrido!?

—Estoy en problemas, madre...

Al día siguiente, Marie entró en el salón, mientras Stephen y Sophia desayunaban, con una carta de William.

Sophia miraba su desayuno con malestar, no podría comerlo, solo de pensarlo sentía que se le revolvía el estómago, así que aprovechó la distracción para apartar de sí el plato.

Stephen la miró con desaprobación, pero no dijo nada, cogió la carta y la leyó por encima, sonrió un poco por algunos de los comentarios de su amigo.

—¿Qué dice? —preguntó Sophia al borde de un ataque de nervios.

—Dice que las vio hace unos días, mientras paseaban y que están bien, paseaban del brazo del joven Bradford —dijo Stephen censurando los apelativos que empleaba William para describir al muchacho.

—¿No ha hablado con ellas? —preguntó sabiéndole a poco aquellas noticias.

—Supongo que no habrá encontrado la oportunidad, además no habría sido adecuado —dijo su marido intentado calmarla. No quería decirle que a William casi le salía salpullido al estar cerca de una dama casadera.

Sophia tenía muchísimas ganas de verlas, pero por el momento tendría que conformarse con las noticias que habían recibido de William.

Katherine iba de camino hacia su habitación, cuando al pasar por delante de la puerta de la habitación de Amelia, escuchó unos sollozos, se asomó un poco y vio a Anne llorando desconsoladamente sobre el regazo de su hermana mayor.

Ella nunca había tenido mucha relación con sus cuñadas, siempre se había sentido excluida por la edad que las diferenciaba. Pero, sobre todo, por lady Mawsdley, ella mantenía a sus hijas apartadas del resto de la familia, por eso habían formado entre ellas una unión a la que era muy complicada acceder.

Sin pensarlo mucho, entró en la habitación y cerró la puerta tras ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada sobresaltando a las hermanas.

—No, solo... —comenzó a decir Melly.

—Madre no nos deja mandarle una carta a Sophia —la interrumpió Anne sin parar de llorar amargamente—. Dice que ha muerto para nosotras.

Amelia tuvo que morderse la lengua para no regañar a su hermana; no terminaba de confiar en su cuñada. Si bien nunca había sido malvada con ellas, tampoco habían formado ningún tipo de amistad en los casi tres años que llevaba casada con su hermano.

—¿Cómo ha podido decir eso? —preguntó Katherine en voz alta sin darse cuenta— No llores más, cielo. Le escribiremos a Sophia y vuestra madre no se enterará, será como nuestro secreto, ¿sabes guardar un secreto?

Melly miró a Katherine por primera vez de verdad, siempre la había visto como una mujer muy guapa pero muy manejable. Siempre estaba a la sombra de Richard y de su madre, lady Mawsdley. Parecía no poder respirar sin que le dieran permiso para hacerlo. Era muy posible que se hubiera equivocado en su juicio con ella. Ojalá fuera el principio de una buena relación, porque estaban solas en una casa donde los aliados escaseaban.

Sophia estaba leyendo en el suelo del despacho frente a la chimenea encendida mientras Stephen revisaba sus libros de finanzas, aunque en realidad alzaba la mirada cada segundo para observarla a ella.

No se daba cuenta, pero cada vez que se concentraba en algo se mordía el labio inferior, como lo estaba haciendo en ese momento. Sophia no había vuelto a hablar del tema, sabía que no lo había olvidado, pero parecía dispuesta a pasar página.

Sin embargo, él no había podido hacerlo, no podía evitar desearla y hacerle el amor cada noche, pero cuando el calor de la pasión se apagaba y ella se dormía segura entre sus brazos, regresaban a él los gritos y el llanto de esa noche. Era difícil vivir con ello, pero era un precio más que soportable con tal de tenerla junto a él.

—Sophia —la llamó haciéndola sobresaltarse. Cuando se aseguró de que tenía su atención dijo—. Ven, quiero mostrarte algo.

—¿El qué? —preguntó levantándose y acercándose a él con una sonrisa.

Stephen la sentó sobre su regazo y le mostró las cuentas que un rato antes él mismo había estado revisando.

—No entiendo nada de lo que dice aquí —dijo Sophia confusa mientras miraba todos aquellos números.

—Te enseñaré a entenderlos —afirmó Stephen retirándole un mechón que se le había escapado del recogido.

—¿Para qué? Yo no lo aprenderé nunca.

—Claro que lo harás, no es tan complicado —dijo con una sonrisa viendo su cara de pánico—. Eres capaz de eso y más.

—¿Por qué...?

—Porque si algún día me sucede algo, tú serás la dueña de todo mi patrimonio. No deseo que te veas en apuros por confiar en un administrador ambicioso, quiero que sepas ocuparte de ti misma.

—Pero no te va a ocurrir nada, ¿verdad? —dijo Sophia preocupada abrazándole.

—No lo planeo a corto plazo, pero nadie tiene la vida comprada, Sophia, haz el intento. Aunque solo sea por complacerme y para que pueda hablar de mis problemas financieros con una esposa que los comprenda.

Sophia asintió sin dejar de abrazarle.

Capítulo 34

—¿Richard no cenará con nosotras? —preguntó Katherine que no había visto a su marido desde el día anterior, hecho que no era muy extraño.

—Ha tenido que salir urgentemente de la ciudad —dijo Caroline en tono cortante, queriendo terminar la conversación.

No pensaba decirle que Richard había tenido que salir de Londres por culpa de un marqués cornudo que no sabía controlar a su mujer. Su pobre hijo tan solo había cogido lo que se le había ofrecido. Sabía que Katherine no era muy dada a los chismes, había sido una esposa ejemplar, no podía negarlo, pero era demasiado insulsa. Apenas tenía carácter y si lo tenía, ya se había encargado ella de hacerlo desaparecer.

A su hijo siempre le había parecido aburrida, en una ocasión le había confesado que acostarse con ella era como hacerlo con una cría de yegua, y que ese básicamente había sido el propósito del matrimonio entre ellos.

La bonita rubia era fría como el hielo, algo común entre las damas de la alta sociedad. No tenían ni idea de cómo amarrar a un hombre. No como ella al menos.

Katherine sintió que su suegra algo le ocultaba, pero no indagaría más; al fin y al cabo, tampoco lloraría la ausencia de su marido.

Unos días después...

Katherine y sus cuñadas habían acercado sus posiciones, las tres pasaban más tiempo juntas y con el pequeño Mark. Se encontraban en el jardín charlando sobre banalidades, sentadas sobre una gruesa manta que estaba en el césped, cuando la criada personal de lady Katherine se acercó a ellas con un hombre a sus espaldas.

—Milady, él ha insistido y yo...

—Yo he insistido demasiado en hablar con usted. A solas —la interrumpió el hombre con voz ronca.

—No pasa nada, Cora. Acompañe a lady Amelia y lady Anne, llévense al bebé mientras atiende a lord Dorsey —ordenó levantándose del suelo.

Tanto Anne como la doncella la obedecieron sin decir nada.

—Katherine, ¿deseas que me quede aquí? —preguntó Amelia, que miraba al hombre con temor.

Su apariencia imponía mucho, era alto, muy alto y corpulento, su pelo era rubio y sus ojos marrones, sonreía, pero sus ojos estaban serios, casi parecían

molestos. Miró a su cuñada, tan delgada y mucho más pequeña, ¿cómo iba a dejarla sola con él? Lo había llamado *lord*, pero ella no lo había visto nunca... ¿de qué lo conocía ella?

—No, tranquila, no pasará nada. —La despidió ella. Así pues, Amelia siguió a la doncella y a su hermana pequeña, aunque no muy convencida.

—Bien. ¿En qué puedo ayudarle, milord? —preguntó Katherine intentando que no se notara su nerviosismo.

—¿Son necesarias las formalidades, Kat?

Sophia se encontró con el cartero en la puerta de la casa y recogió ella el correo, lo miró por encima y se sorprendió al encontrar una carta para ella misma.

La abrió rápidamente y empezó a leer:

«Querida Sophia:

Te escribo en nombre de tus hermanas, ambas se encuentran en perfecto estado de salud, pero bastante afligidas ya que se les ha prohibido cualquier forma de comunicación contigo. No quiero angustiarte, pero lo cierto es que ambas te extrañan mucho, deseaban visitarte, pero este placer también les fue negado por vuestra madre. Es lamentable, pero esa es la situación, esperamos tener pronto noticias tuyas, pero debes enviarme a mí la carta para que no sea interceptada, mientras tanto te prometo que cuidaré de ellas.

Atentamente, Katherine.»

Sophia tuvo que leer una vez más la carta para poder comprenderlo, sus hermanas estaban bien, pero su madre seguía castigándola a través de ellas.

Sintió como las lágrimas comenzaban a brotarle de los ojos. Amelia era más fuerte, pero Annie todavía era una niña, seguro que ella no podía comprenderlo. ¿Cómo podía ser Caroline tan cruel?

Comenzó a sentirse débil, la habitación le daba vueltas.

—Sophia, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien? —le preguntó Marie, pasándole un brazo por la cintura para que apoyara su peso en ella.

—No, creo que voy a... —No pudo terminar la frase porque se sumió en la oscuridad.

Sophia sentía un olor desagradable cerca de su nariz por lo que su primer acto reflejo fue apartarse.

Abrió los ojos y se encontró ante a ella a su marido, que parecía bastante preocupado.

—¿Sophia? ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Stephen con ansiedad.

—Ahora mucho mejor. Pero tengo sed —dijo Sophia intentando incorporarse, pero el brazo de su marido se lo prohibió.

—Te traeré un vaso de agua —dijo Marie saliendo de la habitación con paso apresurado.

—Debes permanecer tumbada, el médico ya viene camino — le avisó él.

—No hacía falta que molestaras al médico, me encuentro bien. Ha sido la impresión, por lo que me he desvanecido; he recibido una carta de Katherine y necesito ir a Londres; necesito ver a mis hermanas, por favor —le suplicó la muchacha.

—Solo si el médico da su visto bueno —consintió a regañadientes, pensando en que en Londres también se encontraba David Downey.

Marie tocó la puerta y tras ella entró un hombre regordete con el pelo blanco.

Le dio el vaso con agua a Sophia, mientras el médico abría su maletín.

—¿Nos pueden dejar a solas a la señora y a mí? —preguntó el hombre.

Stephen iba a negarse, pero Marie lo sacó de la habitación casi a rastras, Sophia sonrió nerviosa.

Stephen se paseaba por el pasillo frente a la puerta de la habitación como un león enjaulado, llevaban bastante rato ahí dentro, solo su ama de llaves, apostada frente a la puerta como un guardia suizo, evitaba que entrara.

—No entiendo la causa por la cual no puedo estar presente es mi esposa, Marie —se quejaba Stephen.

—Será más cómodo para ambos.

—No para Sophia, ella... — En ese momento se abrió la puerta y salió el médico, con el maletín en la mano—. ¿Qué le pasa a mi esposa?

—Está bien, solo debe comer adecuadamente, pero pase con ella, necesita decirle algo —dijo el médico mirando su reloj de bolsillo.

Stephen entró sin despedirse, parecería maleducado, pero quería saber qué ocurría.

—Stephen... —dijo Sophia sonriendo.

—¿Qué ocurre? El médico dice que quieres decirme algo, dilo —le increpó

rudamente paseándose ante la cama.

Sophia le miraba con una sonrisa deslumbrante, no podría ser algo malo, pero nunca se sabía.

—Estoy embarazada, Stephen —dijo viendo como él se frenaba de golpe en medio de la habitación y la miraba sin poder creerlo—. Vamos a tener un bebé.

Capítulo 35

Sophia miraba a Stephen que parecía haber palidecido, no podía deducir si estaba feliz por la noticia o no, pero ella se sentía maravillosamente contenta, lo único que podía completar esa felicidad era una reacción positiva por parte de él.

De pronto, pareció que Stephen volvía en sí y se acercó rápidamente a la cama abrazándola fuertemente contra su pecho.

—¿Estás contento? —preguntó la chica, ya que él aún no había pronunciado palabra.

—¿*Contento?*, esa palabra no puede describir lo que en estos instantes siento. Mi amor, ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo —dijo con voz ronca, separándose un poco y mirando maravillado el vientre, aún plano, de su mujer.

—Vamos a ser una familia —susurró Sophia sin poder creerlo.

Hacía varios años que había ansiado ese deseo, deseo que también había creído imposible y, sin embargo, gracias a Stephen ahora se haría realidad; le amaba tanto.

Stephen comenzó a darle pequeños besos en los labios mientras le repetía lo mucho que la amaba, a lo que Sophia respondía con idénticas palabras sin perder la sonrisa.

Esa misma noche...

Marie tampoco había podido dejar de sonreír desde que el médico le diera la noticia, se alegraba mucho por ellos. Stephen había estado muy solo y Sophia parecía haber sufrido demasiado en su vida. Ese bebé llevaría felicidad a la casa, las risas de un niño siempre alegran el corazón, incluso del más desdichado.

—Ahora debes comer mucho mejor, tienes que cuidarte —dijo Marie a Sophia sirviéndole una generosa ración de cordero.

—Tú y yo nos encargaremos de que así lo haga —intervino Stephen con una sonrisa.

—Prometo alimentarme bien, de verdad —contestó Sophia con una enorme sonrisa. Pero al recordar a sus hermanas la sonrisa se borró de su rostro.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? —preguntó Stephen seriamente.

—Mis hermanas, Stephen. No puedo ser completamente feliz si ellas están sufriendo.

—No creo que viajar sea lo indicado— intentó decir Marie.

—Le pregunté al médico, y dijo que no había problema, siempre que no fuera a caballo. Puedo viajar en carruaje perfectamente, además Londres solo está a

dos horas de aquí —la interrumpió Sophia—. Prometo cuidarme, pero por favor, Stephen, necesito verlas y saber de ellas.

—No te separarás de mi ni un segundo —dijo Stephen mientras ella asentía. No quería que ni Downey ni su madre tuvieran posibilidades de acercarse a ella—. Saldremos mañana al mediodía.

Sophia sonrió y se levantó para besar a Stephen.

Katherine se acostó aquella noche sin cenar, no podría comer nada después de la visita de aquella tarde, había estado muy tranquila hasta entonces, pero Peter había tenido que regresar a su vida, no podía quitarse de la cabeza la conversación que habían mantenido.

«— ¿Son necesarias las formalidades, Kat?

—Yo prefiero las formalidades, milord, sobre todo cuando ambos somos personas casadas —dijo Katherine manteniendo la compostura aparentemente; aunque sabía que Peter la conocía lo suficiente como para saber que no estaba nada tranquila.

—Como quieras, Kat. He venido porque no quería que te enteraras por otra gente. Voy a retar a duelo a tu marido y voy a matarlo. Sabes que puedo a hacerlo —le comunicó sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿¡Co-cómo? —preguntó ella sin poder creerlo— ¿Cómo puedes decirme algo así y quedarte tan tranquilo!?

—¡Es el amante de mi esposa! —le gritó con furia por la rabia.

—¿Qué tiene esa mujer? —preguntó con dolor Katherine sin querer seguir hablando con él—. No quiero que lo mates. Es mi marido y el padre de mi hijo.

—Nos han convertido en la burla de todo Londres, ¿no te das cuenta? —dijo él obligándola a mirarle.

—Mi deber como esposa es mirar hacia otro lado. No es lo mismo cuando quedas como el imbécil, ¿verdad? Sin embargo, no lo pensaste mucho cuando me hiciste a mi algo parecido.»

No quería que Peter Dorsey regresara a su vida, deseaba enterrar esa parte de su pasado y no pensar mucho en él. Sin embargo, parecía condenada a repetirse de nuevo la historia. Y nuevamente con esa «señora» como principal culpable del hundimiento de su matrimonio.

Al día siguiente...

Lady Amelia estaba en un puesto de flores esperando a que le entregaran el ramo de rosas que había encargado, cuando un niño junto a ella le llamó la atención.

—Milady, un hombre me ha encargado que le dé esto —dijo dándole un papel.

Amelia vio al niño alejarse y abrió el papel sospechando que en su interior habría alguna broma de algún muchacho.

«Tengo noticias sobre Sophia, te espero en quince minutos en mi casa. William.»

¿Sería verdad? Sophia no había respondido a la carta de Katherine; tal vez, había pensado en comunicarse mejor por vía de William, al fin y al cabo, su hermana no sabía que la relación que mantenía con el duque era pesimamente nula.

No podía dejar de ir, así fuera una mentira, tenía que averiguarlo, necesitaba saber de su hermana.

Fue a casa de William a paso ligero con la doncella pisándole los talones.

Cuando llegó a la casa del duque llamó apresuradamente, le abrió el mayordomo y sin hacerla esperar la hizo pasar hacia la sala de estar, donde no solo estaba William como ella esperaba, sino que había dos personas más.

Primero vio al hombre y seguidamente se fijó en la mujer que había junto a él que le sonreía.

—Sophia —musitó al borde de las lágrimas acercándose a ella para abrazarla.

Ambas mujeres estuvieron varios minutos abrazándose sin dejar de llorar, por lo que, para darles un poco más de intimidad, los hombres abandonaron la sala.

—¿Estás bien? ¿Y Anne? Por favor necesito saberlo —preguntó Sophia cuando se hubieron calmado y se encontraban sentadas en el sofá.

—Sí, estamos bien. Anne está un poco melancólica, hace unos días descubrí que tenía un amigo imaginario, pero creo que he solucionado ese problema. Madre tuvo muy poca delicadeza al hablar con ella, por eso Katherine envió la carta —le contó Amelia a su hermana—. Pero cuéntame, ¿cómo te va a ti?

Sophia comenzó a relatarle todo lo que había ocurrido desde que se habían marchado de Londres hacía unos meses.

—Amo tanto a Stephen, Melly. Además, pronto serás... de nuevo tía —confesó Sophia con una pequeña sonrisa sonrojándose.

—¿¡De verdad!? Pero... ¡Dios mío, no me lo puedo creer! —dijo Amelia sonriendo y abrazando a su hermana— ¿Pero te encuentras bien? Porque no lo

pareces, iré a por un té, estás demasiado pálida —dijo Melly levantándose para buscar una doncella.

—No, Melly no es necesario.

Pero su hermana no le hizo caso y salió en busca de una criada.

—¿Entonces no quieres una copa? Se pueden pasar horas hablando —dijo William sirviéndose una generosa copa de coñac.

—No, gracias. Y tú tampoco deberías beber —dijo Stephen observando cómo su amigo se veía la copa de trago y se servía otra.

—No soy un niño, Stephen. Además, deberías olvidar aquello, ella lo ha hecho, vais a ser padres, es innegable que lo ha superado —dijo William encogiéndose de hombros.

—Eso no se supera nunca.

—¿Y no sería mejor contárselo?

—¿Cómo se cuenta algo así? «*Sophia, mi amor, yo fui el hombre que abusó de ti en Liberty Park hace más de dos años y..*».

En ese momento escucharon algo romperse; ambos miraron a la puerta entreabierta preocupados, donde una pálida Amelia no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Usted... abusó... de mi hermana? —preguntó ella con dificultad mirando a Stephen sin poder creerlo, luego miró a William acusadora y dijo—. Y usted lo sabía.

Capítulo 36

Amelia no podía creerlo, miraba a ambos hombres alternativamente intentando asimilar aquello, no podía creer lo que había oído. Miró a William que fue incapaz de mantenerle la mirada.

«*Sophia debe saberlo*» fue lo primero que se le vino a la cabeza.

—Lady Amelia, por favor, debe escucharme. —Empezó a decir Stephen.

Stephen había destruido la vida de su hermana aquella noche, Sophia había sufrido tanto después de ese hecho, que la simple idea de poner cara a ese hombre y que esa cara fuera precisamente la de Stephen Rutterford sería doblemente doloroso para ella. Pero debía saberlo, merecía conocer la verdad, se negaba a que su hermana viviera en una mentira y menos sería participe de ella.

—No quiero oír nada, usted arruinó la vida de mi hermana y ella tiene que saberlo —dijo la chica girándose hacia la puerta dispuesta hablar con Sophia.

—Amelia, no puedes hacer eso —dijo William interceptándola mientras la agarraba del brazo.

—¿A no? Y no me toque —dijo la chica dándole un manotazo—. Ambos son unos miserables y se han estado riendo de nosotras, pero se terminó.

William se apartó de ella como si le hubiera dado un golpe. Ella no entendía que Stephen era su amigo, no podía traicionarle.

—Amelia, por favor, nadie se arrepiente más que yo de aquello. Sé que no me merezco que me escuche y entiendo que me odie, pero no puede decirle nada a su hermana, al menos no ahora —dijo Stephen. Si Amelia hablaba con Sophia se terminaría su matrimonio y no querría saber nada de él, no podía permitirlo.

—¿A usted le importó ella cuando le hizo eso? —preguntó ella sarcásticamente.

—Nunca he podido olvidarlo. Todos los días me despierto con el miedo de que ella se entere, y me abandone. Sé que ahora no puede creerme, pero yo la amo y no hay día en el que no me maldiga por aquella noche, pero no puedo hacer nada para cambiarla. Yo me casé con ella para hacerla feliz —susurró Stephen ante la atenta mirada de Amelia.

Recordó a su hermana, le había contado que amaba a Stephen, que era feliz con él, pero no sabía la verdad, ¿era mejor que no la supiera nunca?

—Además Sophia está embarazada, Amelia, ¿no crees que ya ha sufrido suficiente? —dijo William intentado ayudar a su amigo.

Ambos vieron la duda en la chica, Amelia había estado segura de hablar con

su hermana, pero ahora no lo estaba tanto. Sophia iba a ser madre, como siempre había querido, y con un hombre al que quería, parecía haber conseguido superar esa etapa de su vida.

—Muy bien, no diré nada —dijo la muchacha aún dudosa, pero añadió—. Por ahora.

Stephen respiró más tranquilo, pero no todo estaba ganado, había conseguido un aplazamiento, pero no indefinido, en cualquier momento Amelia podría hablar y debía prepararse para eso.

Pasaron la siguiente hora tomando el té, Amelia veía a su hermana junto a Stephen que estaba tan tranquila, ¿por qué tenía que haber sido él? ¿Y por qué tenía que haberse enterado? Hubiera deseado no tener que conocer esa verdad nunca. Y lo peor para ella es que William lo había sabido siempre.

Se negaba a mirar en dirección a William, no podría perdonarle nunca que fuera participe de esa canallada. En cierto modo, podía entender el silencio de Stephen, pero no el de su amigo, así que se dedicó a observar al marido de su hermana.

Stephen merecía sufrir, pero no Sophia, hablar le haría daño a ella, y estaba su bebé.

Notaba como Stephen no la perdía de vista, por primera vez pudo ver el tormento que había en sus ojos, supo instintivamente que decía la verdad cuando declaraba su amor por Sophia. Entonces entendió que él estaba siendo castigado, vivía con el miedo a que su hermana se enterara y esa sería su condena.

Después de ver a su hermana, Sophia se sentía mucho más tranquila. Sabía que ambas se encontraban bien, hubiera querido ver a Anne, aunque sabía que eso era más difícil. Creía a su hermana cuando le dijo que todo estaba bien; pero no se sentiría tranquila del todo hasta verlo por sí misma. También le hubiera gustado conocer a su sobrino, Amelia había dicho que el pequeño Mark se parecía mucho a su hermano, debía ser paciente con sus deseos.

Terminó de prepararse para ir a dormir, miró a Stephen a través del espejo que ya se encontraba acostado en la cama leyendo un libro. Había estado muy extraño después de la visita de Amelia, ella pensaba que era debido a que a su marido no le gustaba nada la ciudad, pero parecía más grave que eso.

—¿Stephen? —le llamó levantándose del tocador y acercándose a la cama mientras él alzaba la mirada— ¿Ocurre algo?

—No, ¿por qué? —preguntó Stephen dejando el libro sobre la mesita y

rodeándola con los brazos cuando se hubo metido en la cama.

—Estas muy extraño desde está tarde. Como perdido en tus pensamientos —contestó Sophia apoyando la cabeza sobre el hombro de su marido.

—No me gusta la ciudad, me siento incómodo, como fuera de mi territorio, es solo eso —se excusó Stephen—. Hay demasiada gente, y a mí me gusta tenerte solo para mí. —terminó besándola.

Acarició el abdomen de su esposa deteniéndose sobre su vientre, perdería tanto si ella se enteraba, no solo a ella sino a su hijo también. Stephen suspiró. Sophia malinterpretando su gesto dijo:

—A mí también me preocupa, no sé si seré una buena madre, no he tenido un buen referente con la mía y temo convertirme en alguien como ella. Pero tú no lo permitirías, ¿verdad?

—Serás la mejor madre del mundo, nunca serías como la tuya, Sophia, a nuestra hija nunca le faltará cariño.

—¿Hija? ¿No deseas tener un varón? —preguntó Sophia confusa, todos los hombres deseaban un hijo varón que continuara con el apellido.

—No tengo ningún título que dejar en herencia, y aunque lo tuviera no me importaría. Quiero una niña de ojos verdes que se parezca a su madre y consentiros a ambas —musitó Stephen besándola—. Pero si es un niño tampoco me importa, solo quiero que nazca sano.

Sophia sonrió sintiéndose la mujer más feliz del mundo. Stephen era tan diferente a todos los hombres, era tan especial, junto a él se sentía capaz de hacer cualquier cosa.

—Eres un hombre sorprendente, Stephen Rutterford —susurró Sophia—. Y te amo tanto que, a veces, siento que no te merezco. No sé cómo devolverte todo lo que has hecho por mí.

—Nunca digas eso, soy yo el que no te merece Sophia, yo solo quiero tu amor y que nunca me abandones.

—Eso ya lo tienes —dijo Sophia sin comprender porqué Stephen parecía no confiar en sus sentimientos.

Le besó y se tumbó junto a él, durmiéndose enseguida.

Cuando entraron los primeros rayos de sol, Stephen aún permanecía despierto.

Amelia entró a la mañana siguiente a la habitación de Anne, mientras esta jugaba con algunas de sus muñecas.

Cerró la puerta tras ella y se sentó en el suelo junto a su hermana pequeña.

—Annie, ¿sabes a quién vi ayer? —le preguntó a la niña que negaba con la cabeza—. A Sophia —musitó en voz baja.

—¿Dónde? Yo también quiero ir a verla, Melly, llévame —suplicó la niña.

—No puedo, cielo. Si madre llegara a enterarse no sabemos que sería capaz de hacer, por ahora es mejor no hacer nada, pero te prometo que pronto la verás. —Intentó convencerla la mayor mientras la niña hacía un mohín.

—Es injusto, también es mi hermana y quiero verla —se quejó Anne levantándose y paseándose por la habitación.

—Sé que es injusto, pero tienes que ser paciente. Ella también quiere verte, cielo, además Sophia me contó que también va a ser mamá —le contó Amelia intentando calmarla.

—¿Sí? —preguntó Anne sonriendo un poco—. Ojalá sea niña, así podría jugar con ella, ¿verdad?

Amelia asintió sonriendo.

Anne se sentía un poco más feliz, quería pensar en cosas bonitas porque, aunque intentaba olvidarle como le había dicho su hermana, Jon seguía presente para ella. Le entristecía que le hubieran atrapado o, quizá, incluso estaba muerto. Y lo que más le angustiaba era saber que ella jamás sabría que había sido de él.

Katherine dejó a su hijo con Cora y fue a casa de Peter. Creía, estúpidamente, que le encontraría allí, no pensó que él se habría ido y que su esposa estaría aún allí, por lo que, al encontrarse con ella, se arrepintió de haber sido tan impulsiva.

Onella Fairfax, era una irlandesa pelirroja, de piel clara y ojos marrones, con generosas curvas que utilizaba para enloquecer al sexo masculino. Durante años había mirado su reflejo en un espejo sintiéndose en clara desventaja frente a la exuberante mujer. Solo la había visto una vez, y había deseado no tener que volver a verla, porque le recordaba una etapa de su vida demasiado dolorosa, pero había vuelto a aparecer.

—Buenas tardes —la saludó la mujer con una sonrisa de superioridad—. No esperaba su visita, milady.

—No deseo hablar con usted, ¿dónde está Peter? —preguntó intentando mantener la calma.

—¿Ya se ha enterado de nuestro distanciamiento? ¿Tan desesperada está por casarse que viene a buscarle? —preguntó desdeñosa.

«Ella no sabe que soy la esposa Richard.» pensó Katherine sin poder creerlo,

pero era normal, Richard y ella apenas aparecían en público.

—En realidad, quiero evitar que mate a mi marido. Por su culpa —dijo con voz fría.

—¿Eres la esposa de Richard? —preguntó mirándola de arriba abajo. Por una vez había borrado la sonrisa de superioridad de la cara de esa mujer.

Capítulo 37

Katherine se sintió un poco mejor después de ver la estupefacción en el rostro de la otra mujer, esa era su pequeña venganza, pero había hecho realidad su deseo de hacerla callar.

—Parece que estamos condenadas a compartir un hombre —musitó Onella, ya sin sonreír—. Aunque usted siempre queda en un segundo plano.

—Prefiero ser una mera espectadora, siempre que Dios le dé su merecido a mujeres como usted. Buenas tardes —dijo Katherine, girándose para marcharse. Había sido una estupidez ir allí.

—Peter no le hará caso, me ama tanto que no puede soportar la idea de perderme —le gritó desde la puerta la pelirroja, pero no consiguió que Katherine le dirigiera de nuevo la mirada.

Amelia no podía quitarse de la cabeza las palabras de Stephen, antes hubiera jurado que se trataba de un buen hombre, ahora no estaba tan segura, todo era muy confuso. Stephen había hecho una crueldad, pero había intentado reparar el daño, se había casado con Sophia y la amaba, eso no podía obviarlo tampoco.

Era un hombre atormentado, pero Dios había decidido que escuchara la conversación de William y Stephen ¿para qué? ¿para destruir la felicidad que tanto le había costado conseguir a su hermana? Porque no podría hacerlo, había visto a su hermana sonreír como hacía años no lo hacía. Vivía engañada, sí, pero era más feliz que sabiendo la verdad, por lo que se prometió guardar silencio también.

—Hay veces que una mentira es mejor que decir la verdad —dijo mirando hacia el crucifijo que tenía sobre la cama.

Miró por la ventana y no vio a Anne jugar con sus muñecas en el jardín, frunció el ceño, enseguida pensó en buscarla a la casa del jardinero, quizá había ido a buscar a su «amigo»

Entró en la cabaña y sintió un ligero picor en la nariz, había motitas de polvo en el aire, miró a su alrededor preocupada, parecía que la casa se caería en cualquier momento. Se tenía que encargar de pedirle a su hermana que no volviera allí nunca más, y de paso, le diría a Bertha que mandara cerrar la puerta con un cerrojo, pensó caminando con cuidado hacia la única habitación que

había.

Miró por encima del cuarto, donde solo había una cama de hierro con un colchón muy desgastado, iba a marcharse cuando algo rojo llamó su atención.

Se adentró en la habitación y cogió lo que resultó ser un pañuelo manchado de sangre con las iniciales de Anne bordadas.

Hacía tiempo que ella no se había caído, no al menos como para sangrar de esa forma, si así hubiera sido ella se habría enterado, además que ese pañuelo tenía apenas unos meses comprado.

«—Eso dice Jon también —dijo la niña sin querer.

—¿Quién es Jon, Annie? —preguntó Melly con voz seria obligando a su hermana a mirarla.

—Un amigo, vive en el jardín —dijo Annie, queriendo compartir su secreto con su hermana mayor.

—¿En el jardín? ¿Es con él con quien juegas por las tardes? —preguntó Amelia sintiéndose un poco culpable. Había dejado a su pequeña hermana tan desatendida que se había inventado un amigo.

—Sí, pero quiere marcharse, dice que tiene que irse lejos —continuó la niña, Amelia sonrió comprensiva, la pequeña intentaba llamar su atención...»

—Era real... —susurró llevándose una mano a la boca. ¿Con quién había estado su hermana durante horas en los últimos meses?

—Podrías salir a pasear conmigo. Hace días que no salgo —se quejó Charlotte desde el sillón del salón, viendo como su marido se servía una copa de whisky.

—¿Ya has olvidado lo que dijo el médico? —dijo David en tono aburrido.

Hacía varias semanas que el médico y la partera habían recomendado a Charlotte no moverse de la cama. Había un serio riesgo de que perdiera al bebé y, aunque era algo que a David no le importaba mucho, Charlotte no quería que sucediera, no tendría oportunidad de quedarse embarazada de nuevo si ocurría lo que David quería.

¿Cómo podía mostrarse tan indiferente ante su próxima paternidad?

—¿No te importamos nada? —preguntó Charlotte maldiciendo su voz temblorosa, aunque David no se había percatado de ello.

—Ambos sois dos piedras atadas a mi cuello —dijo fríamente saliendo de la estancia.

Siempre había temido quedar solterona, sus hermanas acaparaban la atención,

incluso Annie la llamaba con sus monerías de niña pequeña. Había aprovechado que internaron a Sophia en un convento para convencer a su madre de que hablara con la madre de David y así poder casarse con él. Su madre siempre había querido emparentarse con la familia de él. Aunque nunca entendió porqué David aceptó, sobre todo cuando quedó patente que la aborrecía desde la primera noche.

Era tan desdichada, que sin pensarlo cambiaría su vida actual por un convento. Miró su abultado vientre, David decía que podía no estar embarazada porque estaba igual de gorda, pero ella sentía ese pequeño ser dentro de ella y lo quería, nadie la había querido nunca, aunque bien es cierto que ella tampoco se lo había ganado. Pero esa criatura era suya y la querría con toda su alma.

La única persona que lo haría.

Sophia miraba atentamente los números que le mostraba Stephen intentando comprender los ingresos que generaban los negocios que tenía su marido, deduciendo los gastos de las casas que poseía, era demasiado complicado y así se lo hizo saber a Stephen.

—Lo comprendo, querida, pero necesito que lo sepas, sobre todo ahora. No puedo dejarte en manos de algún incompetente, nadie vigila sus intereses mejor que uno mismo, Sophia.

—Pongo todo de mi parte —dijo ella haciendo un mohín.

—No lo suficiente, te rindes con facilidad. Sé que no es fácil, y tú no eres tonta; si prestas atención lo comprenderás —dijo Stephen sonriendo pacientemente—. Revisa este libro durante una hora más, yo tengo que ir a ver a William.

—Pero no vas a tardar, ¿verdad? —preguntó Sophia, que ya pronosticaba pasar horas delante de ese libro sin comprender nada hasta que Stephen regresara.

—Solo voy a leer unos contratos que tenemos en común, no tardaré —le prometió dándole un beso en la frente—. Mientras continúa tú.

—Me recuerdas a mi institutriz —dijo sonriendo Sophia.

—Puedo comportarme como una si quiere, señorita —Se burló en tono remilgado.

Stephen se rio y se marchó poco después con William.

Sophia miraba los libros y los números comenzaron a bailar ante sus ojos.

—Le traigo un chocolate y unas pastas, señora —dijo Olivia colocando la

bandeja junto a ella.

—Muchas gracias, no me había dado cuenta del hambre que tenía —dijo Sophia tomando una pasta.

—Ahora debe tener más cuidado, señora —la regañó dulcemente Olivia.

Habían cambiado tanto las cosas desde que se marcharon esa terrible noche, no había podido dejar de recordar las lágrimas de la señora y la ira del señor Rutterford, aquella noche parecía poseído por el mismísimo demonio. ¿Qué habría sucedido? A simple vista parecía todo solucionado y ella no era nadie para preguntar, simplemente se alegraba de que hubiera sucedido.

Sophia se estiró un poco hacia atrás en la silla, era bastante incómoda la postura que había adoptado. Terminó de tomarse el chocolate y pensó en hacer algunas cuentas en un papel en sucio para practicar, seguro que haciendo eso Stephen se sentiría muy orgulloso de ella, por eso quería aprender también, porque quería ser la esposa que él merecía y aquel era el camino.

Segura de que Stephen tendría papel en su escritorio, se levantó y fue hacia este, pero sobre él no había nada parecido a papel donde poder escribir, quizá en el cajón encontraría algo. Estaba segura de que Stephen no se molestaría por mirar entre sus cosas, él quería que tuviera confianza y anduviera por la casa sintiéndola suya también.

Abrió el cajón y buscó dentro de él, no encontró papel, pero sí otro objeto que le llamó la atención.

¿Por qué Stephen tendría un pañuelo femenino en su escritorio? Lo abrió. De pronto cayó algo en el escritorio, cogió el objeto y lo reconoció con un escalofrío. Observó el pañuelo y sintió como perdía el aliento al ver de lo que se trataba.

Capítulo 38

Stephen llegó a su casa unas horas después, William le había entretenido demasiado, estaba deseando llegar para poder estar junto a su esposa, incluso mirarla dormir se le antojaba entretenido.

Últimamente, se sorprendía a sí mismo con esos pensamientos, ya que antes nunca se habría imaginado sintiéndose así con una mujer, ni siquiera Theresa le había despertado esas ansias de estar junto a ella, solo Sophia; pero claro, ella era única.

Al entrar en la casa sintió el ambiente diferente, era extraño. Aunque enseguida se le quitó esa idea de la cabeza cuando apareció Sophia por la puerta del salón.

Stephen se acercó a ella para besarla, pero Sophia se apartó de él; la miró con extrañeza, hacía ya un tiempo que ella no se había apartado de él así.

—Te esperaba para cenar —dijo ella casi sin aliento.

—¿Ocurre algo? —preguntó enarcando una ceja.

—No, por supuesto que no. Solo me duele la cabeza, estoy cansada —suspiró ella sin mirarle.

La observó atentamente, estaba igual y a la vez diferente, pero no sabía qué era.

—Olivia ha preparado una cena muy especial, pero se va a enfriar si no la tomamos pronto —musitó Sophia con una sonrisa tan falsa, que se preguntó si de verdad Stephen no sospechaba nada.

—Muy bien —dijo él sin dejar de mirarla.

Al entrar en el salón buscó su plato en el sitio que generalmente ella ocupaba, que era junto a él, pero esta vez su puesto estaba colocado en el otro lado de la larga mesa.

—¿Qué significa esto, Sophia? —preguntó de nuevo con voz ronca, sin querer que la idea de lo que algo ocurría germinara en su mente.

—Nada, está noche deseo cenar y verte de frente, mirarte a los ojos —dijo ella encogiéndose de hombros restándole importancia.

Stephen decidió seguirle la corriente y ver en qué desembocaba todo aquello, por lo que ocupó su lugar y la vio tomar el suyo mientras Olivia comenzaba a servir la sopa.

—¿Qué sentiste la primera vez que me viste? —preguntó la chica de pronto apretando tanto la cuchara que creía que la doblaría.

Mantener una falsa apariencia de tranquilidad era muy difícil, sobre todo cuando en su interior gritaba de dolor, de rabia y de desesperación.

—Curiosidad, apareciste vestida con tu hábito blanco, pidiendo piedad por tu hermano —dijo Stephen intentando comprender qué significaba aquello.

—Debió ser un shock para ti. Pero me refiero a la anterior vez. —aclaró Sophia viendo como Stephen daba un respingo dejando el cubierto sobre la mesa.

La miró a los ojos y vio muchos sentimientos en ellos, pero ninguno parecido a los que había antes de esa tarde.

Ya no podía negárselo, las pruebas estaban ahí, Sophia sabía algo. Su actitud no era la única prueba, pero ¿por qué parecía tan tranquila? Ambos se miraban retándose a ver quién apartaría la mirada primero.

Él sabía que lo sabía, o al menos lo imaginaba.

—¿Te gustan mis pendientes? —preguntó Sophia mientras le temblaba levemente la voz—. Hacía tiempo que no podía ponérmelos, porque perdí uno de ellos, de haber sabido que lo tenías tú te lo habría pedido.

—Sophia, tenemos que hablar —dijo Stephen levantándose de su silla.

—¿Y mi vestido? No es igual que el otro, pero... No terminó muy bien después de esa noche. Yo no terminé muy bien esa noche —sentenció lanzando el pañuelo al centro de la mesa.

Sophia había encontrado su pañuelo junto con el pendiente que había dentro de él. Stephen había guardado ambos objetos con mucho recelo, pero después de volverla a ver había olvidado que los seguía teniendo. Ambas cosas lo habían acompañado durante esos años recordándole lo que había hecho, y ahora Sophia los había encontrado. Había intentado que nadie dijera nada y al final, había sido él mismo el que había cavado su propia desgracia.

—No te acerques más —musitó Sophia con voz temblorosa— No quiero que me toques, no podría soportarlo.

Stephen sintió que algo se congelaba dentro de él, sus peores presentimientos se estaban cumpliendo, todo se desmoronaba y no sabía qué hacer.

—Sé quién eres... Quien eres de verdad... para mí —susurró aún sin mirarle.

Si le miraba comenzaría a llorar, sentía que había jugado con ella. Cuando había encontrado ambos objetos había deseado que fuera un error, pero le había bastado verle la cara para saber que era culpable, y así el último rescoldo de esperanza se había desvanecido. Stephen era «él»; ese hombre sin rostro tenía al fin uno, y era el peor de todos. Había dejado que él volviera a tocarla pensando que sus caricias la curaban, pero la mancillaban más.

Había pasado días y noches sintiéndose la peor de las mujeres por no ser virgen y sin saber cómo decir la verdad, mientras él la conocía e incluso era el

culpable de su desgracia. Había vivido años encerrada en un convento por su culpa, su madre la odiaba por su culpa, era una vergüenza... Por su culpa.

—Sophia, tienes que dejar que te explique.

—¿Hacen falta explicaciones? Abusaste de mí, me forzaste, has jugado conmigo todo el tiempo —dijo Sophia duramente levantándose y enfrentándose a él—. Tuviste el descaro de concederme tu perdón, cuando fuiste tú el causante de mi desgracia, de mi dolor. No te haces una idea de cuánto te odio en estos momentos.

Sophia sentía que algo se había roto dentro de ella, no era capaz de gritar, se sentía vacía, sin vida. Como aquella noche.

—Tienes razón, cualquier cosa que digas me la merezco, pero yo... Te amo, Sophia —dijo Stephen queriendo acercarse a ella, pero a cada intento que hacía solo conseguía que ella se alejara aún más.

—¿Amor? ¿Tú acaso sabes lo que es eso? Eres un animal, Stephen. Un asqueroso animal que solo sigue sus impulsos... viciosos. Lo lamento, pero yo no soy ninguna mujerzuela, consuélate con otra porque, mi hijo y yo, nos marchamos de aquí ahora mismo —dijo la chica con voz ronca por las lágrimas que se negaba a dejar brotar.

—También es mi hijo, Sophia. No puedo permitir que te marches, tienes que tranquilizarte y escucharme —dijo alargando la mano para tocarla, necesitaba hacerlo, pero se sintió desolado cuando ella se apartó bruscamente.

—¿No entiendes que no quiero verte? Tu simple presencia ahora mismo solo me produce asco, pensar en tus caricias me provoca escalofríos. Prefiero dormir en la calle a estar una noche más bajo tu techo —dijo la joven, queriendo infligirle algo del dolor que ella sentía.

—No puedes marcharte sola, estás embarazada, Sophia. Me odias y no te faltan razones, pero sé que no quieres hacer daño a nuestro hijo —Stephen intentaba que entrara en razón, temía por su salud, por la del bebé. Se sentía impotente porque sabía que ella sufría, pero no podía hacer nada para solucionarlo.

—Me arrodillaré ante mi madre si es preciso, pero me voy y no deseo verte nunca más —sentenció Sophia sintiendo como se le rompía el corazón; porque, aunque no quería, seguía amándolo y sentía que nunca dejaría de hacerlo, pero nunca podría perdonar algo así.

Sophia llamó a la gran puerta de la casa de su madre, no había querido traer

nada, aunque tampoco habría podido. Stephen había intentado hacerla recapacitar, pero no habría podido quedarse en esa casa ni una noche más. Al final parecía haberse dado por vencido, pero sabía que solo le estaba otorgando unos momentos a solas. Sabía que llegaría el momento en el que él iría por ella y no podría resistirse. Porque al fin y al cabo era su marido. Aun así, el cochero le había hecho caso y la había llevado a casa de su madre, sabía que allí no encontraría mucho cariño, pero tampoco tenía otro lugar al que ir.

Bertha abrió la puerta y la miró sorprendida.

—¿Dónde está mi madre, Bertha? —preguntó Sophia entrando en la casa después de saludar.

—En el salón, terminando de cenar junto a tus hermanas y lady Katherine — le informó, sin poder impedir que Sophia entrara en el salón.

Caroline, se iba a llevar un pedazo de pastel a la boca cuando su hija entró por las puertas, hubiera deseado no verla nunca más, pero ahí estaba de nuevo.

—Soph... — comenzó a decir Anne que se vio interrumpida por la fría voz de su madre.

—¿Qué haces aquí a tan altas horas de la noche? ¿No tienes ningún sentido del decoro, Sophia? —dijo fríamente la señora, apartando de sí el postre, pues su hija le había quitado las ganas de terminar de comer.

¿Ella lo sabría? La ambición de su madre era tal que era capaz de venderla al hombre que abusó de ella. Negó con la cabeza, su madre se lo hubiera dicho después de casarse para verla temblar de pavor, podía jurar que no sabía nada.

Amelia veía a Sophia tan agitada que sospechaba que tenía que haber pasado algo malo, estaba tan tensa y eso era malo para el bebé.

—Nadie desea estar aquí menos que yo, madre —dijo Sophia con entereza—. Pero necesito que me preste una de sus camas para pasar la noche y mañana mismo me marcharé.

—Por supuesto que sí, querida cuñada— intervino rápidamente Katherine levantándose de su lugar y acercándose a ella—. Es más, puedes quedarte el tiempo que desees.

Amelia no podía decir nada, quería ver a su hermana, pero no estaba como la vio el otro día. Había ocurrido algo, y de seguro que muy malo.

—Vuelve con tu marido y no me avergüences de nuevo, Sophia —dijo Caroline levantándose también furiosa, no podía aguantar la presencia de ella allí de nuevo—. No, de ninguna manera, no me importa si duermes bajo un puente, pero esta es mi casa y no deseo que estés en ella.

—En realidad, lady Mawsdley, Richard es el actual conde y dueño de la casa. Como su esposa que soy puedo hospedar en ella a quien desee. Por lo que Sophia se queda —sentenció Katherine, ante la mirada asombrada de sus tres

cuñadas y la airada de su suegra. Sonrió.

Capítulo 39

Caroline se marchó del salón furiosa dando un portazo, seguida por Bertha intentando calmar a la señora.

Anne se levantó de la silla y se abrazó a la cintura de su hermana, Sophia la abrazó fuerte, miró a Katherine y sonrió un poco. Ella tenía carácter, aunque nunca lo habría imaginado, siempre había parecido estar en un silencioso segundo plano, pero ver como la había ayudado, a ella y a sus hermanas, le había llegado al alma.

Amelia se acercó a Sophia también; estaba preocupada, su hermana no aparecería allí simplemente por capricho, por eso preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Sophia? —Esta la miró por encima de la cabeza de su hermana pequeña y susurró un «*más tarde*» que solo escucharon las adultas.

Amelia miró a Anne, con la que aún no había podido aclarar el asunto de su «*amigo*.»

—Sophia, te he echado tanto de menos, madre dijo cosas tan feas de ti —musitó la niña ajena a lo que ocurría—. Tengo que contarte tantas cosas.

—Y yo quiero saberlas todas, pero será mejor que sea en otra ocasión, cielo— le dijo Sophia intentado sonreír. No quería preocupar a la niña, ya bastante había sufrido.

—Annie, cielo, ¿me acompañas a ver a Mark? Además, será mejor que te prepares para irte a la cama —intervino Katherine agarrando de la mano a la niña, que no se quería separar de su hermana mayor por miedo a que cuando despertara ya no estuviera—. Te prometo que mañana la verás.

—¿Lo prometes, Sophia? —preguntó dudosa la niña sin querer moverse de allí.

—Claro que sí, Annie. Anda ve con Katherine, ya es tarde, mañana hablaremos de todo lo que tú desees —la convenció su hermana sin estar muy segura de si podría cumplir con su promesa.

Anne asintió y se marchó, aunque no muy convencida, pero Sophia nunca mentía; si ella había dicho que estaría, es que de verdad estaría.

Cuando Katherine y la niña se hubieron marchado, Sophia no pudo aguantar más y comenzó a llorar desconsoladamente, ante la mirada apesadumbrada de su hermana, que la abrazó.

No le hizo falta que ella dijera nada, era obvio que había descubierto algo.

—Melly soy muy desdichada —musitó Sophia entrecortadamente—.

Stephen... fue él quien... —pero era tan doloroso que Sophia era incapaz de decirlo.

Para ella expresarlo era como aceptar la realidad, sin embargo, no había ninguna duda. Separarse de David aquella vez no fue nada comparado con lo que sentía en esos momentos... porque amaba a Stephen. Era como una parte de ella, nunca habría imaginado que él sería capaz de hacer tal cosa, ni siquiera quería pensar porqué lo hizo o si lo había hecho más veces. El Stephen que ella había conocido y amaba ¿era el verdadero? O, por el contrario, estaba viviendo en una mentira.

En esos momentos estaba tan confusa que no sabía qué pensar, miró a su hermana y vio como apartó la mirada con pesar. No había tenido la reacción que ella esperaba, Amelia era tan... volátil, de normal estaría insultando a Stephen, solo había algo que evitaría esa reacción en esos momentos y era que ya la hubiera tenido, porque ya lo supiera.

—¿Amelia? —preguntó Sophia agarrándole la barbilla para obligar que la mirara— ¿No tienes nada que decirme?

Amelia levantó la cabeza y miró a su hermana mayor a los ojos comenzando a llorar sin poder evitarlo.

—Sophia, yo quería decírtelo, pero... Estabas tan feliz, él se merece sufrir, pero tú no. —Amelia estaba segura de que su hermana la odiaría también, y aunque lo había hecho creyendo que era lo mejor, se había equivocado.

No había más que decir, Sophia sabía la verdad y sabía también que ella se había enterado y no lo había dicho, pero había sido todo tan complicado.

Sophia se sentía decepcionada, todo el mundo había decidido por ella, pero Amelia era su hermana y no podía culparla, quizá ella habría hecho lo mismo en su lugar.

Por lo que abrazó a su hermana menor y se consolaron mutuamente.

Stephen no había salido de su despacho desde que Sophia se había marchado, no sabía si era de día o de noche, tampoco le importaba, fuera lo que fuera él viviría en una noche perpetua hasta que ella regresara junto a él... si es que lo hacía en algún momento.

Habían pasado varias horas desde que había escuchado la puerta cerrarse tras Sophia, mientras él miraba atentamente un vaso con whisky que se había servido dispuesto a

tomárselo de un trago. También seguía teniendo entre sus manos el pañuelo, ese pañuelo que sin querer lo había delatado. No había podido beberse ni una sola gota de aquella copa, sabía que si así lo hacía una llevaría a otra, y así sucesivamente hasta perder la razón. Era consciente de que, si hacía eso, posteriormente se arrepentiría; como ya había pasado con anterioridad. Debía mantener la cabeza fría.

Escuchó unos golpes en la puerta, pero se mantuvo en silencio, no tenía ganas de ver a nadie. Aunque la persona que llamaba no tenía ningún tipo de consideración ya que continuó llamando hasta que finalmente abrió la puerta.

—¿Stephen? —preguntó William entrando en la habitación intentando encontrar a su amigo en la penumbra.

—No quiero ver a nadie —dijo Stephen desde algún lugar de la habitación en voz alta.

William hizo caso omiso y abrió las pesadas cortinas haciendo que la clara luz de la mañana entrara en el despacho, provocando una clara molestia en los ojos de su amigo.

—¿Qué ha ocurrido? Olivia me ha mandado llamar preocupada y te encuentro aquí como en una tumba. —Observó la copa que tenía entre sus manos—. Y bebiendo... Ahora sí que no entiendo nada.

—Ella lo sabe —dijo con voz ronca, como si todavía no pudiera asimilarlo.

A William no le hizo falta que dijera nada más, se sentó en una de las sillas que había frente al escritorio de su amigo, sin apartar la mirada de la copa.

—Entiendo —suspiró—. ¿Amelia? —preguntó sospechando que probablemente habría sido ella.

—No, en realidad es como si hubiera sido yo. Encontró el pañuelo y su pendiente. Ató los cabos, supongo. Fue todo muy deprisa. Se marchó anoche a casa de su madre —musitó resignado.

—¿Y piensas quedarte ahí parado? Tu esposa y tu hijo están en manos de una bruja ¿y tú te dedicas a jugar con tu copita sin hacer nada? —le regañó William que empezada a hartarse de su actitud.

—No puedo hacer nada, no quiere saber de mí. Me odia.

—¡Así no harás nada, Stephen! Cometiste un grave error y ella lo sabe, ya ha ocurrido lo peor. Ahora hay que pelear, ¡aquí lamentándote no haces nada! —gritó queriendo que regresara algo de coraje al cuerpo de su amigo.

Stephen miró a William y asintió, tenía razón, aparentemente estaba todo perdido, así que no perdía nada por intentar cuidar de ella, aunque fuera desde lejos. Esperaría a que se calmara algo el resentimiento, aunque pasaran años separados él siempre la esperaría y la cuidaría; y ahora, junto a su madre, estaba en una situación precaria y él debía ayudarla porque ella y su hijo eran la única

familia que tenía y los quería.

Sophia miraba a su sobrino dormir en los brazos de Katherine, su madre todavía no se había acercado a ella para invitarla a marcharse, pero sabía que ese momento pronto llegaría y no podría cubrirse con su cuñada eternamente. Prefería no pensar en marcharse, ya que, embarazada y sola, si su madre la echaba de la casa no tendría otro remedio que volver con él, y eso era algo que no quería ni pensar.

No quería pensar en Stephen porque regresaban una y otra vez a ella los recuerdos de aquella noche, mezclados con las noches siguientes. No podía evitar pensar en cómo sería todo de no haberlo sabido nunca. De seguro que ahora estaría feliz junto a él. Pero prefería saberlo, había sido una etapa muy dura de su vida y saberlo la ayudaría a cerrar viejas heridas, aunque saberlo también había abierto unas nuevas más difíciles de curar, porque, aunque ella no podía soportar ver a Stephen, muy a su pesar lo amaba y sospechaba que lo amaría siempre.

Agitó la cabeza para quitarse esos pensamientos y se fijó en que no estaba su hermano por ningún lado, ni siquiera la noche anterior y eso era extraño, decidió preguntarle a Katherine, pero no pudo hacerlo porque entró Bertha muy agitada al salón.

—Lady Katherine, unos policías preguntan por su excelencia —dijo tartamudeando la mujer mientras temblaba.

Katherine se levantó del sofá dejándole el bebé a la niñera, salió del salón seguida por Sophia. Cuando ambas llegaron al recibidor dos agentes uniformados estaban esperando. Katherine no quería pensar que Peter hubiera cumplido su amenaza de...

—Mi marido no se encuentra, ¿pero en qué puedo ayudarles, agentes? —preguntó Katherine educadamente, temblando interiormente.

—Su marido ha sido acusado por un caballero de robarle en una partida de cartas y de huir para no pagarle —le informó el policía.

Caroline, que entraba en ese momento, al escuchar aquello cayó desmayada en el frío suelo.

Capítulo 40

Amelia había pasado toda la noche en vela. Sophia la había perdonado, pero seguía sintiéndose culpable, le agradecía su perdón, aunque ella no podría perdonarse tan fácilmente, no había sido buena hermana y no cometería ese error de nuevo.

Debía saber que había pasado con ese «amigo» de Anne, por lo que sabía era tan real que incluso sangraba, así que estaba en la obligación de averiguar. Ya había abandonado a una hermana, no cometería el mismo error con otra.

Entró en la habitación de Anne cuando ella se estaba terminando de vestir. Si quería que fuera sincera con ella y conseguir sonsacarle algo, era necesario ganarse su confianza y no ser brusca con ella. Anne era demasiado testaruda, así que era mejor ser suave con ella.

—¿Necesitas ayuda, Annie? —le preguntó Amelia acercándose a ella señalando el lazo suelto de su vestido.

—Sí, quiero bajar pronto, para estar con Sophia. Estoy tan feliz de que este aquí con nosotras otra vez —dijo sonriendo la niña, sin saber que el haber regresado era lo peor que le podía ocurrir a su hermana.

—Sí, yo también la he añorado mucho. Annie, ¿puedes hablarme de tu amigo? El que jugaba contigo en el jardín —preguntó Melly inocentemente mirando a su hermana disimuladamente por el espejo.

—¿Qué amigo? —preguntó Anne desviando la mirada. No quería hablar de Jon ahora que estaba contenta por su hermana, hablar de él solo la haría entristecerse.

—Ese que dijiste que se marchó hace unas semanas, ¿cómo era? —volvió a preguntar Amelia.

—No lo recuerdo —dijo la niña suspirando, ¿por qué tanta pregunta?

—Sí lo recuerdas, Anne ¿Estuvo herido? Encontré un pañuelo con sangre —dijo Amelia haciendo girarse a su hermana y colocándose a su altura para mirarla a los ojos.

—Me caí y me hice daño. Es mía.

—Annie...

De repente se escuchó un golpe en la parte de abajo y Amelia se levantó de golpe.

—No hemos terminado esta conversación —le avisó la mayor saliendo de la habitación— No te muevas de aquí.

Anne suspiró, se había salvado por poco.

Amelia bajó las escaleras corriendo y se encontró a su madre sentada en uno de los sillones de la entrada y a Sophia y Bertha dándole aire acercándole un pequeño frasco para que recuperara el conocimiento.

En ese momento, entró Katherine de la calle, que acababa de despedir a los policías.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Amelia poniéndose a la altura de su hermana.

—Richard ha vuelto a meterse en problemas —dijo Sophia viendo como su madre iba recuperando el color progresivamente.

—Tiene a Peter Dorsey detrás de él amenazando con matarle por ser amante de su esposa y ahora... Ahora le roba a un caballero de Bristol y vuelve a huir —dijo Katherine molesta, sintiendo una inmensa vergüenza por la rata con la que estaba casada.

—Saldría más rentable que lo mataran de una vez, al menos dejaría de meternos en problemas y podríamos descansar al fin —gritó Amelia enfadada cruzándose de brazos.

—¿Cómo podéis hablar así de mi pobre pequeño? —susurró Caroline apesadumbrada, apartando el frasco que segundos antes Bertha había acercado a su nariz—. Sois todas unas desagradecidas, tenemos que ayudarle.

—¿Ayudarle, madre? —preguntó Sophia sin poder creer lo que escuchaba—. Todo esto no es más que lo que merece Richard. Ese caballero de Bristol quiere que vaya a la cárcel por ladrón ¿Pretende venderle otra de sus hijas para pagar otra deuda de Richard como hizo conmigo?

—¡Tu cállate! No eres más que una mujerzuela, no tienes derecho a opinar —dijo Caroline furiosa empujando a Sophia y haciéndola caer—. Además, eres su hermana, por lo que tienes que conseguir que Dorsey deje a mi hijo en paz ¡Aunque tengas que acostarte con él! —gritó la mujer histérica, ya que el futuro de su hijo se avecinaba muy oscuro.

Amelia y Katherine ayudaron a Sophia a ponerse en pie. Ninguna podía creer lo que estaba escuchando, esa mujer debía haber perdido el juicio ¿Es que acaso no tenía ningún sentido de la dignidad? Pretendía que su hija se prostituyera para salvar a su pequeño cobarde. Definitivamente esa mujer estaba absolutamente loca y ni siquiera merecía que la llamaran madre.

—Vuestra madre está demasiado alterada. Será mejor que se calme, lady Mawsdley. Sobre todo, antes de que vuelva a decir otra locura —dijo Katherine acompañando a sus cuñadas hacia la habitación.

Stephen llamó a la puerta de la casa de su suegra, hubiera preferido no acercarse nunca más a esa mujer, pero debía hacer algo por Sophia. Ella no tenía otro sitio a dónde ir por el momento y estaba seguro de que no aceptaría su ayuda; por lo que debía asegurarse de que tuviera un lugar donde estar, al menos hasta que pudieran solucionar sus problemas.

Caroline estaba tomándose un gran vaso de whisky, las damas no bebían, pero ella no había sido siempre una dama, así que podía hacer lo que quisiera. Había hecho muchas cosas para conseguir que Richard heredara el título de Conde de Mawsdley, no podía consentir que lo perdiera todo y mucho menos podía aceptar que lo mataran.

Si su hijo había encontrado a una mujer que lo agradara no era culpa de él que fuera casada, ella tendría que haber mantenido las piernas cerradas, aunque su hijo era tan hombre que cualquier mujer sería capaz de aceptarle en el lecho. No podía negarlo, pero aun así no merecía que lo mataran por ello, sin embargo, ninguna de esas tres santurronas quería verlo. Richard era más importante que cualquiera de ellas, más que sí misma y que ese feo bebé llorón que la estúpida de Katherine había traído al mundo.

Pero tenía que hacer algo pronto.

Bertha entró en el salón y la avisó de que el señor Rutterford quería hablar con ella, ojalá viniera a por la idiota de su esposa, así tendría un problema menos del que preocuparse.

Cuando Stephen entró en el salón, había un tenue olor a alcohol. No le hizo falta ser muy perspicaz, para darse cuenta de que lady Mawsdley estaba más delgada y desmejorada que la última vez que la vio; debía tener algún problema, cualquier cosa que le pasara a la mujer lo tendría más que merecido. En parte se alegró un poco de lo que fuera lo que la hiciera sufrir.

—¿Viene a llevarse a su esposa? Porque me haría un gran favor —dijo la mujer, sin preocuparse por ser educada.

—En realidad, Sophia desea quedarse aquí un tiempo con sus hermanas y no puedo negárselo —dijo Stephen apretando los puños ante la frialdad con la que la mujer hablaba de su propia hija.

—No puede ser, no hay dinero para mantener una boca más —dijo la mujer desechando la idea con la mano.

—Supuse que diría algo así, por lo que aquí tiene —dijo Stephen dejando una

bolsa cargada de monedas sobre la pequeña mesa de té—. Y tendrá una igual cada semana durante el tiempo que Sophia esté aquí. Pero si me entero de que usted le hace algo no habrá un lugar lo suficientemente lejano para huir, ¿comprende?

Caroline cogió la bolsa y notó con satisfacción que pesaba bastante, seguro que el problema de Richard podría solucionarse con la aportación semanal de Stephen Rutterford, por lo que aceptó sonriendo.

Stephen abandonó la sala deseando sacar a su esposa y su hijo de allí. Cuando se disponía a salir, algo lo impulsó a girarse y vio a Sophia mirándole desde lo alto de la escalera.

Capítulo 41

Sophia se paró en mitad de la escalera, hacía apenas dos días que no lo veía, pero para ella parecía que había pasado mucho más tiempo. Era como verle por primera vez, como si ahora no hubiera nada entre ellos. Por fin estaban en igualdad de condiciones, ambos sabían lo que los unía.

Por su parte había amor, no podía hablar por él, porque ahora sentía que no lo conocía. Había mucho dolor allí, había pasado mucho tiempo sufriendo pesadillas, sin soportar que nadie la tocara, por su culpa y a la vez, paradójicamente, con él había sido la única persona con la que había conseguido formar un vínculo tan grande que la señal palpable se encontraba en su vientre en esos momentos. Aquel bebé era fruto del amor que se habían profesado, pero también había habido mentiras y estas eran muy difíciles de olvidar, por no decir casi imposible.

Stephen la miraba, casi podía haber pensado que era un espejismo, no había planeado verla, su plan era ver a lady Mawsdley, darle el dinero y marcharse sigilosamente para darle espacio a ella, pero ahora que la veía no sabía si podría marcharse tal como había planeado.

Dio un paso involuntario hacia la escalera donde estaba ella, pero Sophia retrocedió al escalón de más arriba para alargar la distancia que él había disminuido por un segundo.

Stephen se paró en seco, Sophia le tenía miedo, se lo merecía, pero eso no quería decir que no fuera doloroso.

—Estás preciosa —dijo Stephen sin poder evitarlo, viendo como Sophia se movía incómoda—. ¿Podríamos hablar? Tengo tanto que explicarte... Por favor Sophia.

—No deseo escuchar esas cosas, Stephen. A partir de este momento nuestra relación se reducirá a hablar del bebé, es lo único que nos une. —Insistió Sophia, diciéndoselo más a sí misma que a él.

Para Stephen ese lazo de unión era más que suficiente. Ya que no podía preguntarle cómo se sentía, decidió preguntar por el bebé.

—Bien, pronto comenzará a notarse —dijo Sophia intentando mantener la compostura.

— ¿Te alimentas adecuadamente? —volvió a preguntar viéndola un tanto pálida.

—Sí tranquilo, puedo cuidar de mi bebé, ¿crees que soy una irresponsable?

—dijo Sophia incómoda, ya que hubiera preferido no verle en un tiempo.

Tenerle allí, preocupándose por el bebé le recordaba demasiado al Stephen que conocía y no quería.

—También es mi hijo, Sophia. No te acuso de nada, pero tengo derecho a saber de él —dijo Stephen más rudo de que lo había pretendido, pero estaba demasiado tenso. No poder acercarse a ella y tocarla lo estaba volviendo loco.

—He respondido, ahora deseo que te marches —le pidió Sophia señalando la puerta.

—En algún momento tendrás que escucharme, ambos lo necesitamos, Sophia —le avisó Stephen—. Me marchó... Por ahora.

Sophia lo vio irse sabiendo que volvería, no quería escucharle, no quería saber nada, simplemente quería olvidar todo. Junto a él había sentido que sería feliz y ahora ya no lo sería nunca más.

Stephen regresó a su casa más molesto consigo mismo que con Sophia, ella no quería escucharle, algo que comprendía y era algo totalmente lógico. Pero no podían estar en esa situación eternamente, en algún momento tendrían que encontrar una solución porque no quería pensar en la posibilidad de una vida sin Sophia y su hijo.

—Señor, tiene una visita —comenzó a decir Roger, pero se vio interrumpido por la aparición de una flamante rubia, que salía del salón vestida con provocativo vestido morado oscuro.

—No hace falta que me presentes, estoy segura de que el señor Rutterford querrá recibirme —ronroneó Theresa acercándose a Stephen.

Stephen le pidió a Roger que se marchara, ya que él solo podría ocuparse y despachar a la mujer.

—No entiendo qué haces aquí, Theresa, cuando nuestra relación terminó hace bastante —comenzó a decir quitándose el pesado abrigo.

—Podemos reanudarla de nuevo, Rudolph se ha marchado de viaje durante mucho tiempo y tengo entendido que tu... esposa también se ha marchado. Ambos estamos solos y tenemos derecho a estar juntos. Nos pertenecemos el uno a otro —musitó Theresa acercando sus labios a los de Stephen.

Cuando estaba a punto de besarle, Stephen la apartó de sí con asco.

—Nosotros no nos pertenecemos, Theresa. Y Sophia va a regresar. Haciendo esto tan solo te pones en ridículo, porque entre nosotros nunca habrá nada, fui un tonto una vez, no volveré a serlo de nuevo —dijo Stephen.

—Y sin embargo te emborrachaste por mí y deshonraste a tu esposa por mí, ¿de verdad crees que no soy importante? —le gritó histérica, Stephen la agarró del brazo.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó furioso.

—Eso no importa, lo sé. Tú no quieres aceptarlo porque te sientes culpable, pero me amas a mí, olvídate de ella y vámonos juntos, como debimos hacerlo hace dos años.

—Puede que me volvieras loco durante un tiempo, pero ahora solo me provocas desagrado, me arrepiento de lo que hice, pero no fue por amor a ti, ahora sé que nunca te he amado, que solo me calentabas la cama, Theresa, pero nunca el corazón. No como Sophia.

Theresa le dio un bofetón, llena de rabia y comenzó a intentar pegarle.

—Te arrepentirás de lo que has dicho y volverás a mí suplicándome perdón —dijo llena de rabia.

Se marchó de allí dando un portazo, y con un pensamiento en claro, Stephen pagaría y lady Sophia también.

Katherine miraba al horizonte, sentada en el último escalón, mirando hacia la puerta de entrada, sin saber qué pensar. Era la esposa de un ladrón, aunque aún no lo sabía nadie, pero lo era, quizá Peter le haría un favor si... Negó con la cabeza y se santiguó, no quería pensar así, debía respeto a Richard por ser el padre de su hijo; aunque este no mereciera nada de ellos, a la vista estaba que no le había preocupado ni siquiera Mark. Si no fuera por sus cuñadas se iría al campo, a la casa de sus padres donde se estaría apartada de lady Mawsdley, de Onella Fairfax y de Peter... pero sobre todo de él, verle había despertado viejos sentimientos en ella que creía olvidados y no quería.

—¿Puedo? —preguntó Sophia, sentándose junto a ella.

—Sí, claro, adelante, ¿te encuentras bien? Estás pálida —dijo Katherine acercándose a su cuñada.

—Stephen acaba de marcharse —musitó la chica, cuya primera opción había sido buscar a Amelia, pero al encontrarse visitando a unas amigas, había decidido hablar con Katherine.

—¿Porque no has ido con él? —preguntó la rubia, sin saber el motivo de aquella extraña separación—. Yo creí que estaba de viaje y que te sentías sola.

—No, nada de eso, me enteré de algo espantoso —dijo Sophia. Y sin darse cuenta comenzó a relatarle su más oscuro secreto a la mujer de su hermano.

—Dios mío —musitó Katherine una vez terminada la terrible historia, en la cual Richard también había influido y para mal—. ¿Y si escuchas su parte de la historia?

Katherine imaginaba lo horrible que era la situación de Sophia; pero, al fin y al cabo, Stephen se había casado con ella, y estaba segura de que eso quería decir algo.

—No puedo, todavía es demasiado doloroso para mí —dijo Sophia mientras resbalaban las lágrimas por sus mejillas—. Quiero odiarle.

—Pero lo amas, a pesar de todo lo amas —dijo Katherine dando justo en el clavo.

—Yo...

Iba a contestar cuando en ese momento llamaron a la puerta. Katherine sin dar tiempo a que llegaran las criadas fue a abrir.

Reconoció a la criada personal de lady Charlotte, que entró sin ser invitada medio llorando.

La doncella miraba a su alrededor medio desorientada, hasta que vio a Sophia y se acercó a ella corriendo.

—Mi señora, milady, quiere hablar con usted —dijo entre cortamente la mujer.

—¿Charlotte quiere hablar conmigo? —susurró sin poder creérselo, ya que ella nunca había tenido mucha relación con la mayor de sus hermanas.

—Sí, por favor, tiene que ir, mi señora se muere, milady... se muere —dijo la mujer llorando desconsoladamente.

Capítulo 42

Sophia se levantó demasiado deprisa, se tuvo que agarrar a la barandilla de la escalera. No podía creer lo que estaba diciendo esa mujer, Charlotte siempre había sido una mujer muy sana que casi nunca estaba enferma, era imposible, no podía, no claro que no. Esa doncella había escuchado mal, muy mal.

—Tranquilízate y explica eso mejor, no puedes llegar y decir una cosa así, muchacha —la regañó Katherine, viendo que Sophia no podía hablar.

—Mi señora se ha puesto de parto antes de tiempo, ella ha estado muy enferma durante todo el embarazo. Había mucha sangre, ha tenido que venir el médico porque la partera no podía ayudar a nacer a la criatura. Dice que no sobrevivirá, ella ha pedido verla a usted, milady. —finalizó mirando a Sophia.

—Sí, sí, claro, vamos —dijo Sophia cogiendo su sombrero y su abrigo.

—Te acompañaré —dijo Katherine cogiendo sus cosas también—. Y no digas nada, quiero hacerlo —dijo antes de que Sophia dijera nada.

Bertha salió de la cocina en ese momento y las miró con extrañeza.

—Charlotte ha tenido su bebé y no está bien. Bertha, díselo a lady Mawsdley, nosotras ya vamos para allá —le pidió Katherine saliendo detrás de Sophia y la doncella hacia la casa de Charlotte.

—Dios mío, la desgracia está cayendo sobre esta casa —musitó a punto de llorar la criada ante la puerta cerrada. Después subió a la habitación de Caroline, pensando cómo contarle lo ocurrido.

Lady Mawsdley no paraba de beber, el dinero que Stephen Rutterford le había dado era bastante, pero no suficiente para ayudar a Richard, habría que hacer algo más, pero no podía pensar bien el qué. Prefería tener la mente nublada por el alcohol. Escuchó como llamaron a la puerta y seguidamente entró Bertha en la habitación.

—¿Qué quieres? Deseo estar sola, lárgate a cuidar de las estúpidas niñas —dijo Caroline con dificultad.

—Señora... Charlotte, ha dado a luz y está grave; debemos ir con ella, lady Katherine y Sophia han ido y yo creo...

—¿Te he preguntado qué crees? —interrumpió la mujer sin apenas inmutarse — ¿Ha muerto ya? ¿No? Entonces no me molestes, avísame cuando ocurra y

preparare mis mejores lágrimas maternas —se burló la mujer cruelmente—. Por la gorda de Charlotte, porque su muerte no sea tan pesada como su vida. — Brindó riéndose histéricamente.

—Al menos permítame ir a mí —le pidió la criada sin poder creer lo que veía. Su señora había perdido el juicio.

—No, tu trae otra botella de lo que sea, y ni se te ocurra moverte de aquí — le ordenó, lanzando la botella ya vacía a la puerta, junto a la mujer.

Bertha se marchó a cumplir las órdenes de su señora llorando mientras escuchaba la risa diabólica de su señora.

Sophia y Katherine llegaron rápidamente a la casa de Charlotte. Para Sophia fue algo triste hacerlo bajo esas condiciones, porque siempre había imaginado que Charlotte y ella algún día serían amigas. Había visto como la personalidad de su hermana se había ido diluyendo para satisfacer a su madre, había vivido queriendo ser su hija predilecta, sin comprender que ese puesto estaba ocupado por Richard.

Al entrar en la casa, se encontraron a algunos criados paseándose nerviosos por la entrada, vio a David apoyado contra la pared con los brazos cruzados sobre su pecho.

Sophia sin pensarlo, se acercó a él rápidamente.

— ¿Está bien Charlotte? —preguntó Sophia preocupada de verdad por su hermana.

—Al parecer no pueden detener la hemorragia. Se está confesando —dijo David con voz neutra.

— ¿Y el bebé? —preguntó de nuevo.

—Bien, según parece, no lo sé —dijo en el mismo tono de voz, Sophia lo miró sorprendida, ¿es que no sentía nada?

—¿No lo has visto, David? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿Es que no te importa nada? —preguntó su cuñada alzando la voz demasiado.

—No, no me importa, eso es lo que pasa. Pensaras que soy cruel, pero yo no quería ese hijo ni esa esposa. Me impusieron ambas cosas, así que no puedes pedirme que sienta todo esto, porque ¡no puedo hacerlo! —gritó David harto de todo.

Él mismo se sentía un miserable por no sentir ni siquiera una pizca de pena por lo que ocurría en esos momentos a su alrededor, pero no había querido a Charlotte. Es más, había comenzado a llegar a odiarla, no había sido buena con

nadie, la única persona por la que él sentía algo estaba frente a él y en esos momentos le gritaba.

—Pero son tu familia, David, puede que no ames a Charlotte, pero eso no impide que quieras a tu hijo, porque es tu sangre —dijo Sophia sin poder creer que David fuera tan cruel con su propio hijo.

—Es una niña —aclaró David como si eso le justificara.

—Lo que sea, no tiene que pagar por los pecados de Charlotte. Ni por los tuyos, yo nunca culparía a mi hijo por... los errores de Stephen —dijo Sophia, logrando que David la mirara y desviara la mirada hacia su vientre donde en ese momento apoyaba sus manos.

— ¿Tú estás...? —comenzó a decir David como si aquello fuera imposible.

En ese momento bajó el sacerdote por las escaleras.

— ¿Lady Sophia? —preguntó en voz alta, buscándola con la mirada. Cuando la encontró dijo—. Su hermana quiere hablar con usted.

Sophia asintió y se alejó de David, que intentaba asimilar la noticia del embarazo de Sophia, miró a Katherine que sonrió, y entonces comenzó a subir para ir junto a su hermana.

La puerta estaba semiabierta, dentro estaba oscuro, la única luz que alumbraba la habitación era las de las velas que estaban junto a la cama, Sophia entró y se acercó a esta. En el centro encontró a su hermana, que en ese momento tenía los ojos cerrados, pero al notar su presencia los abrió y la miró, inesperadamente sonrió y Sophia respondió a su sonrisa con otra.

Charlotte no estaba como la recordaba el día de su boda, estaba más delgada, el tono de su piel era blanco y tenía bajo sus ojos unos círculos morados, su pecho subía y bajaba con dificultad. Sophia tomó asiento junto a la cama.

—Has venido, Sophia —musitó en voz baja—. No creí que lo hicieras, no te habría culpado.

—Somos hermanas, Charlotte, cada vez que me llames vendré —contestó Sophia agarrando su mano.

Los ojos de Charlotte comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Eres tan buena, mucho... mucho mejor que yo... Necesito... que me perdones, Sophia, yo le dije... a Stephen que tú y David erais amantes —susurró entrecortadamente Charlotte—. Quería que... Stephen os separara porque tenía muchos celos de su amor... por ti...

—Por supuesto que te perdono, no hace falta que digas nada, ya me lo dirás

cuando mejores, ahora tienes que recuperarte, para cuidar de tu hija —dijo Sophia quitándole importancia. Ahora entendía porqué Stephen la acusó de ser amante de David, pero en esos momentos ya no importaba.

—¿La has visto? Es hermosa, ¿verdad? —le preguntó Charlotte comenzando a llorar.

—Sí, es preciosa— mintió Sophia, ya que aún no había visto a su sobrina.

—Yo no la veré crecer... No, no intentes negarlo —dijo antes de que su hermana se adelantara a decir nada—. Lo he oído antes, cuando el médico habló con David. Él no la quiere, necesito... Necesito que me prometas que cuidarás de ella, que serás como su madre —le pidió su hermana apretándole la mano—. La educaras para que sea tan buena como tú, y tan hermosa por dentro como por fuera. Si se parece a ti, David la querrá —afirmó tan segura que a Sophia se le rompió el corazón—. Le hablarás de mí y le dirás cuánto la quiero, ¿verdad?

—Te lo prometo —asintió Sophia con dificultad mientras las lágrimas comenzaban a resbalarle por sus mejillas.

—Mi pequeña Rebecca Sophia, suena bien, ¿verdad? —susurró mientras los ojos de Charlotte comenzaban a cerrarse—. Sé feliz, Sophia. No hay nadie en este mundo, que lo merezca más que tú —susurró con los ojos cerrados.

Minutos después lady Charlotte Phillips, esposa del V Duque de Downey, exhaló su último suspiro agarrando la mano de su hermana.

Capítulo 43

Sophia observaba a la gente que se había congregado en la casa de David para dar el último adiós a Charlotte, y sin embargo nadie de los allí reunidos lamentaría su pérdida.

Acababan de enterrarla, había sido muy doloroso para ella ver cómo poco a poco la tierra cubría el ataúd en cuyo interior se encontraba su hermana. Había sido incluso peor que el momento en el que se había dado cuenta de que su hermana se había marchado.

Se había sentido muy culpable por no haber tenido nunca una relación con ella, como con Anne o Amelia. Era bochornoso ver como su madre intentaba mantener los ojos abiertos para no dormirse en el entierro de su propia hija.

Había llorado amargamente cuando lo había visto oportuno, pero en esos momentos estaba segura de que seguía más preocupada por la desaparición de Richard que por Charlotte.

Era terrible ver que, aunque Charlotte aparentemente había tenido todo lo que una mujer sueña, había estado terriblemente sola.

Movió la cabeza queriendo despejarse, ahora lo importante era Rebecca. El médico no daba muchas esperanzas para ella, y no quería pensar en tener que despedirse de ella también. Había sentido un sentimiento especial hacia ella en el mismo instante en que la vio. ¿Cómo podía David no quererla?

Era tan pequeña y frágil. Un pequeño ser inocente de todo, que había perdido a su madre y cuyo padre no la aceptaba, ¿cómo sería su vida bajo esas condiciones?

Sintió una mano en su hombro y alzó la mirada enseguida, al ver a Stephen no pudo evitar comenzar a llorar, Sophia se miró las manos, donde continuaba colocado su anillo de casada. Stephen no era una persona agradable para ella en esos momentos, pero lo necesitaba junto a ella, quizá así no se sentiría tan asustada, no quería pensarlo, pero la posibilidad de que pudiera correr la misma suerte que su hermana estaba muy presente para ella.

—Sophia, si deseas que me marche... —dijo Stephen deseando poder abrazarla.

—No —musitó ella desesperada—. Por favor, no me dejes sola —dijo agarrando su mano entre las suyas.

Stephen asintió creyendo que había conseguido algo. Aunque estaba débil emocionalmente y necesitaba apoyo, prefería su apoyo al de Downey, y eso era

importante para él.

«Una niñera cuida de mi hija, y yo todavía no he sido capaz de verla», se dijo a sí mismo David, mientras veía el crepitar de los leños en el fuego. Por fin se habían marchado todos, le había hecho gracia aquella falsa. Aparentemente todos sentían la muerte de Charlotte, sin embargo, nadie lo hacía realmente. Ni siquiera él, que había aceptado tácitamente como el mayor hipócrita todos los pésames, incluso Rutterford se lo había dado fríamente.

Rutterford, que había dejado embarazada a Sophia. Tenía que dormir, necesitaba tener la mantener despejada. Charlotte le había pedido a su hermana que cuidara de la niña, eso haría que la viera seguido. Quizá así...

Se acostó en su cama, quedando dormido enseguida. Pero le despertó el llanto de un bebé; esperó a que alguien fuera a solucionarlo, pero seguía llorando, por lo que se tuvo que levantar de mala gana y entrar en la habitación continua.

Se acercó al epicentro del llanto y se asomó hacia el interior de la cuna. Una criatura de pelo oscuro lloraba desconsoladamente, apretaba los puños con su escasa fuerza, pero no dejaba de llorar por más que él quería que lo hiciera.

Se atrevió a cogerla en brazos y la elevó hacia el techo, intentó acercarla a su pecho y, al sentir el calor de su cuerpo, la niña dejó de llorar, la observó atentamente reconociendo algunos de sus rasgos en ella; no era especialmente hermosa, pero a él se lo pareció, parecía una muñeca.

—Eres mi princesa —susurró David acariciándole un moflete regordete sintiendo lo reales que eran esas palabras. Se había negado a verla para no encariñarse de ella. Mientras fuera «*el bebé*» en abstracto podría fingir que no le importaba; pero ahora no era solo un bebé, era su hija, tenía cara y nombre. Ahora era real.

El duque sintió como se le comenzaban a mojar las mejillas, fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando.

No había querido que naciera, ¿cómo podía haber odiado a su hija? Incluso había tardado demasiado en ir a verla, como si quisiera castigarla a ella. Sophia tenía razón, era inocente de todo. Sintió como si una mano le apretara el corazón, no tendría vida suficiente que pagara por lo que había hecho con su

hija.

—Yo cuidaré de ella, Charlotte —dijo en voz alta, como si esta pudiera oírle—. A partir de hoy serás la única mujer de mi vida, pequeña —le prometió, decidido a cumplir su palabra.

Varios días después...

Stephen miraba a través de la ventana como si lo que ocurría afuera fuera muy interesante, cuando en realidad ni siquiera lo veía.

Su acercamiento con Sophia en el entierro de su hermana no había fructificado en nada. Cuando al día siguiente había intentado hablar con ella de nuevo, le habían dicho muy educadamente que no deseaba recibirle, por lo que había tenido que marcharse sin poder hablar con su esposa.

Lo había comprendido, era normal, acababa de perder a su hermana y era normal que quisiera estar con Anne y Amelia. Pero lo que no iba a consentir era que continuaran sus visitas a la casa de David Downey.

Acababa de saber, por boca de Olivia, que Sophia visitaba todas las tardes la casa de su ex prometido junto a sus hermanas. Su lado más racional le decía que era por la niña, no debía olvidar a la hija recién nacida de Charlotte había quedado huérfana. Pero sus celos le decían que era una excusa que había encontrado Downey para acercarse a su esposa. Sophia era demasiado inocente para darse cuenta de eso, pero él no era tonto, si eso así tendría que hacer algo.

Sophia observaba sentada en un banco en el jardín de la casa de David a Becky, como le decían cariñosamente a la niña, mientras intentaba dormirla bajo la atenta mirada de su hermana Amelia.

—¿Te imaginas cuando tengas a tu hijo así? —preguntó Melly acariciando

las mejillas de su sobrina.

—Espero que no sea tan inquieto como Becky —musitó Sophia con una media sonrisa viendo cómo se acercaba David a ellas.

No sabía qué era exactamente lo que le había hecho cambiar su parecer en cuanto a la niña, pero la alegraba que así fuera, porque, aunque ella le daría todo el amor que pudiera, su padre era el mejor para cuidar de ella a falta de su madre.

Becky había hechizado a David, parecía como si él hubiera estado perdido buscando algo y al nacer su hija lo había encontrado. Ahora al mirar a Sophia sabía que no había ningún sentimiento amoroso hacia ella. No había espacio para nadie más que para Becky en el corazón de David Downey, y eso era lo mejor que podía pasar, porque así se tendrían el uno a otro.

Amelia cogió a la niña en brazos y se alejó un poco, para dejarles hablar a solas.

—¿Stephen no pone ningún problema en que vengas a ver a Becky? —preguntó David sentándose a su lado.

—No. No lo sabe —dijo Sophia, consiguiendo una mirada asombrada por parte de su cuñado—. No vivimos en la misma casa. Hace unos días regrese a casa de mi madre.

— ¿Puedo preguntar por qué? —Intentó indagar David sorprendido. Sophia estaba embarazada, ahora no podía negarse, ya empezaba a notarse. Stephen no había salido de viaje ya que continuaba en Londres, debía haber ocurrido algo grave.

—Sí, puedes. Pero no contestaré —dijo Sophia levantándose del banco, maldiciendo su impulso y haberle contado algo tan privado a él.

—Rutterford no es santo de mi devoción, pero le compadezco ahora —musitó David sin levantarse.

—¿Por qué le compadeces a él? ¿Insinúas que es mi culpa?

—No insinuó nada. No me interesa de quien es la culpa, Sophia. Pero he vivido con el sentimiento de vivir lejos de ti. Si me hubieras abandonado con un hijo mío en el vientre me habría vuelto loco. Ahora que sé lo que es ser padre, no puedo imaginar lo que sería para mí que me separaran de Becky, y más aún de la mujer que amo.

Sophia guardó silencio, no sabía que contestar a eso. ¿Era posible que Stephen no fuera tan malvado como parecía? Miró a David, su carácter era parecido al de Stephen, quizá por eso no se soportaban mucho, pero en parte tenía razón. ¿No estaba siendo ella egoísta al negarle su hijo? Le había condenado sin escucharle, lo que hizo no tenía justificación, pero quizá por su hijo... Había llegado el momento de escuchar a Stephen.

Capítulo 44

Sophia paseaba junto a su hermana por delante de Liberty Park al regresar de casa de David. No podía quitarse de la cabeza lo que este le había dicho, era tonto quizá, pero sufría por ella misma y por Stephen. Si de verdad había una explicación para lo ocurrido años atrás debía escucharla. Aunque luego decidiera que no quería verle nunca más, pero al menos podría mirar a su hijo a la cara sabiendo que le dio una oportunidad a su padre de explicarse, que no lo había condenado sin saber, como había hecho en los últimos días.

—Sophia, estás demasiado callada, ¿ocurre algo? —preguntó Amelia tocándole el brazo.

—Sí, necesito hablar con Stephen —se dijo a sí misma en voz alta.

—¿Ahora? Sophia, entiendo que estés un tanto alterada por los últimos hechos, enterarte de que Stephen fue... Ya sabes, te tiene muy desubicada, pero ¿son necesarios saber los motivos? —preguntó Amelia que no quería que volvieran a hacer daño a su hermana.

—Sí, sí para mí. Porque yo le amo, Amelia. Lo ocurrido me duele mucho, pero necesito saber el porqué, si no se lo pregunto viviré para siempre con esta terrible sensación de vacío —musitó la chica sin saber cómo explicar cómo se sentía—. ¿No harías lo que fuera por William, Melly?

Amelia guardó silencio unos segundos, si ella supiera que William había hecho algo así ¿lo perdonaría? No podía saberlo, pero sí sabía que haría cualquier cosa por estar junto a él, sin embargo, no había oportunidad para ellos. Sophia y Stephen estaban a tiempo, y ella no era quién para interponerse en la felicidad de su hermana. Una vez había querido decidir lo que su hermana debía saber y había salido todo mal, no volvería a hacerlo. Sophia era mayor para saber lo que debía hacer y ella siempre la apoyaría.

Amelia asintió y ambas hermanas continuaron su camino hacia la casa de su madre.

Caroline se miraba al espejo queriendo hacer desaparecer las arrugas que se formaban en su rostro, no había parado de beber desde que Richard había desaparecido, había luchado toda la vida porque su hijo fuera alguien y lo había tirado por la borda. Como poco iría a la cárcel, no podía consentirlo, pero la

imposibilidad de poder hacer algo era lo que la hacía beber. Al menos ebria no pensaba, nadie de sus amistades sabía nada; aún, para ellos Richard estaba de viaje, pero faltaba poco para que se supiera todo.

Richard la había traicionado, en el mundo solo se tenía a ella misma y, a partir de ahora, tan solo velaría por sus propios intereses.

Al día siguiente, Sophia se sentía muy nerviosa, quería hablar con Stephen saber toda la verdad por fin. Tenía miedo de escuchar algo más espantoso de lo que ya sabía, pero tenía que arriesgarse. No podía vivir eternamente escondiéndose de todo, debía enfrentar los problemas, no huir, porque hacer eso solo la convertiría en una cobarde, en alguien como Richard.

Amelia se prestó a acompañarla, pero lamentablemente no llegarían a la casa de Stephen, pues a mitad de camino se toparon con Theresa Highsmith, junto a Dorothy Leblanc, que vio su oportunidad de venganza y decidió tomarla.

Amelia volvió los ojos con fastidio al ver a la mujer castaña, ambas se miraron con abierta antipatía, no consentiría que molestaran a su hermana.

—Sophia, regresemos en otro momento —dijo Amelia, mirando descaradamente a las dos mujeres—. Esperemos a que desaparezcan las ratas de la acera.

—Está siendo demasiado desconsiderada, lady Amelia, podría enfadar a William —dijo Dorothy con satisfacción. Aunque sabía que el duque tal y como estaba su relación en esos momentos, no daría la cara por ella y menos ante esa chiquilla, pero eso ella no lo sabía.

—A mí no me importa lo que diga su excelencia —replicó ceñuda la más joven.

Mientras Theresa y Sophia se medían mutuamente, la rubia sonrió con maldad al ver el estado de la joven, la enfureció ver la dirección que tomaban. Estaba segura de que iban a casa de Stephen. Seguro que iría a buscarle e intentar regresar con él, no podía permitirlo, no después de lo que le había dicho él, tenía un propósito; y era que Stephen nunca sería feliz junto a ella.

—Enhorabuena, lady Sophia —la felicitó falsamente Theresa mirando su vientre que comenzaba a notarse.

—Gracias, señora Highsmith —comentó Sophia manteniendo la compostura, aunque podía ver que la otra mujer preparaba el terreno.

—¿Cómo se siente al estar casada con un hombre que no la ama? —Sophia recibió el golpe sin mover ni un musculo, Amelia iba a replicar para defender a

su hermana, pero esta le pidió que callara—. Que me ama a mí, tanto que incluso cuando me casé con otro hombre, bebió hasta perder la cabeza y «*mancillar a una pobre jovencita*» —se burló Theresa con una carcajada.

—Eso no es cierto. Usted está resentida, pero él no la quiere —replicó Sophia con la boca seca, se negaba a creerlo.

No podía ser cierto, lo único que había tenido seguro era que él la amaba, o al menos eso había creído. Si eso no era verdad, si quería a Theresa entonces ¿por qué se había casado con ella?

—Lo único que lo une a usted es la culpabilidad por lo que ocurrió aquella noche y ahora ese niño. Pero la realidad es que es a mí a quien desea. Pregúntele con quién estuvo la noche de antes de su boda.

—Sophia, es absurdo escuchar estas sandeces, es lo único que dicen estas «*señoras*» —intervino Amelia harta de esas dos brujas.

Se llevó a su hermana de allí. Todo era culpa de William, había traído a esas dos a sus vidas, pensó Amelia irracionalmente; ya que le dolía que él prefiriera pasar el rato con esa malvada a estar con ella.

—Si es cierto lo que dice no puedo hacer nada. Si Stephen la ama a ella, yo... —susurró Sophia a punto de llorar—. Tengo que preguntarle.

—Los hombres mienten, Sophia. Tú debes saberlo mejor que nadie, se mueven por su propio interés —dijo Amelia pensando más en sus propios sentimientos que en los de su hermana.

En realidad, hablaba de William y no de Stephen, pero estaba tan enfadada que no podía ver la diferencia.

Al día siguiente Stephen fue a visitar a su esposa. Ya había tenido tiempo de asimilar lo ocurrido, incluso había dejado transcurrir más tiempo por la muerte de su hermana, pero había llegado el momento de hacerse escuchar.

Llegó a la casa de su suegra dispuesto a hacerse escuchar, pero Bertha le dijo que Sophia no aceptaba hablar con él, consiguió vencer la resistencia de la mujer y subió corriendo hacia la habitación de su esposa. Entrando sin llamar, encontrándola sentada en uno de los sillones leyendo. Al escuchar la puerta, Sophia alzó la cabeza inmediatamente.

Se acercó a ella lentamente, acariciándola con la mirada, había ido dispuesto a hacerse imponer; pero al verla se había sentido como un condenado a punto de escuchar su sentencia de muerte. Se sentó junto a ella, sin tocarla, para no incomodarla.

Pasaron unos segundos y ella no dejaba de mirarle, se había decidido a hablar cuando empezó a hacerlo ella.

—¿No has oído que no quiero hablar contigo? —dijo levantándose molesta—. No quiero saber más de ti Stephen, por favor, déjame tranquila, ¿no me has hecho suficiente daño ya?

—Es lo último que quiero, pero te niegas a escucharme y no puedo seguir viviendo sin ti, Sophia, te amo —dijo agarrándole la mano.

Sophia quería creerle, pero las palabras de Theresa volvieron a ella.

—¡Mientes! —gritó apartándose de él—. Yo sé la verdad, tu amante me lo ha contado todo.

—¿Mi amante? —preguntó sin comprender, hasta que le nombre de Theresa vino a su mente—. Theresa no es mi amante, no sé cómo ha hablado contigo, pero miente.

—¿Es mentira que estuviste con ella la noche de antes a nuestra boda?

—No sucedió lo que insinúas, no entiendo cómo puedes creerle a ella antes que a mí.

No sabía cómo, pero estaba seguro de que Theresa había hablado con ella.

—Al menos ella ha ido de frente conmigo, no como tú. Ahora márchate —le acusó. Haciendo lo mismo que hizo él con ella cuando Charlotte le mintió sobre su relación con David.

—Muy bien, me marchó, no tendrás que verme nunca más, es lo quieres ¿no? —dijo él girándose desapareciendo de su vista.

Sophia se sentó en el sillón de nuevo sintiéndose vacía, todo parecía indicar que Stephen se había rendido con ella.

Si era eso lo que quería ¿por qué se sentía tan mal ahora que lo había conseguido?

Capítulo 45

Al día siguiente mientras desayunaban en el salón, Bertha dejó un sobre al lado de la mano de Sophia, esta no le prestó atención. Su cabeza estaba en otra cosa, no había podido dormir pensando en la posibilidad de que Stephen cumpliera su promesa de no volver. Era desquiciante sentirse así, agradecía que su madre no se encontrara en esos momentos allí ya que no tenía ganas de soportar sus comentarios ácidos.

Cuando terminó de desayunar cogió la servilleta y recordó la nota que Bertha había dejado junto a ella, la abrió creyendo que era de David, pero lo que leyó en ella la dejó sin aliento provocando que se le saltaran las lágrimas.

—¿Qué ocurre, Sophia? —preguntó Anne, que se había percatado de las lágrimas de su hermana, lo que llamo la atención de Katherine y Amelia.

—Stephen dice que se marcha —susurró Sophia dándole la nota a Amelia que estaba junto a ella.

Amelia la leyó por encima y, efectivamente, decía que se marchaba para dejarla tranquila. Visto el desarrollo de los acontecimientos no quería que su presencia resultara perjudicial para ella y el bebé, por lo que se marchaba a América, dejándole todos sus bienes y dinero para que no les faltara de nada.

—Es lo que querías, ¿no, Sophia? —preguntó Katherine con voz suave.

—Sí. Pero no quería que se marchara al otro lado del mundo —se quejó Sophia que no entendía nada.

—Pero él lo hace por ti, ahí te demuestra lo mucho que te quiere. Va a renunciar a su hijo por tu felicidad, por lo que crees que te hará feliz. Pero todos sabemos que no —continuó Katherine.

Anne miraba a las mayores sin entender nada de lo que sucedía.

—Él ama a su amante, no a mí —insistió Sophia con voz triste.

—Eso fue lo que dijo ella, ¿por qué iba a Stephen a dejarlo todo y marcharse por alguien que no quiere? —dijo Amelia intercediendo por su cuñado a su pesar. Quizá de verdad la quería, iba a irse dejándolo todo atrás solo porque Sophia se lo había pedido.

—Porque se siente culpable —dijo la chica sintiéndose abatida.

—Eso es una estupidez y lo sabes Sophia. Aquí tenemos dos opciones, puedes vivir sin Stephen y torturarte con lo que pudo ser y no fue, o vivir feliz junto a él —sentenció Katherine, sabía que su cuñada solo necesitaba un empujón y ella se lo daría.

—Pero él me hizo daño, Katherine.

—Sí, lo hizo, pero se casó contigo y conseguí darte aquello que creíste que no tendrías por su culpa. Eso es pasado, ya no puede cambiarse lamentablemente, yo no le disculpo. Pero ahora está en juego tu futuro y el de tu bebé, ¿no merece la pena arriesgarse?

—Sabes que esa mujer mintió Sophia, su ridícula historia solo te ha dado una excusa para no asumir que deseas estar con Stephen —continuó Amelia.

Sophia las miró. Tenían razón, no importaba ya lo que ocurrió esa noche, junto a él lo había superado, solo había vuelto a recordarlo cuando lo supo. De no haberlo sabido, ahora mismo seguiría contenta junto a Stephen. Quizá no podría olvidarlo jamás, pero era mejor estar junto a él. Y ahora se marchaba lejos, creyendo que ella no quería volver a verle, es cuando acababa de descubrir que deseaba todo lo contrario.

—Tengo que ir a buscarle. Tengo que pedirle que no se vaya, que se quede conmigo —musitó en voz alta, levantándose de la mesa, dispuesta a ir a casa de Stephen.

Sophia llegó a la casa de Stephen y llamó apresuradamente queriendo hablar con él. Amelia esperaba junto a ella, era la única que la había acompañado, ya que Katherine se había quedado con Anne. Viendo los comportamientos tan extraños que había tomado su suegra, no querían dejar sola a la niña con Caroline, esa mujer había perdido el juicio. Si es que alguna vez lo había tenido.

Olivia abrió la puerta y suspiró al ver a Sophia, la invitó a pasar.

—Quiero hablar con Stephen, Olivia, por favor dile que estoy aquí —dijo Sophia rápidamente.

—Señora, el señor Rutterford no está, se marchó al puerto. Se despidió de todos —musitó la mujer tristemente.

—¿Hace mucho tiempo? —preguntó Sophia con pesar. Había llegado tarde.

—Poco más de media hora.

—¿Media hora? —gritó Sophia, no le iba a dar tiempo a llegar a puerto—. He llegado tarde.

—No, no, Sophia, vamos al puerto, quizá lleguemos a tiempo, no puedes rendirte, ¿de acuerdo?

—Sí, señora, por favor, yo... El señor la quiere mucho, desde que usted se fue...

Sophia no dejó que la señora terminara de hablar, asintió y fueron con paso

ligero hacia el puerto.

Poco después llegaron al puerto de Londres, había demasiados barcos allí atracados, Sophia miró al horizonte donde dos de ellos comenzaban a perderse. Buscaron a alguien que pudiera decirles qué barco era el que se dirigía hacia América.

Sophia no sabía hacia dónde mirar, si Stephen estaba en uno de los barcos que había zarpado, ya no tendría oportunidad de nada, ni de hablar ni de escuchar. Había tenido la oportunidad de hablar con él el día anterior y la había desaprovechado no dejándole hablar; no había imaginado que él le haría caso a sus palabras. Todavía estaba confusa, pero...

—¡Sophia! —la llamó Amelia señalando un punto a unos metros de ellas.

Sophia siguió la dirección y vio dos hombres, reconoció el cabello pelirrojo de William Pendleton y junto a él...

—¡Stephen! —gritó acercándose a él corriendo.

Stephen al escuchar su nombre se giró automáticamente, en el momento en el que colisionaba contra él una persona, Sophia le miró a los ojos sin poder aguantar las lágrimas.

Amelia se acercó a ellos, pero ella y William pasaron a un segundo plano dejándoles intimidad a la pareja.

—Amelia... —la llamó William con intención de hablar con ella.

—En otra ocasión. Ellos son los protagonistas, ahora no es nuestro momento —le interrumpió sin apartar la mirada de su hermana con los brazos cruzados y con los ojos llorosos.

—No te vayas, Stephen —le pidió su esposa sin dejar de abrazarle, sintiendo como los brazos de su marido la rodeaban.

Stephen suspiró y la cogió poniéndola a su altura.

—Sophia, yo lo siento mucho, no sabes...

—Aún me duele, pero me duele mucho más pensar en una vida sin ti —dijo la chica abrazándole.

Stephen la apretó fuertemente contra sí.

—Te amo.

El pasado no podía arreglarse; pero se abría ante ellos un gran futuro en el

que habría problemas, pero también mucho amor. Se miraron a los ojos mutuamente, Sophia agarró las manos de su marido, comprendiendo que lo había perdonado antes de lo que había creído.

Fin

Epílogo

Meses más tarde...

Stephen miraba atentamente hacia la parte de arriba de la escalera, escuchaba los gritos de su esposa en la habitación principal y él no podía hacer nada para solucionarlo, todo estaba en manos de la partera, que ya le había avisado que iba a ser un parto largo.

Comenzó a andar de un lado a otro de la entrada esperando escuchar algo que le dijera que todo el sufrimiento de Sophia había terminado. Aparentemente ella no iba a tener ningún problema parecido a lo que le ocurrió a su hermana, pero nunca podía saberse. Aunque parecía calmado, por dentro sentía un terror absoluto.

Continuaban en su casa de Londres, no habría sido oportuno regresar al campo en el estado de Sophia. Marie había llegado hacia unas semanas ya que quería estar presente cuando naciera el nuevo miembro de la familia Rutterford.

Las hermanas de Sophia también se encontraban allí, Anne se movía inquieta en su sitio sin saber dónde ponerse, y Amelia observaba el movimiento de las agujas del reloj. Estar con ellas en el salón solo lo ponía más nervioso y quería estar lo más cerca de Sophia por si acaso le necesitaban. Allí también se encontraba Katherine, era una mujer con mucha fuerza; él mismo, y casi todo el mundo parecía que la habían infravalorado, pero estaba llevando la desaparición de Richard con mucha entereza, sobre todo cuando hacía unos meses habían llegado noticias de que había vuelto a hacer de las suyas. Sin embargo, la policía todavía no le había atrapado.

La única que no se encontraba allí era lady Mawsdley. Había dejado de preocuparse por su vida social, ya que no le quedaban amigas a las que acercarse, nadie quería tener cerca de sí a la madre de un ladrón. Por desgracia esa suerte también la padecían Sophia, Anne, Amelia y Katherine, que habían pasado de ser envidiadas por la sociedad a ser una paría por culpa de inconsciente de su hermano, aunque este hecho no parecía preocuparles, al menos no a simple vista.

Su relación con Sophia había conseguido estabilizarse poco a poco. Necesitaron varias conversaciones que no terminaron demasiado bien para poder llegar a entenderse. No podía negar que Sophia había intentado poner todo de su parte, pero muchas veces la magnitud de la situación la había sobrepasado y él lo

entendía; al menos juntos serían capaces de pasar página, pero juntos. Siempre.

Los gritos de Sophia se escucharon por unos momentos más, hasta que la casa se quedó en absoluto silencio, roto por el llanto de un bebé

—Stephen —le llamó Marie desde la parte de arriba de la escalera. Él no necesitó más para salir corriendo en esa dirección.

Entró en la habitación, donde la partera y Marie comenzaban a retirar los trapos manchados de sangre. Él prefirió no mirar, centro su mirada en la cama, donde se encontraba su esposa con un pequeño bulto en los brazos.

—Enhorabuena, señor Rutterford — dijo la partera, pero él no le hizo caso.

Se acercó a la cama y se sentó junto a Sophia, que parecía bastante cansada, pero aun así radiante.

—Es una niña, Stephen —susurró acariciando una de sus pequeñas manos.

—Nuestra pequeña Melissa —dijo él notando como los ojos comenzaban a aguársele.

Sophia asintió y apoyó la cabeza en su hombro. Sintiéndose, al fin, en familia.

Agradecimientos

Agradezco primeramente a mi hermana, que, sin su apoyo y palabras de ánimo, cuando las musas me abandonaban, esta historia no hubiera sido terminada.

A mis padres que han dado todo el esfuerzo para que yo ahora este culminando esta etapa de mi vida y pueda cumplir mi sueño.

A mi tía que siempre me dijo que no dejara de escribir porque veía libros en mi futuro sobre las cartas.

A mis amigas, ya que muchas veces he puesto excusas para no salir y quedarme en casa escribiendo.

A todos ustedes que invierten su tiempo en leer estas ideas, mil gracias por estar ahí.

Quiero darles las gracias por apoyarme en todos los momentos difíciles de mi vida tales como la felicidad y la tristeza porque ellos siempre han estado junto a mí y gracias a ellos soy lo que ahora soy. Con su esfuerzo y mi esfuerzo ahora puedo alcanzar la meta y superarme. Seré un gran orgullo para ellos y para todos los que confiaron en mí.

**Lydia C. Ramírez
(Blytherose)**

Biografía



Me llamo Lydia C. Ramírez (1995) nací en La Carolina, Jaén, y estudié Técnico en Administración y Finanzas. Aunque desde siempre he soñado con ser escritora. Comencé a escribir a la edad de 8 años, unos cuentos que leía frente a mi clase, aunque ninguno de ellos los escuchaba. Poco antes de comenzar en instituto, dejé de escribir, aunque me dediqué a leer cualquier cosa que cayera en mis manos.

Cuando tenía 15 años, una amiga y yo retomamos esta afición a la escritura con una historia bastante curiosa que escribíamos en una libreta y nos pasamos cuando nuestro profesor no miraba.

En 2015, gracias a mi hermana, descubrí la plataforma Wattpad, donde, bajo el pseudónimo *blytherose* retome la escritura en solitario tomándomelo más en serio. Mi novela, *Lady Sophia*, nació una mañana de octubre de ese mismo año, cosechando unos meses después varios miles de lecturas.

Ahora esta novela será publicada por Ediciones Coral.